

## ANTES Y AHORA

UNA VISIÓN DE CÓMO ERA LA VIDA EN GALICIA HACE 60 AÑOS (A GUARDA Y CALDAS DE REIS), VISTA POR UN NIÑO Y CONTADA POR UN VIEJO

EMILIO ROLÁN

**ANTES Y AHORA**

**E. ROLÁN**

**2007**

## ÍNDICE

Introducción.....	
Capítulo 1. La televisión y la música.....	
Capítulo 2. El agua.....	
Capítulo 3. La ropa y las costumbres en el vestir.....	
Capítulo 4. La enfermedad, la salud.....	
Capítulo 5. La comida y la bebida.....	
Capítulo 6. La matanza.....	
Capítulo 7. El estudio y los profesores.....	
Capítulo 8. Los juegos y los juguetes.....	
Capítulo 9. El fútbol.....	
Capítulo 10. El deporte.....	
Capítulo 11. El mar y la pesca.....	
Capítulo 12. La religión y la iglesia.....	
Capítulo 13. El pensamiento mágico.....	
Capítulo 14. La educación.....	
Capítulo 15. El lenguaje, como y de qué se habla.....	
Capítulo 16. Las profesiones.....	
Capítulo 17. El plástico, los colchones y las camas.....	
Capítulo 18. Las fotos.....	
Capítulo 19. Los parásitos.....	
Capítulo 20. La basura.....	
Capítulo 21. Los parientes.....	
Capítulo 22. La política.....	
Capítulo 23. El respeto por las creencias de los demás....	
Capítulo 24. La casa.....	
Capítulo 25. La Naturaleza.....	
Capítulo 26. Fiestas y cumpleaños.....	
Capítulo 27. Los amigos.....	
Capítulo 28. La gente especial.....	
Capítulo 29. Las ideas peligrosas.....	
Capítulo 30. El contrabando y la circulación de productos.	
Capítulo 31. La mili.....	
Capítulo 32. Las comunicaciones.....	
Capítulo 33. La muerte.....	
Capítulo 34. Las ferias y los mercados.....	
Capítulo 35. La mujer.....	
Epílogo.....	

**(LAS FIGURAS SE COLOCARÍAN MAS O MENOS:**

<b>01 PORTADA</b>	
<b>02 CONTRAPORTADA</b>	
<b>03 .....</b>	<b>CAPÍTULO 27</b>
<b>04.....</b>	<b>CAPÍTULO 12</b>
<b>05.....</b>	<b>CAPÍTULO 26</b>
<b>06.....</b>	<b>CAPÍTULO 9</b>
<b>07.....</b>	<b>CAPÍTULO 18</b>
<b>FIGURA DE JUEGO DE BOLAS.....</b>	<b>CAPÍTULO 8</b>
<b>FIGURA DE MUJER CON BALDE .....</b>	<b>CAPÍTULO 2</b>

a mis nietos Eric y Carlos  
y a otros niños de su edad

## INTRODUCCIÓN

Hace unos 60 años, es decir, cuando yo tenía entre 10 y 13 años, las cosas eran muy diferentes a las de hoy, muy diferentes. También eran diferentes los niños, los padres, los profesores, las autoridades municipales, los vecinos, hasta parece que el clima era diferente. ¿Por qué digo esto último? No me baso en estadísticas, ni en datos objetivos, ni en curvas gráficas expresión de la temperatura a lo largo de las últimas décadas, ni siquiera en lo que nos cuentan del calentamiento global. Me baso en que yo recuerdo mi infancia con mucho frío. Los niños de hoy no pasan frío. No saben lo que son sabañones en las orejas, ni ir encogidos al colegio, ni meterse en cama ateridos y tardar mucho tiempo en acumular el suficiente calor para sentirse a gusto. No conocen las bufandas, las manos insensibles, las narices rojas y húmedas, los mocos siempre colgando (bueno, de esto algo conocen, porque también los hay ahora, aunque menos) y lo bien que se estaba alrededor de la cocina económica o de la *lareira*. Los niños de ahora viven muy bien. Ya sé que tienen problemas que antes no se nos planteaban: ¿jugaré con el ordenador o con la *play station*? ¿Veré la película de El Señor de los Anillos en el DVD o me conectaré con Disney Channel? Pero no tienen muchos otros que teníamos nosotros.

Antes todo era muy distinto: los maestros, los juegos, los entretenimientos, los deportes, los libros y los tebeos, los pueblos y las ciudades, las escuelas y la calle; los cines y los teatros (bueno de esto casi no había), los curas y los ateos (bueno, estos se sospechaban, pero no se declaraban oficialmente); las creencias y la carencia de creencias; la visión del pasado y la visión del futuro y, naturalmente, también era muy diferente la visión de aquel presente.

Nunca había pensado en lo distintos que éramos los niños de antaño y los de ahora hasta que me hice viejo. Claro, antes no conocía a los niños de ahora.

Hace años mi madre empezó a decir "cuando yo era niña..." o "en mis tiempos..." para iniciar cualquier comentario. Y no hace mucho, me sorprendí diciendo lo mismo en conversaciones que tenía con mis nietos. O sea, que estos ya no son mis tiempos. Soy un simple espectador del presente, con la conciencia de pertenecer al pasado. A lo mejor no es tanto, pero soy consciente de que empiezo a ser eso. No es que uno quiera ser un simple espectador, o que no se tenga capacidad para ser algo más que eso, es que los demás no nos dan oportunidad de ser otra cosa. Empiezan por no escucharnos, y si nos escuchan no nos hacen caso, porque creen que ya tenemos ideas rancias o porque opinan que vemos las cosas desde otras perspectivas, o desde un punto de vista no actualizado.

Realmente no había pensado en esto hasta que me pidieron una colaboración para su publicación en A Guarda (mi pueblo) en el libro que todos los años hacen con motivo de las Fiestas del Monte. Entonces pensé: realmente no tengo nada que contar. Sin embargo, coincidiendo unos días después con tres compañeros de curso (y por tanto de la misma edad que yo), empezamos a recordar nuestros tiempos infantiles y juveniles, y terminamos comparando nuestras vivencias con el mundo actual y, naturalmente, asombrándonos por las diferencias. Por eso, acabé dándome cuenta de que sí hay cosas que se pueden contar y que

pueden interesar, incluso a los jóvenes o niños de hoy en día. Probablemente, éste podría ser un tema de estudio en la escuela y, creo que muy útil: que los niños conociesen como vivieron sus padres y sus abuelos, en parte para que les sirviese de ejemplo (no siempre las cosas de antes fueron mejores), en parte para que les reconociesen su esfuerzo (si las cosas fueron peores, los muchachos de entonces necesitaron esforzarse más) y también para que, en algunos casos, les comprendiesen (si uno lo pasa peor y consigue que sus hijos lo hagan mejor, sólo puede ser a costa de un denodado esfuerzo, y a veces de algún sufrimiento).

Es un hecho que con el paso de los tiempos cambian las costumbres, las formas de vida, las condiciones y las actitudes familiares y sociales. Pero hay cambios que se producen muy bruscamente y, por tanto, son sorprendentes para las personas que los viven pero difíciles de imaginar para los que no estuvieron allí. Probablemente, las diferencias entre el mundo en el que vivió mi tatarabuelo y el de mi madre, no fueron muy grandes, pero las condiciones en las que vivió mi madre y yo mismo en mi infancia, y las del mundo que rodea hoy a un nieto mío son inmensas, enormes, inimaginables para este niño.

Por eso quiero evocar el recuerdo del mundo en que viví mi infancia y presentárselo a un niño actual de 10 a 15 años, para que conozca esas vivencias y las compare con las suyas, y así trate de comprender el tipo de vida que tuvimos los que ahora somos viejos; en principio, no deja de ser una curiosidad que cualquier niño puede tener. También para que valore y aprecie lo que tiene y disfrute de las cosas que nosotros no tuvimos.

No conocí a uno de mis abuelos, del otro apenas tengo un ligero recuerdo. Una de mis abuelas vivía lejos y estaba enferma. Apenas hablé con ella. Otra convivía cerca y tuvimos algunas conversaciones que todavía recuerdo, pero se fue a vivir a otra ciudad, no había buena relación con mi madre, y no volví a verla. Me quedó siempre la pena de no haber conocido y hablado más con mis abuelos. Creo que me hubieran dado su visión particular del mundo y de otras cosas que tuve que ir aprendiendo sin ellos.

A lo largo de mi vida tuve muchas experiencias y muchas vivencias, fui pescador, submarinista, futbolista, estudiante, tuno, médico, pediatra, pintor, conchiliólogo (coleccionista de conchas) y numismático (de monedas), viajero, investigador en biología, trabajé como hombre-rana, fui acuariófilo, ocasionalmente agricultor, albañil, carpintero y otras muchas cosas más. Tengo por lo tanto mucho que contar. Siempre me acuerdo que, en un temporal en el Caribe, las cuatro personas que habíamos ido a hacer pesca submarina a las Islas Vírgenes, regresábamos en una pequeña lancha que se balanceaba sobre olas de 8 metros, y nos decíamos:

-¡Estas son aventuras para contar a los nietos!.

Y siempre me imaginaba en mi vejez contando a mis nietos mis múltiples historias y experiencias, y contestando a sus preguntas, explicando como eran las cosas que conocí bien, abriendo horizontes del pasado para mejorar sus conocimientos y sus posibilidades de futuro.

Pero la realidad es que hoy los nietos no escuchan, o escuchan poco. Antes, cuando éramos niños, tratábamos de estar con los adultos absorbiendo todo lo que decían, porque allí estaba todo lo que era importante en aquel presente de nuestras vidas, y allí teníamos que aprender a prepararnos para ser adultos como ellos. Hoy quizá escuchan a sus padres pero, a pesar de que tienen abuelos que duran más de lo

que duraron los míos, no tienen casi tiempo para estar con ellos o para escucharles; los libros, los tebeos, el ordenador, los juegos, la *play station*, la música, internet, el salir con los amigos, el balón, la vela, la guerra de las Galaxias, y además un largo etcétera, ocupan todo su tiempo y todas estas cosas tienen prioridad. Además los abuelos ya no suelen vivir en la misma casa. Así se ven menos.

Pienso que quizás algún día, tengan la curiosidad por saber lo que tenía que contarles de mi infancia, de igual forma que yo mismo hoy leería con curiosidad un escrito sobre la infancia de mis padres, como eran y como la habían vivido, pero que no escribieron.

Haré este acúmulo de recuerdos a partir de la vida de un pueblo, A Guarda, a la orilla del río Miño y del Monte Santa Trega o Tegra (o Tecla, según algunos), batido por las olas de un fuerte mar; un pueblo sencillo, de pescadores y entonces con una economía de subsistencia, sin industrias. También a partir de otro pueblo, también pequeño, Caldas de Reis, donde vivían mis tías y donde yo pasaba largas temporadas; pueblo alejado del mar, a la orilla del río Umia, con una economía de tipo agrícola. En los dos correteé y conviví con gente interesante, comencé a estudiar y jugué mis primeros partidos al fútbol, tuve mis primeros amigos, conocí a mis primeras chicas, y realicé un montón de actividades diversas. En ambos aprendí a vivir.

En resumen, que se lo voy a contar a cada uno de mis nietos como lo había expresado en el otro título que había pensado para este libro, y que indica claramente mis intenciones:

-Oye niño, mira como vivíamos hace sesenta años.

## Capítulo 1

### La televisión y la música

Tú que eres un niño de hoy, no concibes tu vida diaria sin una serie de avances tecnológicos que ni en sueños existían cuando yo era pequeño. Por eso voy a intentar contarte como era aquel mundo para que te hagas una idea de un tiempo pasado, lo que será un excelente y útil ejercicio.

Mira niño, en 1945, que es cuando yo tenía 10 años, no había televisión. ¿A que no te lo imaginas? No es que hubiese pocos canales, es que la tele no se había inventado: faltaban todavía años para que esto ocurriese. Sólo había radio, pero la radio era un aparato caro y poco común que sólo disfrutaban algunos guardeses. Y si te gusta la música, te diré que por aquel entonces no había aparatitos de esos que te permiten pasear oyéndola, ni había CDs, ni casi tocadiscos (a lo mejor uno o dos en todo el pueblo, movidos a manivela). ¿Y cuando se oía música? Pues sólo una vez al año: durante las Fiestas, la Banda de Tabagón desfilaba por las calles centrales y llenaba de ritmo y de notas el ambiente. También en algunas procesiones (¿qué no sabes que es eso?, ya te lo contaré) y, desde luego, en la Iglesia, donde había un órgano (instrumento de viento de gran tamaño) que acompañaba bodas, misas cantadas y algunos actos especiales. Pero incluso los funerales se cantaban "a capela" con las voces más o menos afinadas de los curas de la zona, y sin acompañamiento musical.

Y teníamos suerte los que vivíamos en la Plaza Nueva de A Guarda, porque Marcial, en su tienda de radios y otros aparatos eléctricos, tenía un altavoz a la calle que nos permitió aprender y conocer muchas canciones de moda de aquellos tiempos, como "Se va el caimán...", "María Cristina me quiere gobernar..." o "El jinete enmascarado".

Pero en cambio la gente cantaba en las reuniones, en la cantina, en las bodas, en las fiestas, en las romerías: las propias personas formaban sus coros y entonaban sus propias canciones aprendidas de sus padres y abuelos. Era una música popular, tonadillas gallegas que han llegado a nuestros días, pero que los niños y jóvenes apenas conocéis hoy (si es que conocéis alguna).

Entonces, por aquellos tiempos, una mujer que estaba alegre cantaba, cantaba en casa mientras limpiaba, o en el lavadero, mientras restregaba la ropa. La música existía, pero para realizarla, para hacerla brotar, apenas para oírla de aparatos. Recuerdo una estrofa que decía:

No creas que porque canto  
tengo el corazón alegre  
que soy como el pajarillo  
que si no canta se muere

Los marineros que venían de la mar, se reunían en los bares o tascas y allí, de vez en cuando, alternando con las conversaciones o las partidas de cartas, hacían sus cantos en coros, de los temas del mar y del monte, canciones en gallego, a veces con voces aguardentosas, pero en general bien entonadas y acopladas.

Mi madre cantaba todo el día, no había necesidad de tocadiscos ni de otras cosas que produjesen música. Era un canto a la vida, por más que la vida no había sido amable con ella.

Y como contagio y aprendizaje, yo también cantaba mientras hacía otras cosas, coleccionaba sellos, pintaba, o hacía mis propios juguetes. Hasta tal punto algunas canciones van ligadas a determinadas



actividades que aún hoy, cuando las canto, acuden a mi memoria recuerdos de hace 50 ó 60 años.

Los niños de hoy creo que no cantáis, yo no os he visto haciéndolo. Probablemente porque tenéis muchas fuentes de música y no necesitáis producirla vosotros mismos. Nosotros, en cuanto podíamos, tratábamos de mejorarla aprendiendo a tocar la guitarra o cualquier otro instrumento que nos sirviese para acompañar. Y todavía hoy, el antiguo hábito de cantar en grupo surge en cuanto estamos unos cuantos viejos contentos y con una guitarra a mano. Supongo que es una antigua costumbre que nos permite exteriorizar nuestra alegría y comunicarla.

No faltaba viaje acompañando al equipo de fútbol del pueblo o para ir a una fiesta, en el que no brotasen espontáneamente las voces de un coro entonando canciones de todos conocidas. Hoy hay tantas canciones que puede que, si de pronto a un grupo de jóvenes os diese por cantar, tuvierais problemas para poneros de acuerdo y casi seguro que vuestras canciones no coincidirían, y así no podríais hacerlo.

Antes una canción se ponía de moda y duraba varios años, o muchos años, de modo que teníamos tiempo de aprenderla y cantarla. Las canciones gallegas seguro que tenían siglos. Eran también una seña de identidad, como debió serlo para los hombres primitivos las canciones que se entonaban en una determinada tribu y no en otras. Hoy la globalización lo ha unido todo; las canciones que se cantan en América son las mismas que en Europa, y hay tantas que no se llegan a aprender: el capitalismo pone continuamente en marcha miles de canciones cada día, que se difunden por todas las radios y televisiones, o se bajan de internet. Es difícil que alguna sea la expresión de la identidad de algo o de alguien. Raros son los niños que conocen alguna canción gallega. A lo mejor, si fuisteis a Balaidos en los buenos tiempos del Celta, llegasteis a saber cantar "A Rianxeira".

¿Y silbar? El otro día, Carlos, me dijiste que no sabías silbar. Claro, es lógico. Silbar es un sistema de reproducción de música sin armar mucho alboroto y el instrumento es tu propia boca. Nosotros, que teníamos mucho tiempo sin tener cosas que hacer, nos entreteníamos silbando y tratando de reproducir aquellas canciones que habíamos oído. Así terminábamos siendo unos excelente silbadores. Pero hoy os ocurre lo que ya dije, que no tenéis tiempo; son demasiadas las formas de divertirse, y el aprender a manejar ese aparato que es la lengua y los labios para producir silbidos y, sobre todo, silbidos musicales, no os interesa o no os entretiene; es más fácil obtener música de otros medios sin trabajo alguno.

¿Y de la televisión? Pues... nada. Había una canción que decía:

La televisión  
pronto llegará  
yo te cantaré  
y tu me verás

Lo que quiere decir que puede que en otros países ya estuviesen empezando con ella, pero aquí todavía tardaría mucho, de modo que mientras llegaba seguimos cantando, silbando y tratando de aprender las canciones que oíamos. Excepcionalmente, escuchando la radio o los altavoces de la tienda de Marcial.

## Capítulo 2

### El agua

Pasemos a otro tema, que dicen los biólogos que es muy importante porque es el principio de la vida: el agua. El agua es un elemento fundamental para la existencia de la propia vida. Eso seguro que lo has oído.

¿Te das cuenta, niño, lo fácil que es abrir un grifo en la cocina o en el baño de tu casa y tener agua fría o caliente al momento?

Pues entonces, al menos en algunos pueblos, no había conducción a las casas, y todo el agua que se consumía había que ir a buscarla a la fuente, que estaba a distancia variable de cada vivienda (a unos 200 m de la mía), y era una labor que tenían que hacer las mujeres llevando sobre la cabeza un balde lleno. ¿No te imaginas como era un balde? Tenía la forma contraria a un cubo (era más ancho por debajo con la boca arriba, estrecha). Esto permitía que el centro de gravedad quedase cercano a la base y mejoraba el equilibrio. Había que llevar un rodillo de tela para que se adaptase al cráneo y un trozo de corcho dentro (o una lechuga) para evitar que el natural movimiento del andar tirase el agua. ¿Te imaginas niño, el paseo de cientos de mujeres cada día de la fuente a la casa y de la casa a la fuente llevando un balde lleno de agua en equilibrio sobre la cabeza? Naturalmente, con esa carestía, el agua era un bien que había que ahorrar. Para lavarse en los fríos inviernos había que calentarla, otro trabajo más; por eso, la higiene no era tan diaria como es actualmente. La gente limpia se bañaba o se lavaba más a fondo una vez por semana, y la camisa y la ropa interior se usaban durante bastantes días. A lo mejor oíste un refrán que decía: "Sabadín sabadete, camisa nueva.....". Esto es porque se cambiaban el sábado. Los que no eran muy limpios, sólo se lavaban cuando llovía mucho y la lluvia les pescaba en un descampado. Y cada persona tenía su olor característico que les acompañaba por donde fuesen. Tampoco se había inventado el desodorante.

Yo aún recuerdo el olor de algún compañero de clase que podría reconocer con los ojos cerrados y a varios metros. Probablemente era porque se lavaba una o dos veces al año (¿o a lo mejor ni eso?).

Cada día se lavaba uno un poco la cara, las manos y las orejas, y el resto quedaba para el sábado. Muchas casas (muchísimas) no tenían baño y el lavado obligado se hacía por partes, es decir, por trozos, ahora una pierna, luego la otra, una axila, luego la otra, la cabeza, etc.).

Los niños jugábamos y sudábamos, pero era excepcional que hubiese un lavado extra fuera de tiempo. Esto representaba buscar agua, calentarla, trasladarla desde la cocina al baño (si lo había), todo un complejo trabajo, con lo que la tendencia era a tratar de ahorrar todo lavado extra. Claro que como llevábamos pantalones cortos y andábamos mucho de rodillas (todo el día, mayormente), éstas se ponía a veces de color ceniza o negruzco. Entonces, cuando ya era demasiado evidente, había que lavarlas; simplemente, subiendo un poco el pantalón, bajando los calcetines y poniendo un poco de agua y jabón sobre ellas. Pero era raro que en una semana hubiese que hacerlo más de una vez.

Tampoco había lavadoras. ¿Qué se hacía con la ropa? Pues lavarla a mano, la mayoría de las mujeres (siempre las mujeres trabajando) iban a un lavadero (todavía quedan muchos, muchísimos lavaderos en los pueblos de la geografía gallega como recuerdo de aquellos tiempos). El más próximo a mi casa estaba cerca de la tienda de los Saracho y estaba dedicado "A las virtuosas hijas del trabajo". Allí se iba con una tina llena de ropa sucia y después de enjabonar, machacar, y

frotar sobre una superficie de piedra pulida por los años de restriego, se volvía a casa con la misma tina, más pesada, llena de ropa mojada que ahora había que secar. El que tenía un trozo de tierra cerca de la casa y un pequeño pradito en ella, podía "clarear" la ropa. Es decir, secarla al sol y mojarla varias veces, porque así quedaba más blanca. Es que no había los detergentes de ahora, que lavan "blanco, blanquísimo" y el jabón estaba hecho de sosa y grasas, y la mayor parte de las veces se preparaba en las propias casas, en una labor de artesanía y de sabiduría popular transmitida de mujer a mujer desde siempre. ¿Y si llovía? Paciencia, y si había suerte y se disponía de unos alambres extendidos donde no lloviese (incluso dentro de casa) allí se tendía la ropa hasta que se secase.

También algunas casas tenían un depósito del agua de la lluvia que se acumulaba y permitía tener un excedente para usos caseros, pero no para beber. Servía para fregar, lavar en casa (si se tenía un pequeño lavadero o una madera ondulada). Lo malo es que esa agua, siempre parada, era un criadero de mosquitos, y recuerdo muy bien a las larvas de estos molestos parásitos que abundaban en el depósito de mi casa, donde las veía subiendo y bajando a tomar oxígeno a la superficie (algún tiempo después, ya convertidos en mosquitos, se dedicarían a picarnos de día y de noche).

En algunos pueblos, como en Caldas, había un manantial de aguas termales: esto era una enorme ventaja que mejoraba la higiene de toda la población. Simplemente con acarrear un par de cubos de agua se tenía una bañera lista para tomarse un baño sin tener que calentarla. Pero esto no era posible más que en estos escasos pueblos premiados por la fortuna de las aguas termales. En todos los demás, el agua estaba fría, y el lavado de la ropa con agua helada producía unas manos rojas e hinchadas, con la piel cuarteada y, frecuentemente, también con sabañones.

¿A que nunca oíste hablar de la "arenilla"? Pues era otro sistema de limpieza muy usado en las casas de A Guarda para limpiar la loza y los cubiertos. La arenilla se hacía con unas piedras que traía una chica de Camposancos o por allí (aun no sé de que depósitos los conseguía) y eran como cantos rodados pero mucho más blandos. Se machacaban con un martillo o la parte contraria al filo de un hacha y se convertían en un polvo muy fino. Con un poco de este polvo en un "estropajo" (que era un puñado de fibras vegetales que se usaban para lavar) se frotaban los cubiertos y se eliminaba la grasa casi sin gastar jabón y los platos quedaban muy limpios. El ahorro primaba entonces.

Tampoco oirías hablar de la "carqueixa" ¿A que no? Con este nombre se designaba a una planta muy dura que crece en ciertos montes y que formaba un conglomerado de fibras gruesas y ásperas, resistentes al roce, y sobre todo barata (sólo había que cogerla). Se usaba para fregar el suelo. Las casas de entonces tenían suelos de madera que se ensuciaban al traer tierra de la calle en el calzado y había que fregar: la mujer (siempre la mujer) se ponía de rodillas sobre una pieza de madera, ponía un poco de agua y jabón en el suelo, y con un poco de "carqueixa" frotaba y frotaba hasta que quedase limpio; entonces el agua sucia se pasaba al cubo, y se eliminaba, volviendo a empezar un poco más adelante. Era un trabajo duro que gastaba agua, jabón, "carqueixa" y muchas energías. Después de fregado un suelo no se podía pisar, porque se ensuciaría de nuevo, así que se ponían unos papeles de periódico, si había necesidad ineludible de pasar, y se mantenían allí algún tiempo: había que esperar a que se secase.

¿Que diferencia con lo que se hace hoy!: aspiradora eléctrica, suelos pulidos y barnizados, zonas más expuestas a la humedad, como cocina o baño, cubiertas con terrazo o azulejos, la fregona que se

maneja estando de pié. ¡No hay comparación con el tremendo trabajo de antes!. Y te lo repito una vez más: la mujer lo hacía todo. Y cuando, en un impreso, le preguntaban a una mujer cual era su oficio, contestaba: sus labores, que incluía todo.

### Capítulo 3

#### La ropa y las costumbres en el vestir

Hablemos de la ropa. ¿Qué es la ropa para ti? Algo que se lleva encima, siempre limpia, sujeta a unas normas que dicta la moda y que se cambia con frecuencia, para ir presentables, y se varía también con frecuencia para que nuestra imagen no vaya ligada a una determinada prenda. Hoy cuando quieres cambiar de ropa, dejas la sucia en el suelo y recoges una nueva de las muchas que tienes en un armario. Antes no era tan fácil. Había niños que podíamos cambiarnos de ropa con relativa frecuencia, pero también los había que eran conocidos desde lejos por el color de su traje que se mantenía, semanas y meses; probablemente, hasta que se pudiese conseguir otro. Tampoco había una moda tan cambiante como ahora. Ahora, de pronto, se llevan los pantalones caídos ("cagados"), y las niñas enseñan en ombligo y la parte superior de las bragas, pero todo esto en unos meses se puede cambiar a otra cosa diferente. Esto no podía ocurrir antes. Había un patrón clásico y el traje se llevaría todos los años que durase y, posiblemente, se prolongaría su uso en la siguiente generación.

Y ¿sabes, niño, que se hacía cuando una prenda de vestir se rompía un poco, se desgastaba por el uso o se desgarraba en un enganche? No se tiraba como ahora y se compraba otra. No había ropa desechada por accidente o por vieja: se cosía el roto, se zurcía el desgarrón y si la zona alterada era grande y estaba muy desgastada, se hacía un remiendo. ¡Ah! ¿Qué no sabes lo que es un remiendo? Pues simplemente un trozo de tela en mejor estado, preferentemente de un color similar al de la pieza a reparar (aunque esto no era imprescindible), generalmente cuadrado, y que se cosía sobre la parte rota. Quedaba un poco feo, pero se iba tirando otra temporada (frecuentemente de años). A veces los remiendos se ponían unos sobre otros y se llegaba a unas variaciones de tonos propias de un cuadro *naif*.

Curiosamente, en aquellos tiempos en los que la ropa se terminaba rompiendo, estaba mal visto que uno anduviese con la ropa rota, y antes que eso, era preferible un remiendo o cualquier otra reparación que ocultase el roto. Y, ¡fíjate como cambian los tiempos!, ahora hay prendas, como pantalones vaqueros ¡que se venden rotas! O que se rompen intencionadamente, o se desgastan o se destiñen para que parezcan usadas; antes, un roto o una zona muy desgastada era una señal de dejadez y de abandono sólo propia de un mendigo. Por eso, los rotos se tapaban y los desgastes se remendaban. Curioso ¿eh?

¿Sabes que no había ropa de marca? Y no sólo eso, sino que todo se aprovechaba y el origen de una tela se perdía en la oscuridad de los tiempos. Un traje muy viejo y roto de papá (que a lo mejor ya fuera del abuelo) servía para recortarlo un poco, volver a rehacerlo con la extraordinaria habilidad propia de mujeres expertas cosedoras, y reformarlo para que el niño pudiera usarlo otros añitos más. Cuando la diferencia de tamaño entre el antiguo poseedor del traje y el nuevo no era muy grande (como el traje de un adulto para un chavalón de 12 a 15 años), ya no se reformaba, sobre todo si estaba en un aceptable estado de medio uso porque el progenitor o el tío se hubiesen muerto. Entonces se usaba tal cual y, podía ocurrir, que sobraba un poco en las mangas o en las perneras, se notaba su procedencia (que no había sido hecho a medida) y se comentaba por las personas que lo veían:

*-"O traxe era do difuntiño".*

Oye niño, si encuentras un objeto con forma de huevo, de madera o de mármol, en los viejos costureros de tu casa, te diré que servía

para zurcir calcetines. Ya sabes (también pasa ahora) que los calcetines se rozan más por las puntas y los talones. Pero antes no se tiraban. Se zurcían una y otra vez, poniendo el huevo dentro para dar a la zurcidora una superficie adecuada donde poder hacer los numerosos cruces del hilo necesarios para regenerar la zona destruida. Había calcetines que primitivamente habían sido de un único color gris y los zurcidos sucesivos los habían vuelto en technicolor, como las películas.

También si encuentras un traje de chaqueta viejo y tiene el bolsillo superior en la derecha en vez de a la izquierda, o ves una foto de algún tío tuyo con esa chaqueta característica, hay una explicación para ese cambio de lugar. Cuando un traje se usaba mucho tiempo y perdía color, o también si provenía del "difuntíño" y estaba decolorado por el uso, por el lado contrario, el oculto, en la parte de la tela que quedaba para adentro, todavía el color primitivo se conservaba bien. Entonces un sastre, o cualquier mujer habilidosa de la casa, le daban la vuelta y quedaba como nuevo, pero claro, el bolsillo que habitualmente queda a la izquierda, pasaba ahora a la derecha o había que hacer un cosido suplementario en esa zona. Lo importante era seguir vistiéndose sin haber gastado dinero en la compra de un nuevo tejido o un nuevo traje.

Los ricos vestían bien, pero había pocos; la clase media vestía lo mejor que podía y trataba de ahorrar lo más posible, pero disimulando para que no se notase; los pobres, que constituían la mayoría de la población, vestían como podían, usaban lo que tenían y lo aprovechaban al máximo; los miserables, más que ropa, llevaban jirones.

No había El Corte Inglés ni casi tiendas; no se vendían trajes hechos, porque era sabido que no sentaban bien. A las tiendas (como Los Muchachos o La Imperial) se iba a comprar las telas, pero no trajes. Para hacer el traje había que conseguir la tela e ir a un sastre, que te tomaba medidas y, después de varias pruebas, te lo entregaba hecho a tu tamaño y forma. Hoy los sastres han desaparecido (o casi). La gente compra la ropa hecha y tiene millones de opciones de todo tipo. También se puede ir de jersey, sahariana o cualquier otra prenda diferente del traje de chaqueta. La ropa que se desecha se da a una ONG o se regala, o se guarda en grandes cantidades en las casas, pero sólo las prendas buenas. Antes se guardaba todo: cuando ya el traje se rompía y no servía para vestir, se convertía en "trapos", que tenían utilidades múltiples: servía para fregar, para limpiar el polvo, limpiar la plata, dar brillo al calzado, hacer remiendos a otras ropas, calzar una mesa, construir alguna pieza de uso momentáneo, etc., etc. Siempre se guardaba, por si acaso... y casi siempre había un "acaso" posterior.

Había una habitación en las casas (las que podían tenerla) que era de "los trastos". Allí se acumulaba todo lo que era aprovechable, o algún día podría ser utilizable: trozos de ropa, unos trapos que fueron sábana hace muchos años, una caja con puntas y tornillos para reutilizar, unos botes vacíos (que habían sido de harina o de leche en polvo), unas cajas de cartón, unas tiras de madera, unos papeles de envolver perfectamente doblados, unos trozos de viejos cordeles atados y aprovechados, enrollados en pequeños ovillos, unas zapatillas viejas, y un etcétera casi inacabable. Sólo el ama de la casa oficial, la veterana, sabía lo que se podía encontrar allí y como hacerlo.

Otro tema aparte eran las normas sociales en el vestir, es decir, lo que se llama "la moda". Hoy la moda es algo de lo que viven montones de personas, hacen desfiles, presentan modelos exclusivos y ganan un montón de pasta. Además se cambia cada 2 días, o hay multitud de modas para permitir que todos puedan dar su modelo. Además se busca

la originalidad a cualquier precio (de ahí cosas tan disparatadas como usar vaqueros rotos, pantalones que se caen, o clavarse agujas en diversos sitios del cuerpo: ya sabes que me refiero a los "piercings").

Hoy decides salir y lo puedes hacer en mangas de camisa, pantalón, llevar un jersey o un chándal, incluso ir en pantalón corto o en bañador. Todo vale. No sólo no hay modas duraderas, sino que cualquier prenda es adecuada. Antes no era así. Tenías que ir de un determinado modo: Si eras un niño, pantalón corto, camisa y jersey (o sahariana en verano) y jersey o chaqueta en invierno. No existían los chándales ni ningún niño podía ir por la calle con la camiseta del Real Madrid o del Barça: ¡que disparate!. Las camisetas de fútbol eran para jugar al fútbol y no para llevarlas a la calle; y sólo las tenían los clubes, y no todos, ya que, en el caso de los más modestos, los jugadores se ponían de acuerdo en el color de las camisas que iban a llevar al campo. Las camisetas de tu equipo, para llevar a la calle cualquier día de la semana, es un invento más moderno (y muy productivo) de los equipos de fútbol, que les ha proporcionado grandes beneficios.

Antes, para vestir había unas normas, aceptadas por todos. Por ejemplo, un niño usaba pantalón corto hasta que se le empezaban a notar los pelos en las piernas. Y no creas que pantalón corto es como ahora, a cualquier altura: no, tenían que llegar hasta unos 10 centímetros por encima de la rodilla (por supuesto, con el cinturón en su sitio, la cintura). No se podía utilizar un pantalón que terminase a cualquier altura, para la gente sería horriblemente feo que le llegase a la rodilla, y esta salida de las normas sólo se podría explicar pensando que llevaba los pantalones de un hermano mayor, lo que sería un signo de carencia de medios que, aunque era la realidad, la gente no quería mostrar.

Si el niño empezaba a tener pelusa en las piernas y era muy joven, se retrasaba el poner los pantalones largos; el hecho de ponerlos parecía que, en sí mismo, era una señal de que ya había alcanzado la categoría de mayor, de casi hombre, y esto se admitía más o menos hacia los 16-17 años. Los niños que crecían precozmente tenían un problema con sus piernas: a los doce años ya podían tener abundante pilosidad pernil, pero como no era edad de poner pantalón largo (a mí me pasaba), teníamos que andar medios acomplejados por ahí. Así que, entre burlas, tirábamos hasta que allá alrededor de los 14 años, ya se veía bien el uso de una cosa intermedia entre el pantalón corto y el largo: algo que se llamaban bombachos, y eran unos pantalones que se recogían debajo de las rodillas y en la parte inferior era continuados por las medias altas. Los usaba un héroe de comic llamado Pedrín (el de la expresión, ¡ostras Pedrín!); quizás por eso se consideraba adecuado. Claro que este tipo de prendas sólo era para la gente de una cierta posición y que podía permitirse el lujo de comprar algo de vestir que sólo duraría un par de años (bueno, si tenía un hermano menor se le guardaría para cuando llegase a esa edad). En el caso de la gente menos pudiente, cuando los chicos rompían los pantalones cortos que habían usado en los últimos años, se ponían uno largo viejo del padre y ya se había producido la transición.

Las normas eran muy rígidas: si un niño tenía que ir a una boda, a un bautizo, o a una fiesta de alguien, era obligada la corbata, a menos que fueses un niño muy pequeño. Ya casi no sabes lo que son las corbatas ¿eh, chaval? Pues entonces, todo señor que quisiese ser un digno profesional y vestir de forma correcta (entiéndase, casi cualquier profesión: empleado de banco, farmacéutico, contable, visitador, hotelero, etc.) tenían que usar corbata inexcusablemente.

Quedaban un poco liberados de esta obligación ciertas profesiones que se suponía que hacían un ejercicio físico o tenía el riesgo de mancharse (por ejemplo, herrero, carpintero, labrador, marinero, etc.), que entonces llevaban mono o un traje viejo. Pero estos mismos, en el domingo durante la misa, en el paseo que daban por el centro del pueblo, en los días de las fiestas, o para ir al cine, tenían que llevar su corbata obligatoriamente. No digamos en el DIA de la boda de la hija o en el acto social de la Primera Comunión de un hijo o un nieto.

Y sobre la ropa a utilizar en ciertos lugares, por ejemplo, la playa ¿crees que es como ahora que haces lo que te da la gana? No señor, había normas y se cumplían. Incluso la "autoridad competente" tenía de vez en cuando ramalazos de control moral de la ropa y organizaba campañas, incluso más rígidas que las de la rigidez general ya existente. Por ejemplo, allá por mis tiempos de la infancia, en A Guarda, se iba uno a bañar al mar en Area Grande o en Fedorento, pero tenía que usar un pantalón Meyba. Esto es, que no servía el simple "taparrabos" que insinuaba demasiado y que, naturalmente, era más barato: el Meyba era un pantaloncito que debajo llevaba el clásico slip para sujetar lo que hubiese por ahí que sujetar. Las señoras (las pocas que bajaban a bañarse), más bien las chicas jóvenes, usaban un bañador de cuerpo, es decir que cubría desde por encima del pecho hasta por debajo de las caderas, y era considerado de buen gusto que llevase una faldita, tratando con ello de mostrar o insinuar lo menos posible esa zona que llamamos culo. Pero por si estas normas, no escritas pero aceptadas por todos, no fuesen bastante claras y ya de por sí bastante estrictas, hubo tiempos en los que el alcalde enviaba, a Area Grande, un municipal para que controlase que los chicos usásemos camisa mientras estábamos en la arena o jugando a la pelota, y que sólo nos la quitásemos en el momento de ir a tomar el baño. Incluso a nosotros y en aquellos tiempos, nos parecía exagerada la medida, por lo que protestábamos, pero hubo que cumplirla. Y las chicas, que ya estaban bastante cubiertas, tenían además que usar faldita obligatoriamente. Y recuerdo un día que una extranjera apareció por allí y también la cara de sorpresa cuando le informaron de las normas puestas por el alcalde y de que tenía que usar traje de baño completo; y los posteriores apuros que pasó y los números que tuvo que hacer para adaptar su bikini, poniendo un pañuelo entre las dos piezas y añadiendo un pantaloncillo en un intento de cubrir su abdomen y cumplir con las exageradas normas alcaldiles. Supongo que su pensamiento estaría ocupado en maldecir "contrrrra los ejstrechos espagnoles" que la obligaban a cumplir con esos tontos detalles para poder tomarse un simple baño de mar.

Y en Caldas de Reis, que no tenía mar, los chicos nos bañábamos en el río, en el malecón del jardín, al lado de los grandes eucaliptos o justo enfrente, donde había una explanada. Pero no las chicas. Allí estaba excluida la posibilidad de que cualquier chica pudiese tomar un baño. Habría sido un escándalo. Si quería bañarse, que fuese a Villagarcía con su familia, a una playa decente y que se pusiese también un bañador decente. Increíble la doble moral con la que nos movíamos entonces.

Y hablando de las normas de no vestir, es decir, de ir sin ropa, no existían. Por ejemplo, era inimaginable que una persona, en aquellos tiempos, se pasease por el pueblo en bañador o que anduviese sin camisa. Las autoridades lo habrían detenido de inmediato por inmoralidad en la conducta y en la vestimenta. Como primera medida habría ido a la cárcel, y después ya se vería si multa o juicio a criterio del alcalde.



¿Y zonas nudistas? Vamos chaval, estás de coña!. En aquellos tiempos, puede que algunos que habían estado en el extranjero supiesen que existían campos nudistas, pero sólo se atrevían a comentarlo en el bar, entre las risotadas de los concurrentes que se babeaban imaginando lo que sería aquello. Ninguna persona honrada y en su sano juicio (excepto algunos hombres muy cerdos) sería capaz de imaginar que la gente pudiese andar desnuda por ahí y mezclados hombres y mujeres, entre otras cosas porque, solo en pensarlo, ya daba lugar a malos pensamientos y eso era pecado.

Finalmente, ya que hemos hablado de cómo nos presentábamos en la vida cotidiana, voy a contarte otra cosa que no te imaginas: como teníamos que llevar el pelo. ¿Cómo? Pues simplemente cortado por el peluquero, y bien cortado. Los chicos se peinaban con raya a un lado y el resto del pelo estaba a una altura conveniente, correctamente recortado, sin escaleras, ni irregularidades, ni defectos; el cuello perfectamente repasado. Y nuestras madres estaban pendientes de que, más o menos cada 15 días, volviéramos al peluquero para que nos lo repasase y volviese a dejarlo en la posición y nivel adecuado.

Nada de pelos a lo Portillo, con picos, engomado, y mucho menos en melena, o con forma de crestas o pintado de rojo o de azul. Si alguien hubiese hecho algo así, inmediatamente habría sido recluido en un manicomio como primera medida, antes de investigar más. Después habría tenido que luchar mucho para convencer a todos de que no estaba loco. Yo creo que estas reacciones de los jóvenes de ahora están basadas en aquella rigidez de entonces. Fíjate que, todavía en épocas posteriores hace ya algunos años, los Beatles, fueron los primeros que se atrevieron a dejarse una melena larga, como si fuesen unas mujeres, y este estúpido hecho, creo que los llevó a la fama, o al menos los dio a conocer, más que sus propias canciones. Además se produjo una tremenda división en las opiniones de la gente: desde los más benévulos, que los consideraban simplemente unos mariconazos sin más pruebas, hasta los que creían que era un intento de hundir todas las normas sociales que mantenían al mundo occidental (y eso a pesar de que, según las representaciones de la Iglesia, Cristo también llevaba melenita).

Así que, si un alcalde de después de la guerra o de tiempos de Franco (como se decía para señalar aquel período) levantase hoy la cabeza y os viese con los pelos engominados, con una colita por detrás, con un peinado de rizos selváticos (como el tuyo, Eric), o con una cresta de color lila, como hay algunos, automáticamente volvería a palmar sin remedio. Y sólo los supervivientes de aquellos tiempos (más o menos los de mi quinta y otras próximas) estamos aquí como espectadores de esos cambios, y adaptándonos, como tendréis que hacer sin duda vosotros en el futuro.

Y todavía hay más: en los pueblos pequeños, en los que no había peluquero, se usaba el "corte a la taza", que consistía en poner un tazón grande sobre la cabeza del niño y cortar todo lo que sobresaliera. No era un sistema muy sofisticado, lo podía hacer la familia (a falta de peluquero) y al menos servía para que la cabeza estuviese equilibrada y además no costaba.

## Capítulo 4

### La enfermedad, la salud

Seguro que algún día estuviste enfermo. Tenías fiebre y te encontraste mal. Inmediatamente tus padres te llevaron a urgencias para que el médico te viese y te recetase algo para que empezaras a ponerte mejor. Así es como se actúa hoy y así es como tu crees que hay que actuar. Probablemente no se te ocurre pensar que en otro tiempo la enfermedad no era algo que tiene solución casi inmediata y que, en la actualidad, tus padres tienen un mecanismo automatizado para que, al primer síntoma de enfermedad, un profesional resuelva o ponga en camino la resolución del problema.

Hace muchos años la cosa no era así. La enfermedad no era algo malo que había que resolver enseguida y que para resolverlo había un camino inmediato (urgencias) y otro posterior (el pediatra) hasta conseguir la curación. Hace muchos años la enfermedad no se podía resolver en un porcentaje muy elevado de casos y era algo mucho más natural. Éste es un diálogo entre dos mujeres de aquellos tiempos:

-¿Qué tal tu niño?

-Está enfermo, con fiebre.

-Bueno, serán cosas de niños.

-Seguramente.

-¿Lo vió Don Pepe? (es el nombre de uno de los médicos).

-No, es pronto, voy a esperar una semanita a ver si se nos pone bueno.

-Bueno, mujer, se os pondrá bien, ya se sabe, cosas de niños.

"Cosas de niños" significaba que era normal que los niños enfermasen y que había que tener paciencia y esperar.

En la mayoría de los casos no se llamaba al médico y lo que se hacía era meter al niño en cama, darle una comida suave y una bebida caliente y, si tenía mucha fiebre, media aspirina. Se le preguntaba si le dolía la garganta y, si decía que sí, todo se consideraba normal y la solución seguía siendo esperar. Ya se sabía, todos los niños padecían de catarrros y de anginas, y lo único que se podía hacer era darle tiempo al tiempo. Se metía en la cama, se abrigaba y se esperaba. Incluso se comentaba entre las mujeres de la casa y las vecinas:

-Es para crecer.

Yo recuerdo muchos días en los que, devorado por la fiebre, estaba horas y horas en cama, adormilado, aunque muchas veces hasta me dormía; cuando estaba despierto, trataba de distraerme viendo en las manchas que la humedad producía en el techo de mi habitación extrañas figuras que me recordaban cosas reales. Era un ejercicio de la fantasía para pasar las muchas horas en las que la fiebre me mantenía postrado en cama. También veía que, por la rendija que se formaba en la proximidad de las dos hojas de la ventana, se producían manchas claras y oscuras que se movían sobre el techo de un lado a otro. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de lo que era una cámara oscura, pero sabía que esas luces o manchas se movían porque había gente en la calle que pasaba y las producía.

De vez en cuando venía mi madre, me preguntaba como estaba y me hacía una caricia; me daba un poco de agua y me tomaba la temperatura. Después decía que todo iba bien, y si la garganta me dolía, me preparaba un poco de limón con azúcar para que hiciese gárgaras... y a seguir esperando.

Al cabo de unos días en los que la fiebre me mantenía atontado o con la sensación de que a veces me caía en un profundo pozo, o que las cosas daban vueltas a mi alrededor, al cabo de esos días de tomar

sopitas y hacer gárgaras, de ponerme el termómetro y de sudar las sábanas, empezaba a mejorar. Pedía un cuento y decía que quería comer. Esto significaba que todo iba bien y al día siguiente (del quinto al séptimo día) me levantaba con las piernas temblorosas y vacilantes, y me disponía a ir a clase. Todos me decían, has dado un estirón, pero eso no me importaba; sólo me interesaba saber que aquello se había acabado y yo volvía al mundo de la actividad; quizás me cansaba un poco más, pero poco a poco volvían las ganas de correr y de comer.

Éste era más o menos el proceso de una amigdalitis. Claro que había otras enfermedades, pero ya las madres (eventualmente consultando con las abuelas u otras madres más veteranas) sabían como hacer: si salían ampollas, era varicela, y había que poner talco por el cuerpo y cortarte las uñas para que no te rascases; si te salían manchas rojizas por todas partes, entonces se trataba del sarampión, y de inmediato se ponía una luz roja y se oscurecía la habitación. También se avisaba a los vecinos, por si les venía bien contagiar en aquel momento a sus niños porque "¡... como total hay que pasarlo!".

Tampoco en estas ocasiones se iba al médico ni se le llamaba, tampoco si eran unas paperas o una gripe con tos. Los conocimientos maternos eran amplios sobre esos diagnósticos y, total, el médico no podía hacer mucho más. El profesional quedaba reservado para las complicaciones, enfermedades graves o si se sospechaba tuberculosis (¡ojo!, palidez, pérdida de apetito, febrícula, y tos); los síntomas eran claros y entonces sí que había que avisar al facultativo, aunque ya se sabía que lo único que se podía hacer era: reposo, buena alimentación y si se tenían unos parientes en la montaña (cosa que no solía ocurrir) se podría enviar al enfermo allí o se le llevaba a pasar una temporada.

¿Verdad que era muy diferente la actitud de entonces en comparación con la de ahora? Pero es que por aquel entonces no había sulfamidas ó antibióticos (que empezaban a ser utilizados en enfermedades graves) y poco más había que la clásica aspirina, paños con alcohol, si la fiebre subía mucho, y unos consejos dietéticos (frutas, zumos, caldo, tortilla, etc., según los casos). Curiosamente, no se producía la angustia que hoy se siente ante la enfermedad; era algo que tenía que ocurrir, y se enfocaba como un hecho natural y con un cierto fatalismo.

Los niños de mi época (en A Guarda) en casi su totalidad, no visitaron a un Pediatra (no lo había en el pueblo) y venir a Vigo a una consulta, era perder todo el día y gastar dinero. Sólo cuando el caso parecía fuera de lo normal, se iba al Médico de Cabecera y éste, y tan sólo cuando el caso lo requería, lo remitía al Pediatra. Recuerdo que alguna vez un médico (no sé si D. Pepe, D. Urbano o D. Ermelindo) vino a mi casa, pero muy pocas. Entraba tranquilo y bonachón, se sentaba al lado del enfermo, se le entregaba una cucharilla para que pudiera deprimir la lengua al tiempo que el niño decía "aaaah!" y después daba su diagnóstico:

-Unas anginas.

Terminaba diciendo cualquier cosa sobre una dieta suave, y se marchaba dando unas palmaditas en la espalda a mi madre. Pero todos quedábamos más tranquilos. Más tarde recordé estas escenas cuando estudié en la Facultad y se decía que los médicos de aquel tiempo "curaban pocas veces, aliviaban algunas, pero consolaban siempre".

Es verdad que la mortalidad infantil era entonces muy elevada. Con frecuencia pasaba por delante de mi casa un cortejo formado por un cura, dos monaguillos, unos niños llevando una cajita blanca y oía el comentario de alguna mujer que veía la escena:

-¡Un anxeliño!.

Es decir, un lactante que se había muerto, casi seguro que de una simple diarrea, una deshidratación, un error dietético o de

cualquier proceso sencillo de resolver, en la mayoría de los casos. Y casi siempre, sin que el médico hubiese llegado a verlo, o incluso después de que lo hubiese visto. ¡Era tan normal que... "os *anxelinos fosen ó ceo!*".

Pues sí, querido niño, esa era la panorámica de entonces. Muchas madres morían al dar a luz (siempre se paría en el pueblo, en la casa, y la mayoría de las veces las mujeres eran atendidas por expertas y no por comadronas o médicos), muchos niños morían en los primeros meses (en el pueblo, en su casa). Tampoco al venir a Vigo (donde había muy pocos Pediatras) las cosas habrían mejorado mucho, ya que no existía ningún Servicio de Pediatría ni ningún Hospital Infantil, y los hospitales de entonces eran otra cosa diferente: más bien un lugar donde los menesterosos y gentes sin medios, que habrían muerto en la calle, eran mantenidos en condiciones un poco más humanas. De aquella, ir al hospital era casi sinónimo de prepararse para morir. Los ricos, se mantenían en casa siempre que podían y sólo una eventual intervención quirúrgica (de las pocas que se hacían entonces) les llevaba a un Sanatorio particular que, por cierto, costaba un pastón, cosa que no todo el mundo podía permitirse.

La idea de que el hospital era un sinónimo de muerte, perduró muchos años después. Incluso cuando yo estaba haciendo la especialidad de Pediatría (alrededor de 1961), y cuando ya había notables recursos médicos que salvaban la vida a niños con graves enfermedades; a veces, resultaba desesperante intentar convencer a unos padres que querían llevarse a su casa al niño con una meningitis, cuando sabíamos que eso era condenarle a morir, mientras que en el hospital tenía muchas posibilidades de salir adelante.

Hoy, posiblemente ya has conocido un hospital en más de una ocasión: allí encontraste personas amables, tus padres estaban tranquilos, allí resolvieron tus problemas sin dificultad y tu tienes una gran confianza en su funcionamiento, en la ciencia y la seguridad de que te curarán cualquier cosa que puedas tener. Es verdad. El hospital es ahora así, para tu suerte.

## Capítulo 5

### La comida y la bebida

A lo mejor te parece sorprendente que te hable de la comida porque puedes pensar que las personas de nuestro país siempre hemos comido de forma similar. No lo creas. Posiblemente no hay grandes diferencias en el conjunto de lo que se come, pero sí la hay en muchos aspectos que te iré comentando.

En primer lugar ¿cómo era la comida? Pues parecida a la de ahora, pero sin muchas posibilidades de escoger y de variar. Se variaba algo, pero dentro de unos límites muy escasos. Por ejemplo, el caldo y el cocido era la comida tradicional. Ya sé que ha sido tu alimento en algunas ocasiones, pero es que antes, en algunos sitios, constituía el 50% de las comidas y en otros el 80% o más. Había lugares, pueblos pequeños, aldeas, etc., sitios remotos donde la base de la comida era el cerdo; cada año se alimentaba un cerdito (con los restos de las comidas y los productos de la huerta) que después se mataba, y este cerdito ya engordado, era lo que se comía el resto del año hasta que tocase matar al siguiente. El caldo se hacía con verduras (de la huerta de la casa), garbanzos o habichuelas (de la huerta), patatas (de la huerta), un poco de carne de cerdo, tocino (del cerdito), algún chorizo (del cerdito), y si había posibilidades, un poco de ternera o un poco de pollo (del corral). Se hacía una gran pota que servía de comida hasta que se acababa y, entonces, se hacía la siguiente. Sí, se comía siempre lo mismo en muchos lugares. Hoy a veces se oye decir a una persona:

- No quiero cenar esto, que ya lo comí al mediodía.

Y no puedo menos que sonreírme internamente. Antes se comía un día tras otro la misma comida, y se repetía mediodía y cena... y ¡gracias!.

Claro que este modelo podía variar y, de hecho, en los pueblos costeros había muchas familias que comían pescado, que era comprado en la plaza, traído por algún familiar que se dedicaba a la pesca profesional o incluso conseguido por el propio abuelo que, en los ratos libres, tenía una caña y se iba al muelle, al Balueiro; o tenía una chalupa y se alejaba hasta las rocas para pescar fanecas o pulpos. Pero la base era repetitiva. Quizás alguna ama de casa con iniciativa y posibles, cambiaba un poco para romper la monotonía y preparaba alguna empanada o fritos con lo que sobrara del día anterior. También se alternaba con potajes, garbanzos o lentejas. Pero piensa que, en el medio rural, en la aldea, en los alrededores de los pueblos y de las ciudades (y probablemente en muchas casas del centro), la dieta se basaba todo el año en la huerta y el cerdito, además de algunas frutas de la misma huerta, en la época en que maduraban. Hay que pensar que la comida con los productos propios era muy barata, y el cerdito casi no costaba dinero (aparte del trabajo que daba). Las novedades de la dieta quedaban para la fiesta del pueblo, alguna romería y alguna boda o bautizo. A lo mejor piensas que esa dieta era muy monótona y que te aburrirías de comer lo mismo. Claro, no tienes ni idea de lo que es tener que comer lo mismo por necesidad, cosa que la mayor parte de la Humanidad viene haciendo desde remotos siglos. No pasa nada, y el hambre hace buenos los alimentos aunque sean repetidos.

Otra cosa que te sorprendería es que entonces no podía aceptarse lo que ocurre hoy en una comida cuando dices:

-Esto no me gusta.

A lo mejor hoy tus padres tienen una cierta condescendencia en ciertas antipatías o manías relacionadas con algún alimento. Puede que en muchas casas actuales se modifique lo que se va a comer de acuerdo con los gustos de los niños. Pero puedes estar seguro que esto antes

no pasaba. No podía ser, los intereses de la economía familiar eran mucho más importantes que los caprichos. Es más, los caprichos no existían. La merienda era un trozo de pan y dos higos secos o una onza de chocolate, y así siempre, con escasas variaciones.

A lo mejor puedes tener la impresión de que los niños podrían negarse a comer. No, puedes estar seguro. Los niños comían de todo y el hambre siempre fue una buena consejera.

Y ¿sabes una cosa? Como resultado de este modelo de alimentación no había niños gordos, ya sabes, los que se llaman obesos, que hoy tienes a tu alrededor en un número cada vez más elevado. De aquella, todos los niños eran normales y era muy extraño que se pudiese encontrar alguno con sobrepeso.

¿Sabes de que proviene la obesidad? Dejando a un lado algunos casos en los que hay un fondo de enfermedad, la mayoría son ocasionados por las costumbres malas en la alimentación: comer por placer, comer como compensación, comer en exceso, comer más porque son alimentos que gustan mucho, las "chuches" entre horas, comer por presión familiar y, sobre todo, con hábitos inadecuados en la familia. La pena es que esto (que no lo había antes), no sólo es un problema para el niño (se encuentra mal, no tiene capacidad física, no puede jugar como los otros) sino que condiciona su vida y produce una notable disminución de los años que va a vivir. Piénsalo.

Otro aspecto de las comidas era quien las hacía (por supuesto, las madres o las abuelas, las tías, siempre mujeres). Pero, a veces, los niños colaborábamos. Yo recuerdo en muchas ocasiones hacer la mantequilla (batiendo la nata), limpiar el pescado, freírlo, hacer una tortilla, pelar patatas, preparar las papas (papillas de harina, no patatas) para el desayuno o la cena, etc. Era que teníamos tiempo, y las madres tenían poco. Así, echábamos una mano y nos sentíamos útiles. Puede que en las familias ricas tuviesen cocinera y los niños no colaborasen. Una pena, en el fondo.

¡Ah! Y no había Corte Inglés, ni Dia, ni Eroski, ni ningún otro Super dedicado a la alimentación, donde se pudiesen encontrar y comprar comidas diversas. Nada que ver con la variada oferta de productos que hoy tienes en cualquier pueblo. Hoy, incluso en los pueblos muy pequeños donde no hay apenas vecinos, llegan distribuidores de productos de alimentación y panaderos con sus furgonetas.

En aquellos lejanos tiempos sólo había en el pueblo: un par de panaderías, para el pan (y que vendían pasteles también); una frutería, para la fruta de la zona; el mercado que se llamaba la plaza de Abastos o del pescado, para el pescado, verduras y carne, y uno o dos Ultramarinos donde se vendían castañas secas, pasas e higos secos, bacalao salado, harina y otras cosas que se conservaban. Así había que arreglarse.

Como no había congelados, latas, ni comidas conservadas en botes el problema era como mantener la comida que se hacía: luego te explico como se arreglaban con este tema.

Podemos ahora hablar de las bebidas aunque esto es mucho más fácil de explicar. Hoy tienes muchas opciones, hay niños que beben zumos o bebidas gaseadas; muchos niños tienen una escala de preferencia en la que entran numerosos nombres comerciales y los toman, a veces con la comida o con la merienda, otras veces entre horas si tienen sed, o también simplemente por capricho. Su presentación puede ser en latas, botellas de cristal o plástico, tetrabrik, botes de aluminio, etc.

Para explicarte lo que bebían los niños entonces sólo tengo que pronunciar una palabra: agua. Bebíamos agua por la mañana, mediodía, tarde, noche, en las comidas, fuera de ellas, etc. Eventualmente, algún vaso de leche cuando una madre tenía posibilidades de disponer

de una cantidad suficiente. Pero, en su esencia, agua y agua. Y no creas que es el agua helada que tomas hoy abriendo la nevera (te adelanto que no había neveras, pero de esto ya hablaremos después). El agua del balde, que siempre estaba relativamente fresquita y disponible en todo momento, era el único recurso para calmar la sed. Y si estabas en la calle, buscabas la fuente más cercana y ya está.

Hoy, supongo que la imagen de comida despierta en ti una relación inmediata con la nevera. La nevera es un gran invento: permite que la comida que no se va a consumir de inmediato pueda mantenerse sin que sufra daños. Además, hay múltiples alimentos que se conservan durante mucho tiempo si se mantienen cerrados al vacío o en recipientes herméticos y se conservan esterilizados bien cerrados dentro de plásticos, pero deben ir a la nevera una vez que han sido abiertos, como la leche, el yogur, aceitunas, salsas, natillas, etc. Además, la nevera mantiene frescas las bebidas y otros alimentos que podrían ser influenciados o alterados por el calor. También hay congeladores que pueden contener durante muchos meses o años alimentos como carnes, pescados, mariscos y vegetales en estado de congelación.

Pero antes no había neveras ni congeladores. Yo no los recuerdo. Puede que en algún lugar especial, restaurante o comercio de ventas, hubiese alguna nevera, pero nunca en una casa corriente de un pueblo. De ahí las múltiples filigranas que tenían que hacer las amas de casa (¡siempre las mujeres!) para conservar lo que era alimento. La leche se compraba cada día de unas señoras que se llamaban lecheras y que venían muy temprano trayendo desde la aldea, sobre caballos o burros, grandes recipientes de aluminio con la leche que acababa de ser ordeñada. Nada más recibirla había que hervirla y se dedicaba al consumo. Lo que sobraba pasaba a un lugar llamado fresquera (una ventana: se supone que era lo más fresco de la casa) y allí se podría conservar algún tiempo, no mucho.

-¡Bébetese ese vaso de leche que ya es de ayer y se va a estropear!.

Eso decía alguna madre, porque si no se usaba en corto tiempo había que destinarla a otros usos (mezclarla con harina para hacer croquetas, empanadillas, papillas, etc.), pero había que usarla. Si no se bebía pronto, terminaba acidificándose (sabor desagradable e inservible para el consumo) o cortándose (es decir, produciéndose unos coágulos) aunque, en este caso, todavía podía aprovecharse si se filtraba por un trapo y se recogían estos coágulos que terminaban convirtiéndose en un queso). Por lo tanto todos los medios de conservación estaban basados en otros principios diferentes del frío: el pescado se escabechaba, con aceite y vinagre, lo que daba un tiempo largo de conservación; ciertas carnes o chorizos se metían en un frasco rodeados de sebo, por lo que su tiempo de conservación se hacía muy prolongado; el bacalao se vendía seco y salado, como lo traían de los barcos de Terranova; el jamón lo mismo, se secaba y salaba; los chorizos se colgaban cerca de la cocina o *lareira*, para hacer que el humo los curase y conservase; algunos postres, mermeladas de frutas, tenían una alta cantidad de azúcar que impedía el crecimiento bacteriano; también se usaban alimentos desecados, como los higos, las pasas y las castañas pilongas, que se mantenían secas durante mucho tiempo. En A Mariña, de A Guarda, se veían muchos pescados o pulpos secándose al sol: así se conservaban durante meses y después había que meterlos en agua para hidratarlos y posteriormente cocerlos. Otros productos que ya eran secos no se estropeaban, como el chocolate.

La comida había que calcularla para que no sobrara mucho; y si ocurría así, se guardaba en la fresquera por un corto tiempo, y luego había que consumirla. En cambio al caldo o al cocido, simplemente se le daba un nuevo hervor y así se podría usar durante varios días.

Había alimentos que se preparaban en casa, como la mantequilla que se obtenía de la nata de la leche, moviéndola a mano con paciencia dentro de una taza y, posteriormente, se conservaba metida en agua. Todo lo que fuese seco, como arroz, garbanzos, habichuelas, lentejas, se conservaba bien. Lo que fuese perecedero como verduras, lechugas, etc., había que comprarlas o traerlas de la huerta en el momento del consumo. Cebollas, ajos y patatas se conservaban mejor, y solía haber provisión de una cierta cantidad. No había alimentos envasados al vacío, así que podéis imaginar la preparación y el cuidado que requería hacer la comida y conservarla.

El pan se consumía cada día, si quedaba algo se guardaba, y después de varios días, con el pan reseco que se había guardado, se hacía un pudding o cualquier otra cosa, hirviéndolo con azúcar, leche y huevos. Todo se aprovechaba. Nada podía perderse ni tirarse. Si algo de material orgánico no era comestible (mondas, algo de comida ya pasada o estropeada) la caldereta del cerdo era el aprovechamiento supremo, para que todo se terminase convirtiendo en comida.

Eran otros tiempos ¿eh?



## Capítulo 6

### La matanza

La matanza era un acto familiar, casi social, en el que se daba muerte al cerdito que se había estado alimentando durante todo el año con productos de la huerta y restos de las comidas (la caldereta del cerdo de todas las casas), y que representaba la comida para el año siguiente. El cerdito estaba en una dependencia de la casa, a veces en la parte baja, otras veces en un departamento próximo. El pobre animal vivía a oscuras, en un pequeño espacio en el que sólo se podía mover muy escasamente; allí, en la mayoría de los casos, comía, defecaba y dormía. Ante la falta más absoluta de movimiento y comiendo todo el día, engordaba bastante, que era lo que en definitiva se buscaba. Por fin llegaba el gran día. El día de la "matanza" era un poco de fiesta, reunión de amigos, abundancia de comida, lo dicho, un acto social.

La matanza de un cerdo que pesaba entre 100 y 200 kilogramos, no era una tarea fácil. A veces se hacía en la finca, cuando el propietario la tenía; en otros casos, se hacía en la calle o en un espacio del campo próximo. Claro que en A Guarda, que era un pueblo con menos campo, en muchas casas ya no había cerdo. Pero en Caldas de Reis, rara era la casa que no lo tenía, y por tanto, se producía su matanza en el momento adecuado.

En ese momento, se reunían varios hombres de las casas próximas (luego en correspondencia todos les ayudarían a cada uno en sus propias matanzas). Se soltaba al cerdo y en un momento determinado varios hombres se abalanzaban contra él y lo arrojaban sobre un banco muy sólido y bajo, que llamábamos el "banco del cerdo" o "de la matanza", mientras el animal berreaba como un desesperado, quizás sospechando lo que se le aproximaba. Los niños, lo más cerca que podíamos y nos dejaban, contemplábamos el suceso con la boca abierta. En la boca (la del cerdo, claro), para evitar que mordiese, se le metía un carozo de maíz, y finalmente alguien aplicaba un cuchillo, el "cuchillo de la matanza", grande y afilado, y se le clavaba en el corazón o en el cuello, moviéndolo en varias direcciones. La sangre, que manaba a borbotones, se recogía en un cubo que se aproximaba al borde del banco, y en cosa de un minuto o menos, los berridos del animal iban debilitándose hasta que moría. La sangre se retiraba, pero se revolvía continuamente para que no se coagulase; después se destinaba a preparar diversos productos, como morcillas dulces de sangre, una tarta de pan de color negro e incluso, a veces, filloas de sangre.

Después, si se podía se colgaba, y si no se ponía sobre el mismo banco, ya con calma, se abría el cerdo en canal y se retiraban los intestinos, el hígado, los riñones, el corazón, etc., cada uno de estos órganos con un destino preciso para el futuro. Del cerdo no se desaprovechaba nada.

Lo que quedaba del animalito se desplazaba hasta una hoguera que se preparaba en las proximidades y en la que se tendía el cuerpo ya vacío de órganos; su objetivo era quemar todas las cerdas, muy numerosas y fuertes, que cubrían toda su superficie. Se formaban ampollas sobre la piel, pero una persona con un cuchillo, las iba raspando y eliminando los restos de piel y pelos quemados, alisándolo todo.

Finalmente, seguía el trabajo (como casi siempre, de las mujeres) que tenían que preparar los chorizos, que luego se colgaban en la *lareira* o en la cocina; cortar los jamones y ponerlos a secar en sal para que se conservasen; trozos de tocino, que también se mantenían en sal; por todas partes, restos del animal que se aprovechaban para una u otra finalidad nutritiva. Las orejas, el rabo,

la lengua, todo servía y todo había que conservarlo convenientemente, porque era la base de la comida de todo el año, adecuadamente mezclado con la verdura (las berzas) y las patatas de la huerta.

En los días siguientes a la matanza se consumían muchas cosas que no se conservaban bien y así, había una gran abundancia de comidas diversas que se compartían con los vecinos, que habían ayudado a dar muerte al cerdito.

Y el ciclo se cerraba e iniciaba de nuevo con la compra en la siguiente feria de un cerdito muy pequeño, que se instalaba en la "gochera" del anterior, que previamente se había limpiado de las hierbas y tojos mezclados con excrementos (que habían servido para abonar la huerta), y se ponía una nueva base de "frume" para el nuevo inquilino.

Ya volvía a ponerse la caldereta del cerdo y se avisaba a los vecinos que no tenían cerdo para que hiciesen lo mismo.

Y un año más el cerdito a comer, engordar, morir y alimentarnos. Todo un ciclo anual que se repetía en el tiempo.

## Capítulo 7

## El estudio y los profesores

Uno de los aspectos más importantes de la vida de todo niño es el aprendizaje; el niño nace como un libro blanco y allí se tiene que ir escribiendo todo. Al principio, el niño aprende a hablar oyendo a sus padres y vecinos; aprende a mantener el equilibrio dando pasos y tanteando el suelo; aprende a manejar sus manos jugando con diversos objetos. Más adelante, cuando ya sabe andar, correr y hablar, empieza el aprendizaje de otros movimientos más finos y detallistas con sus manos y dedos: aprende a sostener un lápiz, a realizar trazos sobre el papel. Al mismo tiempo perfecciona su lenguaje, aprende a cantar, empieza a jugar sobre la base de las normas que le dan y juega con sus padres y amigos. Todo el aprendizaje se va complicando cada vez más y más, y aparecen las normas sociales, las relaciones afectivas, las reglas de comportamiento y muchas más cosas, todas muy importantes, porque al final de este tiempo de aprendizaje será un adulto.

En las culturas primitivas, una vez que los niños sabían andar, hablar, comunicarse y tenían las normas sociales claras, se empezaba a enseñarles las actividades que eran útiles para el grupo: la caza, la pesca, la ganadería, el pastoreo, etc. Pero en nuestra sociedad moderna, son muchos más los conocimientos que son necesarios para alcanzar un nivel adecuado y poder tener un futuro título técnico o profesional. Por eso, y porque los padres no tienen tiempo y/o no tienen facilidad o conocimientos para hacerlo, los niños van a la escuela primero, después al instituto y, finalmente, un cierto número de ellos va a la universidad. Toda la vida es un continuo aprender.

Hoy, querido niño, ya sabes como funciona eso: vas a la escuela, a un colegio, a un instituto y allí tienes profesores con los que tienes un constante contacto, te enseñan y explican lo que no entiendes y cada mes (más o menos) emiten una nota que llega a tus padres y estos saben así como vas adquiriendo conocimientos y como progresas. Hoy sabes que hay diversos colegios incluso en los pueblos más pequeños y que toda tu infancia va a seguir un camino trazado de antemano.

Pues éste era un gran problema en los pueblos pequeños, como A Guarda o Caldas de Reis, o en otros pueblos similares o menores. Había una escuela oficial para que los niños aprendiesen a leer y escribir, y algún conocimiento más, pero al llegar a edades como las vuestras, el problema se complicaba, porque en los pueblos no había más sitios donde estudiar. Las personas más acomodadas (que tenían dinero y podían emplearlo en la educación de sus hijos) lo tenían claro, y los enviaban a un colegio en la ciudad más cercana, unas veces como alumnos internos otras veces mediopensionistas, durmiendo entonces en casa de algún pariente o amigo. Las personas que no tenían dinero, por ejemplo, los pescadores de A Guarda, necesitaban además que sus hijos empezasen a colaborar en los trabajos de su padre, como ayudante en las labores de la tierra o como grumete embarcando para hacer los pequeños trabajos de a bordo.

Así, el camino de estos niños quedaba claramente delimitado. Había algunas situaciones intermedias, y estos chicos continuaban en la escuela donde los maestros (Doña Aurora o D. Nicolás, por ejemplo) que atendían a los más pequeños, también estaban capacitados para enseñarles algo más: regla de tres, interés, algo de cultura general, Geografía e Historia, y con esto y un poco de suerte, podrían en el futuro aspirar a algunos trabajos más idóneos que ir a la mar, como podía ser emplearse en el banco o en una oficina. El hacer el bachillerato, base necesaria para una carrera mayor, era más complicado. Había algunos maestros que tenían escasos conocimientos en

Inglés o Francés, otros en literatura o en otras asignaturas; finalmente, un par de curas (el señor Abad y D. Urbano) sabían bastante de Latín y algo menos de Griego, pero entre todos y con buena voluntad, algunos muchachos de aquel tiempo (entre los que nos encontrábamos mi hermano y yo), compramos los libros de los diversos cursos y poco a poco, cada año viajando a Pontevedra a examinarnos, fuimos avanzando hasta terminar estos estudios.

No había notas, o éstas eran entregadas muy irregularmente, algunos de los profesores tenían poco tiempo, o no estaban muy cualificados para enseñar alguna asignatura, pero con tiempo y buena voluntad, muchos paseos para ir de las casas o las escuelas de unos a las de otros, se pudo ir consiguiendo el objetivo buscado. Seguramente, te parecerá un poco desordenado todo este sistema si lo comparas al actual, tan organizado, tan perfecto y tan estricto, con colegios y notas periódicas, reuniones entre padres y profesores, y también asociaciones de Padres de Alumnos. Pero era lo que había, y los que iniciábamos aquel camino ni siquiera sabíamos si llegaríamos al final. Peor fue para los que tenían capacidad para haberlo seguido y no pudieron, porque no había una academia o sus padres no tenían dinero para pagarle esos estudios.

Los libros eran notablemente menos entretenidos que los que tenéis hoy. He visto los vuestros, muy coloreados, con posibilidades de hacer ejercicios sobre ellos, con zonas donde escribir, con preguntas y con problemas para ir desarrollando lo leído. Los nuestros eran demasiado serios, poco ilustrados y siempre en negro.

Chicos, ¡que suerte tenéis con vuestros profesores!. Son expertos en sus materias y además han estudiado pedagogía y tienen muchas posibilidades de entender mejor a los niños. Son más dialogantes y se preocupan de conoceros y de relacionarse con vosotros algo más que, simplemente, tomando la lección y exigiendo que la aprendáis. Los nuestros provenían de los tiempos de "la letra con sangre entra", aunque no todos. Eran excelentes personas pero, sobre todo de pequeños, de algunos tuvimos que soportar algunos golpecillo (leves sopapos, en general) o castigos físicos, como permanecer de rodillas un tiempo de media o así, según la culpa. Algo que hoy ni se os ocurre que pueda acontecer. Quizás podríamos decir que en algunos aspectos hoy os pasasteis, ya que son frecuentes las protestas de padres porque no quieren que se les castigue a los niños, aunque después los padres tampoco lo hacen en casa.

¡Ah! Y otra cosa: antes las escuelas tenían una separación entre niños y niñas. Esto no era muy lógico, y hoy sabemos que siempre es mejor que niños y niñas se mantengan en contacto y que aprendan a convivir cuanto antes en un mundo que es de ambos, y que ambos sexos tienen que ocupar. Pero antes era así y a las niñas no las veíamos de cerca casi nunca, salvo que fuesen vecinas.

¿Y con que trabajas en las redacciones? ¿Con que escribes? Hoy tienes muchos modos de hacerlo: la pluma, el bolígrafo, el rotulador, la maquina y el ordenador. En la Edad Media escribían con las plumas de aves a las que se le había cortado el extremo y hendido en dos para que por allí se deslizase la tinta. Este método duró desde la Edad Media hasta casi mi infancia y, así, en mis tiempos de escuela, solo se había avanzado en la construcción de la pluma metálica, fuese estilográfica o se mojase directamente en la tinta del tintero que había en cada pupitre. Recuerdo que después de escribir, para secar la pluma antes de guardarla, lo hacíamos en el pelo de la cabeza. ¡Así iría de limpio!. Como método mecánico, ya existía la máquina de escribir con cinta, pero había muy pocas en el pueblo.

En los pocos años que van desde entonces a ahora, apareció el bolígrafo, el rotulador con diversas modalidades, tamaños y colores, el *rotring* y, en otros sistemas de escritura mecánicos, la máquina de

escribir se hizo eléctrica, y finalmente, el ordenador representa el "no va más" de los métodos de escritura, donde con un clic se puede cambiar el tipo de letra de todo el texto, y se pueden hacer de todo, incluyendo la corrección automática de errores, hacer traducciones a otros idiomas, cambiar frases de lugar o enviar por correo el texto a un amigo. ¡Increíble!.

De más pequeños, íbamos al Colegio de las Monjas Carmelitas. Allí, en los pocos años, el sistema de aprendizaje era el de la repetición, basado en que a fuerza de repetir se aprende lo que se dice y ese recuerdo queda para siempre: las tablas de todas las operaciones eran cantadas a gritos con música y sonsonete; las oraciones religiosas obligadas; y el instrumento de escritura más usado, la pizarra, fuese metálica o de auténtica pizarra, con su pizarrín (de dos clases, blando y duro). Era de esperar, de pequeños, las múltiples porquerías que hacíamos con ellos, como lo que llamábamos "el chocolate", en las pizarras de latón oxidado, escupiendo y moviendo con fuerza el pizarrín hasta conseguir un líquido oscuro. ¡Una guarrada!

## Capítulo 8

### Los juegos y los juguetes

Los juegos y los juguetes existieron siempre y siempre existirán donde haya niños. Jugar es algo inherente al niño y para jugar sirve cualquier cosa. La diferencia está en la cantidad, la calidad y en la forma de usar los juguetes.

En la posguerra, las condiciones económicas de la mayoría de los españoles eran malas y en los pueblos gallegos, como Caldas de Reis y A Guarda, sin industria, dependientes de una agricultura de subsistencia y de una pesca artesanal de bajura (con grandes paréntesis en las temporadas de invierno), la situación era todavía peor. Esto, naturalmente, se reflejaba en los juguetes: los ricos tenían pocos, los niños de clase media, apenas uno o dos, y los pobres e hijos de pescadores, ninguno. Me refiero a juguetes de comprar, de los que hay que encontrar en las tiendas. Porque todos los niños tienen siempre cosas con las que jugar. ¿Qué eran juguetes entonces? Las bolas de cristal de las botellas de gaseosa (que ahora no existen), las bolas de acero de los rodamientos de los coches, las bolas de barro... todo lo que fuera esférico y pequeño servía para el juego de "guá".

Mira, chaval, te voy a contar como era ese juego que nos entretuvo horas y horas. Era un juego bastante complejo, con muchas reglas sobre la forma de lanzar la bola, la distancia que quedaba entre una bola y la otra, la posibilidad o no de esconderla bajo accidentes del terreno, con varias técnicas de cómo impulsarla, etc. Además de las bolas ¿qué otra cosa hacía falta? Simplemente el suelo, y, en algún punto, una zona deprimida que se llamaba el "guá"; y así se desarrollaba. Se salía y se buscaba chocar la bola con la del contrario. A cada choque entre las dos bolas se contaba: primera, segunda, tercera, cuarta, bola, pase de bola, pie (tenía que haber un pie de lado entre las dos bolas) y "guá": ahí se ganaba un juego. Si se fallaba alguna, pasaba a tirar el contrario. El que ganaba se cobraba su victoria con una bola de barro, las de menos valor. Había categorías: las bolas de cristal valían por dos de barro, las de piedra por cinco, las de acero por diez, y había unas de cristal con figuras de colores dentro que eran el no va más, y ya no me acuerdo lo que valían, pero era mucho. Con este juego tan simple, se pasaban las horas y los días durante una larga temporada. En todas partes había "guás" y todo los niños llevaban en su bolsillo su capital en bolas.

Al cabo de unos meses de practicar sólo este juego, llegaba un momento en el interés por el mismo iba decayendo y entonces, en algún momento, algún niño sacaba un trompo, ya sabes, esa bola de madera con un extremo afilado donde sale una punta metálica, que se enrollaba en un cordel y al lanzarlo se mantenía girando en el suelo. En ese momento, casi con un acuerdo unánime, todos los niños guardaban las bolas para la siguiente temporada y todos los niños sacaban los trompos. Era un acuerdo tácito, no pactado. También en el trompo había categorías: los más corrientes eran los de madera de pino y los mejores los de madera de boj, que era una madera muy dura en la que no se producían melladuras (rasgaduras del trompo causadas por otro trompo tirado fuertemente sobre él). Había muchas habilidades que se premiaban con este juego: conseguir una larga duración de trompo rodando, después de que estuviese rodando, levantarlo con el cordel en el aire, cogerlo con la mano, pasarlo de una mano a otra, después de cogerlo rodando en la mano lanzarlo contra otro trompo. Esta última era otra forma de competir, tratando de darle golpes al trompo del contrario, y de romperlo, si se podía. En fin, las diversas

modalidades permitían una nueva temporada en la que todos los niños rivalizaban por su habilidad haciendo rodar el trompo, o dando en los sitios exactos, o haciendo las cosas más difíciles o complicadas. Pero los juguetes eran así de sencillos.

Otro juego, el aro: este era un simple alambre circular que se llevaba rodando por la calle dirigido por otro alambre que tenía una doblez en la punta que abrazaba al primero. El mérito del juego estaba en llevarlo derecho y conseguir que tomase las curvas a voluntad de su dueño. Había verdaderos artistas de la conducción y la filigrana.

Otro era el juego llamado en A Guarda de "Generales". Este juego se practicaba con las dos caras de las cajas de cerillas: cada rectángulo de cartón, que llevaba alguna figura o algún dibujo diferente de forma o color según las marcas, era recortado, y se convertía en un "general". Entonces, todos los niños acumulaban el mayor número de "generales" que pudiesen a partir de las cajas de cerillas vacías de sus casas y andaban con los bolsillos llenos de bloques de "generales" mantenidos con una goma. El juego tenía varias versiones. En una de ellas, se presentaba el puño cerrado y el contrario tenía que adivinar cuantos "generales" tenía dentro. Si acertabas, te los daban, si no acertabas tenías que pagar de los tuyos de acuerdo con el error que hubieras cometido. Otro juego se hacía trazando una raya en la pared y desde allí se dejaba caer el "general" al suelo. Si caía sobre el de un rival, ese "general" pasaba a ser tuyo. Siempre el objeto era conseguir muchos, primero capturando las cajas de cerillas en tu casa o en las de los vecinos, y después ganándoselos a los otros niños. Toda una enseñanza para la vida. Los niños más espabilados, más constantes en la búsqueda y más listos, llegaban a reunir grandes cantidades.

También las chapas de las botellas servían para jugar: se trazaban caminos por el suelo y se empujaban las chapas a golpes de dedo para que siguiesen la ruta correcta llegando al final antes que el rival, pero sin salirse del camino.

Y puedo seguir mencionando otros juegos similares, simples, sencillos, que no valían nada pero servían para que el niño se mantuviese entretenido y fuese adquiriendo habilidades y virtudes para relacionarse con otros niños, competir, tratar de superarlos y conseguir los objetivos marcados. En el fondo una adquisición de cualidades para el futuro.

¿Se puede imaginar un juego más sencillo que el "canga terrenos"? Era simplemente un clavo grande, una navaja, un cuchillo viejo, etc.: cualquier cosa afilada que lanzándola desde el aire con fuerza se clavase en el suelo dentro de una parcela rectangular previamente marcada. Desde el punto de la clavada, se hacía una línea delimitando la parte que ganabas. El contrario hacía lo mismo y cada vez el rectángulo resultaba más dividido y, como consecuencia, se hacía más difícil clavar el "canga terrenos" en el terreno de nadie. También era una lucha por conseguir terreno. En el fondo, otra preparación para la vida.

Otro juego, el "pateiro", se hacía con dos palos: el más pequeño se apoyaba sobre una piedra dejando un extremo elevado y sobre él se golpeaba con el otro, con lo que se elevaba girando por el aire; en ese momento, en el aire y girando, se trataba de golpearlo con el palo largo para lanzarlo lejos, cuanto más lejos mejor.

¿Y las niñas? En este caso los juegos eran un poco diferentes, y probablemente no recuerdo la mayoría de ellos (las niñas eran un mundo aparte). Había uno (creo que se llamaba la "mariquitilla") que jugaban en la calle sobre un rectángulo fragmentado dibujado en el suelo sobre el que había un trozo de teja que golpeaban con el pie al tiempo que iban dando saltitos; otro juego de las niñas era una simple cuerda que movida entre dos permitía a una tercera que le pasase bajo los pies al

tiempo que saltaba. Estos juegos a veces se acompañaban de versos o de cantos.

Había otros juegos de correr, como el "escondite", la "quedada", "pies quietos" o "el pañuelo" que ni siquiera precisaban de ningún objeto (sólo un pañuelo en el caso del último de ellos), y se hacían simplemente corriendo, escondiéndose, moviéndose con habilidad, sabiendo parar y arrancar de nuevo en carrera, en fin, todos con reglas sencillas pero que daban lugar a un magnífico entrenamiento y a un desarrollo físico y muscular notable y también de la inteligencia.

Ya sé que hoy tenéis muchos juegos valiosos, coches y aviones que se mueven a control remoto, juegos de ordenador que permiten adquirir habilidad de movimientos finos, complicadas figuras de War Hamer que hay que pintar y decorar con detalle, etc., pero en general, hay un descenso del movimiento y de la habilidad física, un mayor tiempo de permanencia dentro de casa, y una mayor tendencia al entretenimiento sin esfuerzo corporal. También es verdad que las calles de hoy están ocupadas por los coches y autobuses, mientras que nosotros jugábamos en medio del pueblo sin que ninguno de los 4 coches que había entonces (puede que hoy haya en el mismo pueblo más de 5000) se dignasen a interrumpirnos en nuestra actividad.

Pero luego venía el largo invierno y los días de lluvia, y entonces no se podía salir de casa y allí, como todos los niños, nos arreglábamos: un lápiz y un papel (aunque fuese el pequeño papel alargado que envolvía una madeja de lana) servían para dibujar horas y horas; también podíamos jugar al tres en raya y a los submarinos, hacer aventuras y tratar de dibujar tebeos. Los lápices de colores ya eran un artículo de lujo y en poder de pocos afortunados.

De los juegos de salón, casi siempre había en las casas un naípe, un Parchís (con un Juego de la Oca por el otro lado), pero los mayores no tenían tiempo de jugar y estos juegos sólo se empleaban en algún caso de enfermedad. El ajedrez puede que lo hubiese, pero las mujeres no sabían mover las fichas y en mi casa no había hombres. Así que tuve que aprender más tarde, en el casino.

Mira, chaval, también quisiera darte información de algo que hoy no conocéis: la escasa libertad que teníamos para escoger los juegos en nuestra época. No sólo porque había pocos, sino también porque había unas normas que impedían utilizar a niños y niñas todos los que había. Las normas eran sobre todo sexistas y se aplicaban fundamentalmente a las niñas: una niña no podía correr con los niños, ni jugar a juegos de habilidad (como el trompo o el "guá"), y quedaba limitada a las muñecas y también a las cocinitas (como un adelanto a lo que le esperaba en la vida); podía jugar con la cuerda, para saltar, y practicar en grupos canciones y corros de baile en la calle. Tal vez tener un yo-yo y realizar algún juego con habichuelas o cuentas (que recuerdo que jugaban, pero no sé como era la cosa). Si una niña corría o intentaba practicar otro tipo de juegos más masculinos, inmediatamente se la catalogaba de "mari macho". Los niños teníamos un campo de acción más amplio, pero que no se nos ocurriese un día tocar una muñeca o unos cacharritos de cocina, ya que seríamos marcados inmediatamente como "mariquitas".

Yo creía firmemente que las niñas no tenían facilidad para jugar al fútbol, porque no solo no jugaban sino que, si un día un balón les caía cerca y pretendían darle una patada, los movimientos que hacían eran de lo más torpe y casi siempre terminaban dando la patada al aire. Años después vi jugar al fútbol a chicas y comprobé que son tan buenas como los hombres, hacen las mismas jugadas de habilidad, dominan igualmente el balón y sus goles son igualmente buenos: sólo necesitaban tener una relación previa con el balón, un contacto frecuente y practicar, algo que entonces no existía. Está claro: no se sabe lo que no se practica.



Y otra cosa, antes no teníamos asignación mensual, eso que ahora tenéis todos los niños. ¿Por qué? Porque no había prácticamente en que gastarlo, y por tanto no había porqué tener dinero. Alguna vez pedíamos que nos comprasen un TBO o un helado, pero eran gastos puntuales, no habituales. Ahora, comparados con los niños de antes, sois casi unos capitalistas, que podéis tener ahorros e incluso plantearos como invertir vuestros fondos para que os produzcan más. Un necesario aprendizaje en el mundo consumista de hoy. Antes vivíamos en el pre-capitalismo; ahora ya estáis totalmente sumergidos en él.

## Capítulo 9

### El fútbol

Probablemente me preguntarás ¿y no jugabais al fútbol? Claro, como no. El fútbol en nuestro país es un juego, un deporte, una vivencia colectiva, algo primitivo que afecta a la casi totalidad de los hombres y a unas pocas mujeres. Sí que jugábamos al fútbol, pero de una forma muy diferente a la que jugáis hoy.

Recuerda que hoy tenéis calzados deportivos o botas, camisetas de los equipos conocidos, rodilleras y guantes, pantalones de deportes. Un niño de hace 60 años no tenía nada de eso. A lo mejor, algún niño rico conseguía tener unas botas (para que no rompiese los zapatos) y hasta un balón. Pero la mayoría no teníamos botas ni balón. Tampoco teníamos campo. ¿A que en tu pueblo dispones de algún rectángulo cerrado con porterías donde poder jugar? Pues antes no había. Seguramente en casi todos los pueblos había un campo en el que jugaba el equipo local, pero éste era inaccesible a los niños. Podía haber algunas excepciones en pueblos afortunados: en Caldas de Reis, por ejemplo, estaba el recinto de la feria, un campo enorme, por debajo del cementerio, que llegaba hasta el río Umia, donde los días de feria se llenaba de ganado y en los demás días estaba vacío. No era propiamente un campo de fútbol, pero era grande y sorteando a los árboles se podía jugar. Para las porterías dos piedras o dos jerséis en el suelo llegaban. En A Guarda jugábamos en la calle. Simplemente se ponían las dos consabidas prendas de ropa o dos piedras haciendo de portería y allí a correr y meter goles. Claro que el control del balón era muy malo sobre todo si el suelo estaba formado por adoquines y aceras, pero no había otra cosa. Bueno, sí: había un sitio llamado Monte Real donde se jugaba mucho, y no solo estaba empedrado sino que también tenía árboles. Además tenía dos inconvenientes añadidos: si tirabas fuerte el balón podía llegar a la finca de enfrente y luego había que ir a pedirlo, o caía en la calle que iba hacia el puerto, y como ésta era muy pendiente, había que correr bastante para que el balón no llegase al mar. También había una plazoleta cerca del convento de A Mariña, donde se jugaba al frontón, y también se podía jugar al balón ¿He dicho balón? Sí, a veces teníamos un balón (de algún niño con posibles), o una más modesta pelota de goma. Pero lo más habitual, y con lo que jugábamos casi siempre en la Guía o en el patio de la escuela de Don Nicolás, era con una pelota de trapo. Ésta se hacía de forma sencilla: se conseguía una media y se llenaba de trapos viejos que se encontraban por casa. Se ataba y se doblaba la media sobre sí misma varias veces hasta que quedaba una especie de ovoide que no botaba, pero al que se le podían dar patadas y llevarlo hasta que entrase entre las dos piedras que formaban la portería y... ¡gol!. Este ovoide irregular era el más corriente y el más fácil de conseguir. En ocasiones, llegamos a tener algún balón, pero no creas que tenía nada que ver con los balones que tenéis ahora: Era de puro cuero, con una raja que estaba cosida por una correa también de cuero. Cuando se pinchaba (muchas veces) había que retirar la correa, después buscar el tubo doblado y atado del neumático, desatarlo y vaciarlo del todo. Este neumático se retiraba por la abertura, se le buscaba el pinchazo, donde se le ponía un parche, previo rascado y colocación de un pegamento para gomas, la famosa "solución". Después se introducía por la abertura y se dejaba fuera el pitorro (nada de válvulas ¿eh?); se inflaba con un bombín de bicicleta y cuando tenía la presión adecuada, sin retirar el bombín, se ataba con una cuerda el pitorro, después se doblaba y se ataba de nuevo. Más tarde con un destornillador o una pieza similar, se introducía por la abertura (cosa difícil después de que estuviese hinchado) y ésta se cerraba

pasando la cuerda de cuero y apretando con el mismo destornillador. Después se le daba grasa de potro, para que fuese impermeable al agua (en lo posible) y... a jugar. Este balón tenía numerosos remiendos cosidos por un zapatero y algunos bultos y abolladuras, además de la correa de cuero que cerraba la abertura. Podéis imaginar lo que era cuando estaba mojado y después de un patadón descendía de las alturas con una velocidad uniformemente acelerada. Había valientes que hasta metían la cabeza, pero el choque con el cráneo hacía ver estrellitas y a veces nos dejaba al borde de la inconsciencia. Por tanto, querido niño, aquello nada tenía que ver con los balones que tenéis hoy, y quiero que me sirva para justificarme, que si no salimos muy grandes dominadores del balón los que jugábamos entonces era por la imposibilidad de dominar aquella cosa de cuero irregular, pesado y ovoide, sobre un suelo de piedras, también irregulares, y con árboles intercalados.

Aún así, con 15 años, hacíamos nuestros equipos, reuníamos a los jugadores, pedíamos prestadas camisetas y nos recorriamos en bicicleta los 4 kilómetros que hay hasta Camposancos, donde un campo al lado de la playa, nos permitía jugar partidos como si fuésemos equipos de verdad.

¿A que no tiene mucho que ver con los partidos que juegas tu ahora? Recuerda cuando juegas en el cole con los equipos que gestionan tus profes, que te dan las camisetas lavadas y planchadas, tu llevas tus botas, el campo está cuidado, los balones son perfectos, y hay entrenadores, árbitros y personas mayores que controlan todo el proceso. Al final te duchas y vuelves a casa limpio. Nosotros teníamos que bañarnos en el río (aunque fuese invierno), y volver en bicicleta los mismos kilómetros cargando con todos los equipos y, frecuentemente, lloviendo. Y esto no era así sólo en A Guarda, yo jugué también en Caldas de Reis, y hasta poco después fui profesional (quiero decir que cobraba por jugar aunque fuese una miseria) en el equipo de Puente Arnelas, pero eso ya es otra historia.

Y ya que hablamos de fútbol y el fútbol es un juego, te contaré la enorme importancia que fuera del propio deporte tenía para nosotros, en aquellos tiempos, el equipo del pueblo. A veces se establecían enormes rivalidades porque en un pueblo, como A Guarda, había varios equipos, el Español, el San Lorenzo y el Deportivo Guardés, el Miño de Camposancos. Bueno, fue una época futbolera después de muchos años sin tener equipo alguno; entonces aparecieron varios de una forma brusca y con una enorme vitalidad y rivalidad. Esta rivalidad era tal que llegó a haber enfrentamientos en los núcleos familiares, hermanos que no se hablaban, y familiares que eran de uno o de otro. Por aquellos tiempos nadie se preocupaba del Real Madrid o del Barça, casi ni del Celta, que estaba mucho más cerca. No se podían ver los partidos, no había televisión, y así no había forma de aficionarse. Pero en el pueblo se iba al campo y se discutía toda la semana si una jugada había sido penalti o no. Pertenecer al equipo del pueblo (o a uno de los equipos) era un éxito, ya que todos conocían a la persona y el jugador se convertía en un personaje. Yo todavía recuerdo alineaciones del Deportivo Guardés: Portero: Taboleta. Defensas: Meco, Elpidio, Conejín. Medios: José María, etc.,... bueno, no te voy a cansar nombrando gente que no conoces: no quiero ser pesado. Pero ¿verdad que ahora el equipo del pueblo tiene una trascendencia mucho más reducida? Sí, ya sé que hay gente que va al campo y es aficionada, pero hay mucha competencia con la información que se recibe de los medios: la tele ha dado a conocer los grandes duelos de la liga, del equipo nacional, y de otros deportes, y todo lo que se ve allí a diario es lo que se conoce y se sigue. Curiosamente, hoy se habla más de los jugadores que ficha el Madrid o el Barcelona, de la opinión del entrenador o del Presidente de

cualquiera de estos equipos, que del equipo del pueblo. Claro, continuamente nos están contando esas cosas por la tele y eso influye mucho.

## Capítulo 10

### El deporte

Una continuación, casi lo mismo, de lo que comentamos en capítulos anteriores, el juego, los juguetes y el fútbol, es el deporte en un sentido amplio. El niño hace deporte jugando y juega haciendo deporte. El juego y el ejercicio están íntimamente unidos, sobre todo cuando se realiza fuera de casa (como antes) y no delante del ordenador (como ahora), en una situación diferente que consiste en que con el ordenador lo que se practica es juego pero no deporte.

Hoy, niño, en el cole tenéis deportes claramente definidos: puede ser el fútbol, pero también tenéis otras posibilidades, el balonmano y el baloncesto, incluso no es muy complicado en un pueblo con puerto de mar que tengáis un Club Náutico en el que podáis practicar vela con Optimist, o remo en piragua, o incluso natación en una piscina. También suele haber piscinas municipales en los pueblos un poco grandes. En el cole seguro que también tenéis posibilidad de practicar algún tipo de atletismo (carreras, lanzamientos, etc.) y, el que destaque, tendrá muchas facilidades para seguir practicando su deporte favorito en cualquier otro club. El judo u otros deportes de gimnasio, también seguro que los conocéis y que, si queréis, los podéis ejercitar a poco interés que tengáis por uno de ellos.

En contraste, nosotros no teníamos nada de eso: nadar sólo se podía hacer en el mar y, por lo tanto, en la playa durante el verano, pero siempre aprendiendo por uno mismo, sin ninguna dirección ni apoyo; del resto, nada de nada. Entre nosotros sabíamos quien corría mucho y muy bien, y quien era capaz de recorrer 5 kilómetros a gran velocidad sin cansarse, pero no había marcas, ni medidas de tiempo, ni entrenadores. Había una mesa de ping-pong, tanto en Caldas de Reis como en A Guarda, pero estaba en el Frente de Juventudes (Falange Española) y además había que pagar para jugar. Claro que pagaba el que perdía, y por eso todos tratábamos de ganar para jugar mucho tiempo y gastar poco dinero. Pero éramos tantos que tocaba a muy poco. De todas formas, aquello era una idea innovadora. En A Guarda también hubo ping pong, un poco más tarde, en la asociación de Acción Católica.

Hacíamos marchas y senderismo, pero no sabíamos que hacíamos eso, simplemente íbamos aquí y allá porque lo pasábamos bien. En la playa hacíamos concursos de salto de longitud y de altura, pero para nosotros eso era sólo jugar. Incluso llegamos a jugar al lanzamiento del peso cuando encontrábamos una piedra redonda que se adaptase a la mano. Y lo hacíamos con los movimientos típicos del lanzador que alguno de nosotros habría visto en algún NO-DO (ya sabes, aquel reportaje que se ponía en el cine antes de las películas) y todos los demás imitábamos.

También sin saberlo hacíamos gran cantidad de ejercicio cuando nos dedicábamos a otras actividades, como la pesca (de la que luego hablaremos), o recorriendo distancias por las rocas. ¡Hacíamos carreras sobre las rocas próximas a la playa! ¡Dios!... ¿Cómo no nos matamos?

Hoy casi todos los niños tenéis bicicleta ¿a que sí? Y patines, y monopatín, y todos los suplementos, rodilleras, protección para los codos, casco, etc. La bicicleta en los tiempos de posguerra era un bien deseado pero no poseído; muy contados niños de mi época tenían bicicleta. Algunos andaban en las de sus padres y, como no llegaban a los pedales si se sentaban en el sillín, metían una pierna por el cuadro y pedaleaban de pie, mientras la bicicleta se mantenía en posición oblicua. Un verdadero malabarismo. Pero teníamos la suerte de que había tiendas de bicis donde se podían alquilar, por ejemplo la de

Xuón (así pronunciábamos, pero creo que era João, un portugués afincado en A Guarda). Con el alquiler de bicis, al menos pudimos aprender a andar en ella y, cuando conseguíamos reunir unos reales, nos deleitábamos con el alquiler de una (mejor de mujer, para que no tuviera barra y poder llegarle a los pedales), y durante un cuarto de hora o media hora nos lo pasábamos pipa paseando por el pueblo.

De otros juegos muy poco; patines, yo sabía que los había e incluso un día en Caldas de Reis vi a un niño con ellos, pero esa fue toda mi información. De otros deportes que precisaban aparatos, como el piragüismo, deportes de nieve, el tenis, el esquí, etc., sabíamos que existían porque los veíamos en el NO-DO, o por lo poco que se contaba o se veía en las revistas, pero no por la posibilidad de practicarlos. Hoy la información sobre deportes ha crecido enormemente y no hay periódico que no tenga unas páginas dedicadas al mismo.

Lamentablemente, esta afición por el deporte escrito o televisado la han aprovechado casas comerciales para hacer creer que las carreras de coches y de motos son deportes. !Que disparate; Sólo son un medio de gastar dinero, hacer ruido y contaminar (mientras ciertas multinacionales se forran); no estimulan el esfuerzo físico ni la vida sana; las personas que lo practican podrían ser hasta parapléjicos, porque no hace falta nada especial, ya que quien hace el esfuerzo del desplazamiento es el motor. En el caso de la mayoría de los verdaderos deportes, los aficionados (y no sólo las figuras) pueden practicarlo (como el fútbol, el atletismo o el tenis) obteniendo ventajas físicas, fortaleciéndose y haciendo su vida mejor y más sana. Por el contrario, los aficionados al llamado "deporte" del motor, no pueden ejercerlo, y si lo hacen no tienen ninguna ventaja: sólo conseguirán consumir más gasolina, gastar más dinero en vehículos, hacer más ruido, contaminar más y, como no existen circuitos para aficionados, terminarán poniendo en peligro su vida y la de otros, conduciendo imprudentemente por las carreteras normales. Pero el capitalismo y el consumismo siguen metiendo sus marcas de coches y motos en las páginas de deportes para que se conozcan y (como resultado final) que la gente se crea que lo son, se popularicen, interesen y así obtener más beneficios económicos.

No te metas en esto, chaval: correr es malo, consumir innecesariamente es peor. Busca deportes que te acerquen a la Naturaleza y mejoren tu forma física sin causar riesgos de accidentes, no practiques aquello que sirve para deteriorar el medio ambiente, causar molestias y ruidos, causar gastos, aumentar el consumismo y frecuentemente el riesgo de provocar accidentes y lesiones graves, sin mejorar para nada tu forma física.

## Capítulo 11

## El mar y la pesca

En un pueblo costero y marinero como A Guarda, el mar estaba omnipresente. Durante los largos inviernos, el mar era frecuentemente muy bravo y, de noche, desde la cama, se oía como un ruido de fondo el rugido de las olas rompiendo contra el muelle y las rocas. Otras veces, cuando había niebla se escuchaban los pitidos intermitentes de la sirena del puerto que evocaba en nosotros la imagen de marineros perdidos en el mar que tenían que guiarse de ese sonido para llegar a tierra. A veces oíamos historias de pescadores que se aventuraban entre las rocas en sus frágiles gamelas para entrar en el puerto y la gente los contemplaba desde la orilla con las manos sobre las cabezas y la boca abierta, viendo aterrorizados como se aproximaban al peligro ante su impotencia, mientras las mujeres gritaban y rezaban alternativamente.

El mar era el motivo y objeto de la vida de la mitad de los habitantes del pueblo. Cuando se preguntaba a una persona a que se dedicaba (por otro lado pregunta innecesaria si la persona vivía en A Mariña, la zona guardesa frente al mar), la respuesta era simple:

-A la mar.

Esto es, era pescador e iba a pescar al mar (cuando se podía ir). Su destino estaba ligado al mar, casi seguro que para siempre. Era muy difícil salir de aquella dualidad hombre-mar si se nacía en A Mariña y uno era "mariñeiro". Los poetas cantan a la mar, los fotógrafos obtienen hermosas imágenes y los pintores bellos cuadros de las olas rompiendo sobre las rocas, pero para los hombres de A Mariña, aquello era una maldición de la que no se podía salir. Pero al mismo tiempo era un orgullo y a los niños de la parte superior del pueblo ("os da vila") nos llamaban con cierto desprecio "nenos da leite", en alusión a que tomábamos leche, mientras ellos comían pescado, patatas y verduras.

Querido niño, me estoy desviando en mis recuerdos infantiles y me estoy marchando de nuestras comparaciones. Si hoy vives en Vigo o en Cangas y te preguntan ¿qué te parece el mar?, seguro que las imágenes que rememoras son agradables, apacibles, las de un mar azul en calma mientras paseas un día de sol por el puerto. En los días de temporal y mar violento, estás en casa viendo la televisión y apenas notas el viento moviendo tus ventanas. Pero esta visión es muy diferente de la que podría tener entonces un niño guardés de A Mariña que vivía frente al mar y lo oía todo el año, sin tener la menor posibilidad de despistarse de aquel sonido; y además, sabía que estaba atrapado para siempre en ese mar que empezaba frente a su casa.

Además, lo sorprendente, era la falta de adaptación y de preparación que los marineros tenían para su profesión: los niños de A Mariña, que luego se iban a jugar la vida en un barco, no sabían nadar. Nadie les había enseñado. No tenían la playa cerca y no tenían tiempo. Su vida podía depender de algo tan simple como saber nadar, y algo tan fácil que todos los niños aprendíamos solos, a veces simplemente ayudados por un amigo. Y allí, en los alrededores del puerto, donde la vida de la mayoría iba a depender del mar y se iba a realizar en buena parte sobre la cubierta de un barco navegando sobre este mismo mar, nadie les había enseñado la importancia que tenía saber nadar. ¡Increíble!.

Hoy las cosas han cambiado; los niños de A Mariña pueden estudiar y el que vale puede llegar a alcanzar otros objetivos diferentes, aspirar a otros empleos, incluso embarcarse en otros

barcos grandes y productivos, distintos de la pequeña y cuadrada "gamela", único o casi único sistema de pesca de mi lejana infancia.

Además, han aprendido a nadar, tienen posibilidades de aprender muchas más cosas. Aquí sí que las cosas han cambiado para mejor.

Pero, en aquellos tiempos, el mar, incluso siendo duro, terrible y cruel, no dejaba de ser la fuente que originaba la vida y el alimento. Sus múltiples recursos permitían sobrevivir: con tiempo bueno, al mar con las redes y a por la sardina; con tiempo regular, liñas y a por robalos; mientras, en la bajamar, con un bichero, a por pulpos; con unas cañas a por sarrans, maragotas o pintos; con una barisca a por barbos o bretas; incluso, en buenas mareas, con un cuchillo se iba a por percebes; o en las malas, a por lapas, por minchas o por corniños; todo era susceptible de ser comido y los pequeños caracoles formaban a veces, en alguna esquina cercana al mar, grandes montones, lo que era prueba de su diario consumo. Del mar se aprovechaba casi todo, incluso las algas, las grandes laminarias o *Sacchoriza* que se desprendían a finales de verano, eran recogidas en grandes cantidades desde una embarcación o desde la orilla de Area Grande o de Fedorento, para ponerlas a secar y que sirvieran en el futuro de abono a aquellas explotadas tierras que aportaban el resto de la dieta complementaria al pescado.

El sentimiento de que el mar era la fuente de alimentación del pueblo, estaba en todos, incluso en los niños. Igual que los hijos de los guerreros jugaban con flechas y con espadas, los hijos de los marineros y de los guardeses en general, jugaban con la pesca desde muy jóvenes. Querido nieto, ¿recuerdas cuando en un cumpleaños te regalé una caña de pescar? ¿Recuerdas que no sabías que hacer con ella? ¿Recuerdas también que te llevé al muelle a ver si viéndome pescar te animabas y terminaba gustándote? No lo conseguí, los peces te daban grima y no les echabas la mano, ni te emocionabas viéndoles venir coleteando en el anzuelo. Y la caña se quedó (y ahí está todavía) en un rincón de mi casa. Te faltaba el sentimiento de los niños de mi tiempo de aprender cosas de mayores, sobre todo las cosas positivas, es decir, aprender a conseguir el alimento.

Me equivoqué; transferí mis vivencias infantiles a los tiempos actuales muy distintos. Nosotros éramos niños que cuando estábamos en la playa o jugando sobre las rocas, éramos conscientes de que allí, frente a nosotros, en el agua, había comida, había alimentos; por eso, la primera vez que encontramos un pez en una grieta y pudimos cogerlo con las manos, nos sentimos orgullosos, casi gigantes, habíamos conseguido un pez vivo, que era al mismo tiempo material comestible, comida; nos sentimos crecidos, casi mayores, y llegamos a casa para buscar un sitio en la cocina donde cocerlo o freírlo, y confirmar que nuestro trabajo se había convertido en alimento. A partir de allí, primero con las bariscas y después con la caña, nuestro objetivo era llevar a casa peces que se pudieran comer. Sentíamos que estábamos creciendo, que estábamos haciendo cosas que correspondían a los adultos: conseguir comida. Y por eso, día tras día, en verano, íbamos a la playa y allí buscábamos los peces y anotábamos la cantidad de los que capturábamos, los conocíamos por sus nombres, y cada día tratábamos de mejorar nuestras técnicas y aumentar la pesca de barbos, melenas, bretas y "cabrones" (sí, también es un pez).

Por eso me sorprendió, querido nieto, que no tuvieses el menor interés en capturar peces, cuando para nosotros era un objetivo prioritario.

Y estos deseos infantiles, nos marcaron incluso en épocas posteriores: cuando ya era un mozalbete, la pesca submarina (ahora llamada caza submarina), nos dio la posibilidad de capturar peces grandes y a ello nos dedicamos con enorme afición, que siguió después



de adulto, pero eso también es otra historia, que tal vez te cuente algún día.

Aquellos niños marineros que se fueron a Puerto Rico a hacer fortuna, cuando regresaban a su tierra ya adultos y ricos, volvían a practicar la pesca con barisca, con caña, recordando sus tiempos infantiles. Tal era el recuerdo y la importancia que en su vida había representado el primitivo conseguir alimento del mar.

Pero los tiempos son otros y para ti, que vives en un pueblo marinerero, el mar es algo bonito que está ahí, sirve para cruzar en barco y para pasear tal vez un domingo en un velero. Los viejos guardeses sentimos el mar y aparece en la mayoría de nuestras manifestaciones, como lo sentía mi tío Feliciano cuando escribía en sus poesías: "templa, templa marinerero, caza escota...". Y como yo representé muchas veces en mis cuadros.

¿Y en los pueblos del interior? No tenían mar pero tenían río. A veces, como en Caldas de Reis, varios ríos de diferente tamaño. Y que los pueblos tengan río es lógico, porque los pueblos nacían a partir de los primitivos asentamientos humanos que, casi siempre, se hacían al lado de los ríos. Porque el río proporcionaba agua, para beber, para lavar, para regar sus huertas en ciertas épocas, incluso para desplazarse sobre estas mismas aguas en barco. El río siempre era una fuente de riqueza. El río principal de Caldas de Reis, el Umia, es grande, caudaloso (aunque ahora lo han embalsado en algún lugar anterior y ya tiene otros problemas). Para los niños de nuestro tiempo era una aventura recorrer sus orillas, hacer los juegos en sus zonas próximas, bañarnos en verano, remar en un bote cuando se podía. Y nos movíamos por sus zonas arenosas con miedo, porque habíamos oído decir que había peligro, que había remolinos, corrientes raras, arenas movedizas (apenas un nacimiento de agua que revolvía la arena del fondo), pero nos gustaba tener esa sensación de peligro cuando explorábamos zonas poco conocidas.

En Caldas, la pesca también era un aprendizaje, aunque el pueblo no dependía de este método de obtención del alimento para subsistir. Los niños conseguíamos enseguida una cañita y recorriamos los ríos (tanto los grandes como los pequeños) pescando escalos. Estos eran los peces de menor categoría; se comían, pero su sabor no era demasiado bueno. El caso es que las truchas, el pescado de río por excelencia, sólo podían pescarlas los que tuviesen licencia y los niños, naturalmente, no la teníamos. Y había un señor Guardarrios que vigilaba. Si se pescaba con corcho y cebo de miga de pan, sólo se cogían escalos. Pero nosotros hacíamos trampa, pescábamos con corcho y poníamos de cebo moscas, con lo que también pescábamos truchas, que nada más obtener, escondíamos entre unas plantas, al borde de la orilla, como el objeto de un grave delito. Y mirábamos a todos lados por si venía el guardarrios (al que en realidad no podíamos reconocer porque no lo conocíamos), pero nos hacía ilusión pensar que corríamos un peligro con aquella pequeña trucha que acabábamos de capturar y que luego llevábamos escondida a casa para que nos la friesen a la cena.

## Capítulo 12

### La religión y la iglesia

No me imagino algo tan diferente desde mis tiempos a los tuyos como la Iglesia y la Religión. Hoy, si estás viviendo en una familia no creyente ni practicante, la religión te sonará como un mundo de otros, como algo ajeno que se refiere a los demás, como algo raro que ves en la tele; curas, misas, procesiones y demás manifestaciones de la religión te parecerán un folklore que está lejos de ti. Cuando yo era niño, la religión representaba TODO, así, en mayúsculas, TODO era religión.

Por la mañana saludabas diciendo:

-Buenos días nos dé Dios.

Después, siempre que podías ir a misa, por supuesto, después de rezar tus oraciones de la mañana. Las mujeres iban a la Iglesia y, si eran algo mayores, ya no salían de casa sin el velo. ¿Qué es el velo? ¿No te lo imaginas?: Pues hace tiempo la Iglesia obligaba a las mujeres a entrar en ella con algo que cubriese su cabeza, fuese un sombrero (en las bodas), un pañuelo negro (la gente del pueblo) o un velo negro transparente (la gente de buena posición). Era (decían los curas) una señal de respeto al Señor ¿No te recuerda cosas del Islam? Curiosamente, los hombres tenían que descubrirse, es decir, hacer lo contrario y permanecer dentro de la Iglesia con el sombrero en la mano, también en señal de respeto. Además, las mujeres no podían llevar los brazos al descubierto, ni grandes escotes, ni faldas cortas, en fin, lo mejor era ir vestida como una monja. No sé por qué, con el tiempo, las mujeres fueron siendo autorizadas a entrar en la Iglesia sin velo y mucho más descubiertas de cuerpo (al menos he visto trajes de novia sin mangas y muy escotados); hoy (creo) que la cosa es mucho más tolerante. Los curas sabrán porque lo que antes significaba una cosa muy mala ahora ya no (¿será que cambian las modas en el Cielo?).

También te sorprendería saber, querido niño agnóstico, que nos contaban que en la Iglesia estaba el mismo Dios de cuerpo presente, no solo de esa forma genérica que se suele decir "Dios está en todas partes"; allí (por lo visto) está metido en unos redondeles blancos hechos con harina y que se llaman hostias. Claro que las hostias son distintas si no están consagradas, es decir, si el cura (que es el único que puede consagrar) no pronuncia las palabras mágicas "*Hoc est enim corpus meus*" que significa algo así como "este es mi cuerpo".

Pues bien, en ese momento, la hostia pasa a ser consagrada y se convierte en el cuerpo de Cristo Dios. Por ello, dentro de la Iglesia se guarda una gran reverencia y respeto, se mueve uno lentamente, no se habla alto y, en fin, como decía una frase muy habitual en nuestros tiempos "se está como en Misa", que es una expresión que se usaba en otras circunstancias y que ya indicaba de por sí que en la Misa se estaba con el máximo de compostura. ¡Ah! ¿Qué no sabes lo que es la Misa? Para que lo entiendas te diré que se trata de un acto religioso que consiste en que sale un cura, dice diversas cosas a las que contestan los fieles, y finalmente, hace bajar a Dios a la Hostia y se lo come. Después hacen lo mismo los fieles y eso se llama Comunión, y parece ser que entonces (durante algún tiempo) tienes a Dios dentro de ti y te pasan cosas buenas (eres mejor, te sale mejor todo, te puedes curar de males y enfermedades, y tienes más posibilidades de salvarte e ir al Cielo donde está Dios) ¿Qué más te puedo contar de la Misa? El cura se pone una serie de ropas, una blanca por debajo, y otra por encima bordada en oro que se llama casulla (no sé como no pasa calor con tanto ropaje).

Lo curioso es que antes Dios no debía entender el castellano porque siempre en la Misa se hablaba en Latín. Dios puede que lo entendiese, pero los niños humanos más ignorantes (y como los niños casi todos los adultos), no nos enterábamos de nada. Y fíjate que yo era monaguillo. Ni puta idea de lo que es ser monaguillo ¿A que sí? Bueno, vamos por partes. Cuando el cura decía la misa necesitaba a uno o dos ayudantes y eso éramos los monaguillos, los niños buenos dispuestos a ayudar. Salíamos con el cura y después de hacer unas reverencias y dejar el copón (la copa grande de oro) sobre el altar y puesto de espaldas a la gente, decía:

-*Introibo ad altare Dei.*

Y nosotros, los monaguillos, contestábamos todos serios:

-*Ad Deum qui letificat juventutem mean.*

Y así seguíamos con un diálogo de tontos en el que el cura (que debía saber lo que significaban sus palabras) seguía la rutina de todos los días, y más que pensar en lo que decía, estaría pensando en cualquier otra cosa mucho más natural, como que le picaba una pierna o que tenía que acordarse de llevar la bicicleta a arreglar. Y los monaguillos no teníamos ni idea de lo que decíamos, porque nos habíamos aprendido de memoria aquella serie de frases en latín y las largábamos de forma automática y monótona.

Ahora creo que Dios ya debió aprender castellano porque la misa se dice en palabras comprensibles, aunque tan ampulosas y grandilocuentes, y dichas de una forma tan repetitiva y constante, que Dios debe estar aburrido de oír siempre lo mismo:

-Me acercaré al altar de Dios.

-Al Dios que dio alegría a mi juventud.

Antes, en el transcurrir de la misa, se repetía varias veces una frase que al cura le debía gustar mucho, porque de vez en cuando, se daba la vuelta abría los brazos y decía:

-*Dominus vobiscum.*

Que es algo así como "el Señor esté con vosotros" y los monaguillos decíamos:

-*Et cum spiritu tuo.*

Que significa "y con tu espíritu". Lo curioso del caso, es que durante una misa se repetía esa frase algo así como ocho o nueve veces; y ya no entiendo yo el porqué. A veces parece que me apetecía contestarle cuando me decía "el Señor esté con vosotros":

-Ya lo sé, pesado, ya me lo dijiste varias veces.

Pero no se podía, había que contestar lo otro, y tampoco sé porqué, ya que el cura sabía positivamente que si decía aquello, nosotros, los monaguillos, le íbamos a contestar igual. A lo mejor era que quería pillarnos distraídos.

La ventaja que teníamos los monaguillos, era que nos conocía todo el mundo (del pueblo, claro) porque estábamos allí haciendo acto de presencia como el cura e incluso hablando latín. Bueno, había algunos monaguillos tramposos que no se llegaban a aprender las frases y contestaban entre dientes con algo que se pareciese, pero esos eran los más carotas. Los monaguillos conscientes sabíamos que teníamos que aprender las frases y así lo hacíamos a rajatabla.

Otra ventaja de ser monaguillo es que te acostumbrabas a andar con soltura delante de gente y así se solía decir que los monaguillos éramos más pillos ("Si quieres tener un hijo pillo, mételo a monaguillo" dice el refrán) y teníamos fama de bebernos el vino que había en la sacristía para consagrar. Ya sé que no lo sabes, pero el cura también consagraba vino que convertía (se decía) en la sangre de Cristo, y de paso le daba un poco de alegría al cuerpo diariamente durante la misa al bebérselo.

Bueno, pero no quiero quedarme sólo contándote lo de la misa. Te parecería que teníamos un acto matinal y ya estaba. Pero no, la religión se llevaba a todas parte y en todos los momentos, como te

dije antes, y tenía múltiples manifestaciones de las que hoy perduran algunas pero otras han desaparecido.

Por las mañanas, a veces, había misas de funeral. Era una misa que se dedicaba a alguien que se había muerto. ¿En que se diferenciaba? Bueno, pues la casulla entre los dorados tenía color negro (de luto). Salían varios curas y cantaban cosas (en latín, claro). Los monaguillos de tanto oírlos, ya nos las sabíamos y también las cantábamos, y así nos entreteníamos más. Los funerales eran de tres clases (según pagasen) y los de primera tenían más curas y cantaban completa una canción que se llamaba "*Dies ire, dies illa*", que tenía muchas estrofas; pero en las misas de tercera, se acortaba notablemente (se ve que el presupuesto no llegaba para todo el canto) y el número de golpes de incensario era también menor. ¿Qué era un incensario? Chaval, no sabes nada: era un recipiente colgado de unas cadenas donde ponían brasas y luego incienso, daba humo y buen olor, cosa que debía satisfacer a Dios, aunque yo había oído decir que en la Edad Media lo usaban por el mal olor que había en las iglesias, ya que estaban llenas de peregrinos que no se lavaban durante los varios meses que duraba su peregrinación, y allí no había quien aguantase.

Bueno, aparte de la misa, había novenas (unos rezos que se llamaban así porque duraban 9 días), había procesiones, que era como un desfile pero llevando los Santos a hombros por hombres (seguro que esto ya lo habrás visto en la tele porque en Semana Santa las hay en todo el país, y son un motivo turístico).

También teníamos que confesarnos con cierta frecuencia. ¿Ni idea de lo que era una confesión, eh?, pues lo dice la propia palabra: confesabas las cosas que eran pecados y te los perdonaban. O sea, que tu matas a un señor, vas al confesionario, se lo dices al cura, este hace una cruz en el aire, dice que te arrepientas y te pone como penitencia rezar algo y luego dice "Ego te absolvo", y nada, como si no hubieses hecho nada. Una maravilla. Pues los niños de entonces, al principio, no sabíamos que confesar porque, realmente, no teníamos conciencia de que hubiéramos podido hacer algo malo. Luego el cura para orientarnos nos preguntaba cosas sobre el sexo (la gran obsesión de la Iglesia Católica) y ya fuimos aprendiendo lo que era pecado y practicando de vez en cuando para tener algo que decirle y no quedarnos callados como unos sosos.

Luego teníamos la Comunión (ya sabes, comerse a Dios), que antes tenía unas reglas: no masticar la hostia, sino humedecerla e irla doblando con la lengua antes de tragarla. Parecía como si pudiéramos lastimar a Dios si le dábamos un mordisco. Como en la Religión todo cambia, creo que ahora ya se dejaron de chorradas y da lo mismo, puedes morder y todo.

Antes, para comulgar, había que ir en ayunas desde las doce de la noche anterior. Supongo que era para que Dios no se encontrase el estómago ocupado por jugos gástricos, ácido clorhídrico y restos de alimentos a medio digerir. Pero lo curioso es que parece ser que después esto ya no importaba y ahora ya se puede desayunar. O sea, que la religión cambia sus normas de vez en cuando sin explicarte porque lo de antes estaba mal, ahora ya no.

¿Y los Via Crucis? Nada, que no tienes ni idea. Era un recorrido por las calles donde había unas cruces de piedra y en cada una de ellas la gente se paraba, la persona que lo dirigía decía a qué se dedicaba esa estación (por ejemplo, "Jesús condenado a muerte" ó "los azotes que recibió Jesús") y luego se rezaba algo; finalmente, todo el mundo se iba cantando hasta la siguiente. Creo que se ganaban muchas indulgencias. Vaya, no sabes lo que eran "indulgencias" ¿a que no? Bueno, pues te lo explicaré: si un señor se pasase ayunando (o sea, sin comer) durante 60 días haciendo penitencia y rezando, habría hecho el ridículo, porque el mismo mérito ante Dios, lo tenía por rezar una oración de 4 frases que venía en un libro y que decía debajo ("60 días

de indulgencia"). Un poco para resumir, que el Papa, los obispos, y otras autoridades eclesiásticas, decidían lo que era mérito ante Dios, incluso calibrándolo en "unidades de mérito", que es lo que eran realmente las indulgencias. Y claro, si estabas en buen arreglo con el cura las indulgencias eran más fáciles de ganar, aunque había muchas que ya venían en los libros, misales (el libro de llevar a misa) y estampitas de santos.

Las indulgencias se buscaban porque todos los fieles hacían lo que podían para reunir muchos méritos para el cielo aunque, si era posible, se hacían sin tener que hacer sacrificio alguno (rezando algo o pagando algo, tal vez). ¡Un chollo!.

Luego había la "indulgencia plenaria". Ésta era la mejor: Si ganabas una indulgencia plenaria y te murieses a continuación, ibas directo al Cielo. Lo malo era que poco después de ganarla volvías a cometer pecados, y entonces aunque te salvases (ir al Cielo) tendrías que pasar por el Purgatorio: un lugar terrible, donde estabas metido en el fuego, sin quemarte, pero sufriendo como si te quemases. Bueno, no había que preocuparse mucho, porque era un paso provisional, solo duraría unos cientos de miles de años de sufrimiento (sí, sí, tú lo has dicho ¡arrea!). Al purgatorio se iba si tenías algún pecado venial (había categorías hasta en los pecados). Un pecado venial era dar una mala contestación a tus padres, por ejemplo: mil años de sufrimientos en el purgatorio, más o menos.

Los años de Purgatorio se podía reducir si tus familiares le daban dinero a los curas para que dijeran misas en sufragio por tus pecados. Así se beneficiaban todos: los curas conseguían el dinero, tus familiares cumplían contigo y tu te ibas antes al cielo con alguna reducción de años de purgatorio. Bueno, esto no sé si sigue ocurriendo: igual ya jubilaron al purgatorio y no existe actualmente, pero seguro que los curas no devolvieron los dineros que cobraron durante mucho siglos con esta historia de enviar parientes al cielo.

También había un sitio que se llamaba el "Limbo de los Justos". Allí iban los niños y los adultos que no estaban bautizados. O sea, que un negrito que nació en Senegal y se murió nada más nacer, aunque no hizo nada malo (ni bueno) en su vida, estaba condenado a vagar por toda la eternidad por un sitio llamado Limbo (que debía ser un coñazo) y sin poder acercarse a Dios. En cambio, si hubiese nacido en España, le habrían bautizado y estaría en el Cielo. La injusticia es de tal calibre, que hoy creo que el Limbo ya no existe, porque se dieron cuenta los mandatarios de la Iglesia (Papas y Cardenales) del disparate que representaba privar del Cielo a un niño que no había hecho nada, y en la misma situación otros (que tampoco habían hecho nada, pero eran blancos) iban al Cielo. ¿Dónde estaba la Justicia Divina?

El problema es que volvemos a lo mismo ¿Quién dice lo que hay y no hay en el Más Allá? Nadie volvió de allá para contar cosas; no hay ninguna revelación de Dios, que con su infinito poder (según dicen) podría hacernos la tal revelación a todos los humanos al mismo tiempo (como en una tele, vamos). Por lo tanto, tenemos tantos conocimientos del Más Allá como nada, y si no sabemos si hay Limbo o no ¿quién nos asegura que hay Cielo e Infierno? Por lo tanto, querido niño, no teniendo seguridad de estas cosas, haces bien en lo que dices: no hacer el tonto de ejercer de religioso y, simplemente, comportarte con los demás según las normas de convivencia y el sentido común.

Además, en la Religión había otras cosas muy raras: había unas obligaciones de los buenos cristianos que se llamaban "Ayuno y abstinencia", que consistían, la primera de ellas en no comer, y la segunda en comer, pero no carne. Lo sorprendente es que eran cosas que había que hacer por obligación en Semana Santa (para conmemorar la muerte de Jesucristo). Pero los ricos, pagaban unas bulas a la Iglesia, y ya no tenía que ayunar; mientras tanto los pobres (que se

pasaban el año comiendo poco por necesidad) no tenían dinero para pagar esas bulas, y así se quedaban con la obligación de tener que ayunar por exigencia de la Iglesia (de propina y por cojones) si no querían cometer pecado. ¡Y que cachondeo lo de la abstinencia, tú!: los pobres ya pocas veces comían carne, y en esa época se lo prohibían y los ricos no tenían problema porque compraban marisco, que no estaba incluido en la abstinencia.

Antes, cuando mencionaba la muerte de Cristo, me pareció que ponías cara rara. Supongo que estabas pensando en que si Cristo era Dios ¿cómo podía morir? Te prometo que, como tantas cosas de la doctrina de la Iglesia, no puedo explicarlo, pero te cuento algunas de las que me decían: Dios no era uno sino tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero al mismo tiempo no eran tres dioses sino que los tres formaban un Dios; el Padre era Dios, el Hijo era Dios y el Espíritu Santo (que se representaba como una paloma) también era Dios, pero ¿eran tres Dioses?, no señor, eran tres personas en un solo Dios verdadero. ¡Que lío! ¿Verdad? Pues no, no había problema, en la Iglesia y en el estudio de la Religión te decían esto, y cuando una cosa no había quien la entendiese, entonces te decían que era un misterio (el Misterio de la Santísima Trinidad); nadie sabía de donde habían surgido esos datos ni quien aportó esta información a los hombres, pero la cosa teníamos que creérnosla a pies juntillas. Dios era uno y trino (no es que trinase como los pájaros, aunque en parte fuese paloma, sino que eran 3; o sea  $1=3$  (lo siento Pitágoras, las matemáticas fallan según la Revelación Divina). Y piensa la suerte que tienes hoy día (y que tengo yo mientras escribo esto) en poder sonreír antes tales explicaciones (o reírte a carcajadas si quieres): en la Edad Media, si decías que esto no era más que un disparate terminabas en la hoguera donde morías quemado por blasfemo y por hereje...! ¡Y encima te condenabas para siempre!.

Bueno, había muchos más misterios en la Religión, pero como nadie pensaba ni se permitía que estos misterios se pudiesen discutir, ahí se quedaban. También te pasaban informaciones increíbles: por ejemplo, te decían que, en el cielo, había muchos ángeles y que estos estaban divididos por grupos que se llamaban Tronos, Dominaciones, Potestades, Serafines, Querubines, Arcángeles, y Ángeles. Es decir, habían hecho como Linneo con la clasificación de las especies o como en el ejército: una separación de distintas clases y categorías, familias y especies, y le había dado nombre a cada una de ellas. Y yo me preguntaba (por lo bajito, claro) ¿habrá regresado alguien del Cielo para pasar esta información? Seguro que no, porque nadie citaba a esa persona que había regresado, pero las cosas eran así, venían de la autoridad competente (cura, obispo) y nadie podía discutirlos. Probablemente, nadie las discutía porque el Ser Humano tiene tendencia a dejarse dominar y así facilitar la existencia de jefes y súbditos; también podría influir (desde hace muchos siglos) el hecho de que, si no lo aceptabas, te podían poner en la hoguera o meterte en la cárcel y perder la llave. ¿Y hoy en día? Pues ya no pasa eso, pero también es posible que, en el subconsciente colectivo, quedase la hoguera y la muerte causada por disentir como un recuerdo de épocas anteriores, o el respeto por la gente más culta (en la Edad Media el clero lo era, o parecía que lo era), o el borreguismo típico de la especie humana (provenimos de la tribu: uno mandaba y los demás obedecían).

Pero no hemos terminado, querido niño, el tema de la Religión es enorme en mi recuerdo, inmenso; ya te dije que la Religión ocupaba todas nuestras vidas. En el colegio, desde muy pequeños nos enseñaban a rezar por la mañana al levantarnos, dar gracias a Dios en el desayuno, la oración del *Angelus* (creo que venía siendo a las 12); se volvía a rezar antes de la comida; por la tarde se iba a la novena a la Iglesia; por la noche se rezaba el Rosario en Familia (luego te

explico esto); se daban gracias a Dios antes de cenar; y se volvía a rezar antes de acostarse. Como ves, era demasiado.

También hacíamos algunos chistes cuando empezamos a liberarnos, como el del cristiano que rezaba antes de dormir:

-Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y el Espíritu Santo.

Y entonces, casualmente, se le rompió la cama y un no creyente le dijo:

-Ya me parecía que te acostabas con demasiada gente.

En realidad, más o menos, todas las religiones son similares, con normas disparatadas, como la de los Islamistas de lavarse varias veces al día (lo que en muchos sitios tienen que hacer con arena por falta de agua) o la de no comer cerdo (todo porque había triquinosis en aquel tiempo).

Pero volviendo a la nuestra (bueno, a la de ellos, los creyentes) te voy a contar que era el Rosario en Familia; según los curas, era la mejor manera de mantener a una familia unida "la familia que reza unida permanece unida". Yo diría remedando la frase: "la familia que reza unida permanece aburrída". Bueno, es que a los niños el rosario nos aburría mucho (supongo que a todos, pero había que cumplir). Como es natural no tienes ni idea de lo que es un rosario: el rosario, como objeto, es una cadena que tiene una cruz al extremo y luego 5 series de 10 cuentas cada una, separadas entre sí, por una cuenta más. El rosario, como rezo, constaba de 5 "misterios", cada uno de ellos se dedicaba a una situación de la vida de Jesucristo, por ejemplo, en los "Misterios dolorosos", la primera estación era "la oración del Señor en el Huerto de Getsemaní", la segunda "los azotes que recibió el Señor", y así otras hasta acabar con "Jesús muere en la Cruz". Cada uno de estos "misterios" (¿porque les llamarían así? No tienen nada de misterioso) constaba de una oración que se llamaba "Padrenuestro" y 10 de las llamadas "Aveurias", que tenían una iniciación y una contestación. Total, que había que repetir 50 veces las mismas oraciones. ¡Un aburrimiento! ¿Hasta para Dios? Si existiese seguro que estaba aburrído. Pues la verdad, si decían que Él oía todas nuestras oraciones, debía ser un castigo tener que oír tantas veces la misma cosa repetida de una forma mecánica, casi sin pronunciarla ni vocalizarla:

-"Diossalvemariallenaerasdegraciaelseñorescontigoyvenditatueresentretodaslas mujeresyvenditoeselfrutodetuvientrejesus".

Esto lo decía la persona que dirigía el rosario y tenía el tal rosario en la mano para ir pasando las cuentas a medida que pronunciaba su monserga. A continuación todos contestaban:

-"Santamariamadredediosruegapornosotrospecadoresahorayenlahoradenuestrauerteamen".

Lo que casi siempre quedaba reducida a:

-"Santiamadiosrunospecsratratamen".

Y a veces aún a menos:

-"Santammmmmmmmmmmmmamen".

¿Y pensaban los rezantes que estos sonidos podían tener un efecto beneficioso sobre la opinión que Dios tenía de nosotros? ¿Y que además nos permitía acumular méritos para el Cielo? Pues sí, pequeño agnóstico, así se creía y así rezamos horas y horas en nuestra religiosa vida. Y no te olvides que en un rosario completo había, no cinco, sino 15 estaciones. Toda una monstruosidad.

Y todavía más, el final del rosario. Cuando ya se acababan los "Misterios del Santísimo Rosario" se remataba la jugada con una llamada Letanía. Consistía ésta en pronunciar una serie de nombres que se habían dedicado a Dios y, sobre todo, como piropos a la Virgen, y después de cada uno de ellos, pronunciado por el que dirigía el Rosario, todos los demás participantes contestaban:

-“Ora pro nobis”.

Que ya me habían dicho que quería decir “ruega por nosotros”. O sea, que se iba repitiendo a mayor velocidad de la permitida por la normal vocalización y comprensión del lenguaje. Algo así:

-....*Turris eburnea,*

-*Ora pro nobis,*

-*Domus aurea,*

-*Ora pro nobis,*

-*Federis arca,*

-*Ora pro nobis,*

-*Janua Celi,*

-*Ora pro nobis,*

-*Stella matutina,*

-*Ora pro nobis,*

-*Salus infirmorum,*

-*Ora pro nobis,*

-*Refugium peccatorum,*

-*Ora pro nobis,*

-*Cosolatrix afflictorum.....etc., etc., etc.* Tantas veces lo repetí que sigo recordándolo al completo después de no haberlo pronunciado desde hace más de 50 años (lo que me ocurre igual con otras cosas aprendidas de rutina, como los Reyes Godos y muchas oraciones). Lo que me sorprende es lo que deberían pensar las personas incultas, las que no sabían ni leer (y por lo tanto no tenían ni idea de Latín), cuando repetían mecánicamente, día tras día, la llamada letanía sin entender en absoluto lo que decía (vaya me ha salido una “rima interna”, fenómeno literario que defendió en su tiempo mi viejo profesor guardés Francisco Conzi: lee la frase de nuevo y despacio, y comprenderás lo que es una rima interna).

Pues sí, querido niño, si has conseguido librarte de la Religión, si eres un niño sin imposiciones ni problemas religiosos, no puedes ni imaginarte lo que llevas adelantado en tu vida. Porque no todo acababa aquí, no bastaba rezar cantidad de veces, cumplir reglas complejas e incomprensibles, también había que estudiar Religión como una asignatura más. Bueno, esto después de los 10 años, cuando empezaba el Bachillerato (y este estudio llegó hasta la carrera de Medicina!, ¡¡donde tuve nada menos que tres asignaturas de Religión!!), pero ya antes de los 10 años, había que estudiar un bodrio de librito de un tal Padre Astete que se llamaba Catecismo y que había que saber (como las letanías) de carrerilla y, aunque no se entendiese, se repetía de corrido. El catecismo comenzaba con un diálogo:

-¿Sois cristiano?

-Sí, soy cristiano por la gracia de Dios.

-¿Y que quiere decir cristiano?

-Cristiano quiere decir hombre de Cristo.

....y así seguía páginas y páginas, y colocaba rollos como el que sigue (léase con sonsonete y con ritmo):

-Todo buen cristiano, está muy obligado, a tener devoción, al Sagrado Corazón, y a la Santa Cruz, donde Jesús, murió después, de sufrir cautividad, del enemigo malo, y por tanto, todo buen cristiano, se ha de persignar, haciendo tres cruces, la primera en la frente, para que nos libre Dios, de los malos pensamientos, la segunda en la boca, para que nos libre Dios, de las malas palabras, la tercera en el pecho, para que nos libre Dios, de los malos deseos.

Puede que la versión que recuerdo no sea literal, pero era así más o menos.

Y así los pobres niños de 6 a 10 años repetíamos como tontos el llamado catecismo que sabíamos de pe a pa y de pa a pe, pronunciado



mecánicamente todos los días, en grupo y en voz alta, y repetido como la tabla de multiplicar.

Querido niño, ya sé que hay muchas cosas incomprensibles para ti, que vives en otro mundo, por ejemplo, ¿porqué se adoraba al Sagrado Corazón de Jesús? ¿Porqué no se adoraba el páncreas o el hígado o el riñón? ¿Qué tiene que ver un órgano u otro? ¿No es mejor adorar el todo y dejarse de adorar los pedazos? También te sorprenderá que se adore a la Santa Cruz. La cruz es simplemente un madero con otro cruzado donde se clavaba a los condenados, y si allí murió Jesucristo, debería ser un símbolo de desagrado y oprobio, y no un objeto de adoración. Con razón uno de vosotros me decía un día, ¿cómo es posible que los cristianos tengan esas figuras tan horribles de un hombre clavado en un madero, torturado, sangrando y lleno de heridas? Cualquier explicación que te dé un cristiano te sorprendería: -"Es la imagen de Nuestro Señor Jesucristo que murió en la Cruz por nuestros pecados". Sé que pensarás, pero ¿cómo muere por nuestros pecados?, en este caso deberíamos ser nosotros los castigados. Además, si es Dios y lo puede todo ¿por qué no arregla el asunto de otra manera?. Bueno, dejémoslo así, no lo entenderás en la vida por mucho que te lo explique. Sólo quiero decirte que lo peor no era todo lo que te he contado, ni los rezos, ni las obligaciones, ni la asistencia a las misas y funerales, a la Adoración nocturna (esto era como la hora del botellón, pero para pasarlo rezando en la Iglesia), las comuniones, las procesiones, los Vía Crucis, los ayunos y abstinencias, el tener que estudiar de memoria libros enteros, y repetir sin sentido los rosarios y las letanías, examinarte varias veces de los libros de Religión, sacrificararte privándote de muchas cosas (como mérito para ser premiado en el Cielo), las continuas confesiones de tus pecados, etc., etc. Todo esto no era nada comparado con lo más terrible de la Religión: el miedo. ¿Te imaginas lo que es quemarte en un fuego? ¿Puede haber algo más terrible? Si, quemarte en un fuego por toda la eternidad, que es el castigo que podía recibir cualquier cristiano del Dios Misericordioso (¡vaya misericordia!) si en algún momento fuese pecador y muriese sin confesión. Todo esto tan terrible, de pasarte siglos y siglos en el fuego sufriendo y sin morirte, puede ser causado, simplemente, porque estando en pecado (por ejemplo, un domingo no fuiste a misa) ibas a confesarte y, finalmente, decidiste dejarlo para mañana, y en este período de tiempo te moriste en un accidente. Vaya tontería. ¿Te puedes imaginar estando en pecado el miedo a morirte? Te juegas toda la eternidad... millones y millones de años abrasándote en el infierno... ¿no es una angustia para un niño? ¿No es un terrible tormento torturar a un niño que no tiene capacidad para discernir por sí solo lo que es verdad y lo que es un disparate? Así salíamos de los Ejercicios Espirituales aterrorizados. ¡Ah! ¿Que no sabes lo que son Ejercicios Espirituales? Pues te cuento. Consistía en vivir unos días encerrado en un lugar donde día y noche te atormentaban varios curas contándote historias terribles de niños condenados para siempre por un simple pecado, un lavado de cerebro al más puro estilo torturador.

Y en el fondo, supongo que examinando la historia, puedes darte cuenta quienes eran los beneficiarios de este terror provocado a la gente sencilla e inculta desde que eran niños pequeños: la propia Iglesia, formada por el Papa de Roma (lleno de riquezas sin límites, dueño de un estado), los Cardenales y Obispos (hoy van en coche, tienen criados y personas que los sirven), los mismos curas, que han vivido desde tiempos lejanos vendiendo indulgencias y privilegios con sus oraciones en latín, las que permitían a los demás ir al Cielo (donde todo es felicidad) y evitar el Infierno (todo es dolor y crujir de dientes). Y esto se cobraba, y así decía el Catecismo en un mandamiento de los de la Santa Madre Iglesia (regla de obligado cumplimiento para los fieles): -dar Diezmos (la décima parte de los

bienes) y Primicias (los primeros bienes) a la Iglesia de Dios (bueno, se daban a la iglesia pero como eran bienes materiales, se los quedaban los curas y los obispos que eran los representantes de Dios en la Tierra).

En fin, querido niño, siento mucha envidia de ti, de ver que puedes vivir sin remordimientos de conciencia por cosas que nosotros no podíamos disfrutar solo pensando en que a continuación podíamos ir al Infierno por toda la Eternidad.

Me quedan muchas cosas más que contarte de la Religión, pero no quiero cansarte con el mismo tema, y prefiero dejarlo para otra ocasión. Ya sé que me extendí un poco, pero en nuestra relación con la Religión había demasiadas cosas, nuestra vida estaba demasiado influida por ella, nuestra mente alterada por la obsesión a condenarnos y nuestra moral un poco deteriorada porque los pecados podían perdonarse y, por eso, no hacía ni falta ser buena persona.

A lo mejor has visto a algunas personas al salir de casa, al iniciar un viaje, o a algunos futbolistas al saltar al campo, que se santiguan, esto es, se llevan una mano a la frente, luego al pecho, luego a un hombro y al otro y, finalmente, a la boca. Esto es la señal de la cruz que hacen los cristianos. ¿Y porqué la hacen? Porque así creen que Dios va a estar con ellos. Esto, como ves, no puede ser otra cosa que una superstición. Es como pensar que el que hace la señal de la cruz va a tener un mejor viaje, o va a hacer un mejor partido. Me pregunto, si esto fuese verdad y todos los jugadores de un equipo de tercera se santiguasen y los del otro de primera no, ¿Dios les iba a ayudar a ellos a ganar? Bueno, a lo mejor esta es la causa de muchas eliminaciones en la copa del Rey de equipos de primera. ¿Y si lo hiciesen la mitad de cada equipo? Seguro que un empate. Menudo lío para el cielo.

Cuando era niño, había otro niño en la escuela que se llamaba Anselmo que rezaba a Dios para que le ayudase a aprender las lecciones. ¿No habría sido mejor y más eficaz que dedicase ese tiempo a estudiar mejor las mismas lecciones?

En fin, lo dejamos y que sea lo que Dios quiera (una frase de buen cristiano de aquellos tiempos).

## Capítulo 13

### El pensamiento mágico

Ya sabes lo que quiere decir pensamiento y también sabes lo que es la magia. El pensamiento mágico sería una forma de pensar en la que se admiten ciertas concesiones a la fantasía, a la magia, a lo inexistente, a lo que no es razonable. Lo contrario al pensamiento mágico es la racionalidad: creo en esto porque lo conozco a ciencia cierta y mi razón me dice que es así.

Querido niño, hoy si vives en una familia que no cree en fantasías, en extraterrestres, en la homeopatía o en algunas otras corrientes similares y, además, no es religiosa, tienes muchas probabilidades de tener un pensamiento racional y no dado a la fantasía o a las creencias fantásticas. Claro que en esto influye la edad. Por ejemplo, no hay niños de 10 años (hoy en día) que crean que hay tres Reyes Magos o un Papa Noel que van a venir a traerle regalos. Pero un niño de 3 ó 4 años, es posible que sí se lo crea: primero, porque se lo dicen sus padres (y estos suelen informarle de todo sin mentir); segundo, porque su conocimiento del mundo es todavía limitado y, por esto, es incapaz de discernir lo que suena raro o es evidentemente raro o increíble; tercero, porque no ha adquirido todavía la capacidad de razonar por sí mismo sobre la base de unos conocimientos básicos. Por eso, según se crece, el pensamiento se hace más racional, aunque puede retrasarse esta racionalidad cuando se vive en un mundo mágico, lleno de cosas que los adultos admiten y que se alejan de la razón. Entonces el niño vive un pensamiento mágico y no está siempre en la realidad.

Cuando yo era niño, el pensamiento mágico era casi continuo. Nuestros padres pensaban que si nosotros creíamos en los Reyes Magos era que manteníamos nuestra inicial inocencia; también si creíamos que los niños venían de París y los traía una cigüeña, ya no íbamos a molestarles con preguntas incómodas y (en aquel entonces) difíciles de contestar. Además nos contaban todos los días historias de niños buenos con los que hablaba Dios, o se les aparecía la Virgen o cualquier santo. Además nos obligaban a que rezásemos (es decir, hablásemos con Dios) y en aquella edad teníamos una tendencia mística a creernos que todo era como una manifestación de Dios.

Yo era un niño preocupado por la muerte: mi padre murió cuando tenía tres años; después mi abuela y finalmente mi hermano pequeño. Me hubiera gustado saber cuando iba a morir yo, y así se lo pedía a Dios: que me diese alguna señal para informarme. De esta forma, estaba seguro en algunas de estas ocasiones que Dios me iba a dar una cifra que significaría el número de años que me quedaban de vida, es decir, a que edad moriría. Finalmente, estuve convencido de que un día de pesca me iba a dar esa cifra: se podían pescar 10, 20 o 60 peces, dependiendo de factores como la marea, el estado de la mar, el cebo que tuviésemos, etc. Ésta era la gran oportunidad de Dios para darme una cifra que yo pudiese interpretar. Así que ese día me fui a pescar convencido que sabría el número de años que me tocaría vivir.

Fue un día desastroso y sólo capturamos 18 peces, así que me resigné a morir joven, a los 18 años. Lo acepté y me dispuse a vivir los pocos años que me quedaban. Hoy mientras estoy contando esto me da la risa, resulta hasta ridículo, pensar que un adolescente podía creer cosas similares, pero eran otros tiempos, mejores en algunas cosas y peores en otras. Desde luego, con relación al pensamiento racional, eran tiempos de lo más nefasto. Pero no quiero ocultarte esa faceta de

mi vida en aquellos momentos y, aunque te rías ahora, quiero que sepas que a una edad similar a la tuya, influido por rezos y manifestaciones místicas, tu abuelo estaba convencido de que se iba a morir a los 18 años. Claro que este convencimiento duró poco, porque a medida que crecíamos, también crecía la capacidad para razonar y pensar; y también para criticar cualquier manifestación del pensamiento mágico.

Pero entonces, nosotros sentíamos que los santos y los mártires y los dioses y las vírgenes, eran algo real, con los que podías hablar y te contestaban.

Lo curioso es que muchos de estos personajes eran dobles o múltiples. Por ejemplo, a los niños nos hablaban del Niño Jesús, que era (como creo que indiqué antes) Jesucristo, el Dios (2ª persona) que se encarnó en un hombre para salvarnos y que aparecía en imágenes de niño en las iglesias, unas veces subido en brazos de su madre, la Virgen, y otras sólo en actitud de bendecir al mundo (que a veces tenía como una bola pequeñita en sus brazos). A los niños nos venía bien esta imagen, porque nos parecía que era más cercano a nosotros. Pero, claro, lo que no podíamos pensar era que el niño Jesús, era solamente una edad de Jesucristo. O sea, que era como si yo rezase y hablase a una figura que no existía porque ya había crecido; era una imagen de Jesucristo parada en el tiempo y por tanto no real.

Con las Vírgenes la cosa era aún peor. Había una Virgen María que era la madre de Jesucristo, que precisamente tenía el nombre de virgen porque concibió por obra y gracia del Espíritu Santo sin conocer varón. Pero luego estaba la Virgen de Covadonga, patrona de Asturias, que era "pequeña y galana" (según los asturianos) y luego la del Carmen, patrona de los pescadores; y luego, la Virgen de Monserrat, que creo que es casi negra; y la de Lourdes, que se apareció a unos pastorcitos; y la de Fátima, que también se apareció a otros (los pastores estaban tan aburridos en el monte que se les aparecía de todo), y ya no sigo porque no me llegarían las páginas del libro para referir todas las Vírgenes que había y hay (la del Pilar, la de Guadalupe, etc., etc.). Y en la iglesia, cada una tenía su lugar, su altar y sus devotos. Así llegaban a establecerse competencias y las camareras (las que arreglaban a una de estas imágenes) estaban enfadadas con otras (las de otra imagen) porque usaban sus flores y claro, la guerra entre vírgenes no se veía lejana.

Además, los devotos tenían preferencia por una de ellas, por ejemplo, decía alguien:

-Yo soy muy devoto de la Virgen de Fátima-decía uno-. Pero nada de la del Carmen.

Pero bueno, ¿no son la misma persona? Indudablemente, estábamos hablando de ídolos, se adora a una imagen, un nombre, y no a un santo. De ahí que se comprenda porqué los protestantes se habían opuesto a este sistema disparatado y no tienen imágenes en sus iglesias. Incluso algo similar les ocurre a los mahometanos que no representan en imágenes a Alá ni a Mahoma.

Bueno, querido niño, me imagino que estas cosas te causan sorpresa y ya sé que tu no tienes ningún problema con estas extrañas creencias ni con el pensamiento mágico, y todo lo que te cuento sólo puede hacerte esbozar una sonrisa de superioridad. Suerte que te envidio.

Estamos hablando del pensamiento mágico, que no hay que confundir con la imaginación. La imaginación es la facultad de ver cosas que no existen, pero sin creer en ellas. La imaginación era una gran ayuda a los niños de antes porque nos permitía preparar juguetes, organizar juegos, sacar partido de cosas que no servían para nada. Nos ayudó mucho en muchos aspectos.

Puede que hoy tengáis tanta imaginación como teníamos nosotros. Es posible que esta cualidad no haya desaparecido con los cambios de las costumbres ni que esté influenciada por los medios de que dispone cada persona. Puede que esté relacionada con la edad. Pero es indudable, que nosotros nos veíamos forzados a utilizarla más por falta de cosas, de juegos, de juguetes. Hoy ya os dan casi todo inventado y organizado, así que os limitáis a usar lo que os presentan y no tenéis el estímulo o la necesidad de tener que inventaros todo. Por eso estoy convencido que, si tenéis la misma imaginación que nosotros, la usáis un poco menos. Ya sé que hay una etapa, justo en la edad vuestra, en la que la imaginación es mucho más activa que en cualquier etapa posterior o anterior de la vida. Cualquier escritor podría nutrirse de ideas, simplemente, preguntando a un niño o permitiendo que éste dejase volar su fantasía.

Antes, obligatoriamente, nos íbamos a la cama a una determinada hora, casi siempre sin sueño, pero había que estarse allí quietos, y ese era el momento preferido para dar rienda suelta a la imaginación. Habíamos visto películas, sabíamos como se comportaba el protagonista, como actuaba, como era admirado por la "chica", así que nos hacíamos nuestra propia película en la que unas veces en el Oeste americano y otras en plena selva africana, vivíamos las más increíbles aventuras que se pueden vivir. Y como al final nos quedábamos dormidos, la aventura quedaba en ese punto, esperando hasta la noche siguiente, donde se volvía a repetir la situación para reanudarla con una perfecta continuidad, como en una serie radiofónica o televisiva. La historia duraba bastantes días, y cuando ya se terminaba, se empezaba con otra.

Me gustaría preguntarte ¿haces también tú lo mismo ahora? ¿O es que llegas tan cansado a cama que sólo tienes la posibilidad de dormir?

Y lo que más recuerdo de esta facultad de inventarme las historias con los ojos cerrados era que las imágenes eran tan nítidas que podía verlas como en una pantalla. A veces he dicho que yo ya había volado como los pájaros, aunque hubiese sido con la imaginación, porque la sensación era la misma que si estuviese haciéndolo realmente. Y así volaba sobre los edificios, viendo todo desde una altura increíble, cambiando de dirección con un simple giro de mi cuerpo. Lo mismo que luego vi en las películas de Superman..., aunque yo volaba mejor.

## Capítulo 14

### La educación

La palabra Educación era muy popular en nuestra infancia. Educar proviene de "adecuar", es decir, adaptar a una persona para un determinado ambiente o para la convivencia en un grupo. Un niño educado, en nuestro tiempo, era un niño de buena familia al que se le había instruido en una serie de normas muy variadas y complejas, como saludar al llegar y al marchar, llevar a las personas mayores siempre a la derecha, abrir la puerta a cualquier señora que lo precisase, vestirse adecuadamente en cada momento de la vida social, dar las gracias, besar la mano de una señora que nos presentaban, pedir las cosas "por favor", etc., etc. En realidad, la Educación es una base para la convivencia. Los niños de otros niveles sociales, no tenían todas estas reglas refinadas y rebuscadas, pero sí tenían unas normas de convivencia muy claras, marcadas por sus mayores.

Si no tenemos unas reglas para vivir unos con otros, entonces no se puede convivir. Les pasa igual a los animales, aunque a veces decimos de una persona: "es un animal, no tiene educación". Esto es una ofensa a los animales, porque todos tienen sus relaciones sociales bien establecidas: hoy en cualquier documental vemos como se comportan socialmente y las muchas reglas que tienen los chimpancés, los lobos, los leones o cualquier otro grupo animal inferior. La diferencia es que, en el Hombre, las normas educativas cambian, mientras que en los animales son permanentes, aunque las circunstancias pueden variarlas ligeramente.

Educar también se asimila a enseñar, están más educados los que han estudiado, es decir, los que saben más.

Niño de hoy, tú también necesitas normas de convivencia y lo entenderás si te das cuenta que cualquier amigo o conocido tuyo que no tiene esas normas resulta un desagradable incordio: se aprovecha de lo tuyo, no se lava, hace cosas que molestan, como eructar en la mesa, te coge comida de tu plato, tira las cosas al suelo, no agradece lo que le dan, etc., etc. A un tipo así, lo borrarías enseguida de tu lista de amigos, porque no se puede convivir con él. Un comportamiento contrario resulta agradable y permite vivir juntos. Por lo tanto, seamos educados y mantengamos esas normas de convivencia.

Claro que, en otro tiempo, las normas eran excesivas y rígidas, y todo lo que es excesivo debería sobrar, pero era así. Como ejemplo te indico como quería mi abuela paterna que hiciéramos el saludo por la mañana. Yo llegaba y debía decir:

-Buenos días, ¿cómo está usted?

Ella contestaba:

-Bien ¿y tu?

Y yo añadía:

-Bien para servir a Dios y a usted.

Ella acababa el diálogo diciendo:

-Bien, gracias.

Esta fórmula estirada y rígida, tan aceptada en aquellos tiempos, y que a mi madre no le gustaba, hoy nos parece fuera de tono.

Además nos tratábamos de tú, pero en el saludo la fórmula era de usted. Claro que no saludar, pasar por la mañana como un desconocido ante tus padres, abuelos o al encontrarte en la calle con un amigo al que conoces, tampoco es una forma de actuar. Por tanto, seguimos teniendo la necesidad de un saludo, pero este puede estar formado por una frase cualquiera:

-Hola, papi-dices cuando te levantas.

-¿Que tal abuelo?-si te encuentras conmigo. Y así con todo el mundo.

Las normas de comportamiento en colectividad son necesarias y hay que mantenerlas, de forma razonable y compartida, llegando a acuerdos y a matizaciones, pero hay que mantenerlas, porque sino la vida en colectividad es desagradable e insufrible.

¿Quién debe educar? Desde luego, los mayores, que son los que tienen una vida de experiencias y contactos con la sociedad y deben indicar al niño como se espera que él se comporte. El problema de hoy quizá sea que los niños (y muchos padres) creen que sólo los padres son los responsables de la educación. Y esto no debe ser así. En los lejanos tiempos de los que estamos hablando, un niño iba por la calle y tiraba una piedra y rompía algo, y cualquier adulto podía darle un cachete y decirle:

-Se lo diré a tus padres.

Y si el niño lo contaba en casa, sus padres encima le castigaban y le decían:

-Pues hicieron lo que debían, porque no tenías que haber tirado esa piedra.

Con lo cual, todos los niños sabíamos que cualquier adulto podía corregirnos, reprendernos, e incluso castigarnos, y de esta forma nos sentíamos vigilados, no sólo por nuestros padres sino por toda la sociedad. Y esto era definitivo para nuestra educación y nuestra aceptación de las normas. A mí me resulta penoso oír hoy día a un niño, cualquier compañero vuestro, decir ante un adulto que le reprende:

-Tu no tienes nada que decirme porque no eres mi padre.

¿Que pena; Que falta de responsabilidad para el que inculcó esta idea a este niño. Lo peor, es que los maestros y profesores, que son los siguientes en el escalafón de la educación, y que deben tener la autoridad transferida por los propios padres, se encuentran ante la situación de que los padres les niegan esa concesión de autoridad. ¿Cómo puede un profesor controlar una clase si no tiene ningún método coercitivo? No, los profesores tienen, como los padres, la obligatoriedad de enseñar y educar. Así, se aprende. En el caso contrario, cualquier niño sin sus padres presentes haría lo que le viniese en gana, y de esta forma el mundo terminaría funcionando bajo la ley del más fuerte y por lo tanto sería un caos.

Educar se hace hablando y enseñando. Los padres y abuelos deben explicar el porqué de las cosas, de las normas, del respeto, de los gestos sociales, de cómo actuar ante los amigos, profesores, ante los desconocidos. Hoy se sigue educando. Es necesario. Quizás se ha prescindido un poco de la rigidez y de la exageración de las normas de nuestro tiempo, de tiempos pasados. Esto es bueno. Pero también puede que se haya perdido un poco de autoridad, hoy hay hijos que maltratan a sus padres, y padres que maltratan a los maestros de sus hijos (o al menos les impiden que marquen normas y los eduquen). Esto es muy malo. Si un hijo maltrata a sus padres, es evidente que el fallo está en sus padres: no le enseñaron, no le educaron, no le hicieron que adquiriese el necesario respeto a su autoridad de padres. Y nunca hay que olvidar que el niño nace sin marcas, como un papel en blanco, donde sus padres escriben y esta escritura es la enseñanza, son las normas, la educación. Sólo si escribieron mal o no lo hicieron, el resultado es un niño mal educado, pero su evolución puede llegar a ser peor, un desalmado, un delincuente, un maltratador.

Alégrate pensando que tus padres te enseñan y te educan, aunque a veces fastidia un poco que te reprendan o te impidan hacer algo que querías, o te castiguen en un momento determinado. Todo esto es necesario. Ya se lo deberías agradecer ahora, pero si ahora no lo ves claro, te aseguro que cuando hayan pasado muchos años se lo agradecerás.

## Capítulo 15

## El lenguaje, como y de qué se habla

No hay duda, el lenguaje es la forma de comunicación y, en Galicia, hablamos castellano y también gallego. Cuando tus abuelos eran niños, hablábamos los mismos idiomas que hoy. Pero estoy seguro que si mi madre volviese del otro mundo y se encontrase con un mozalbeta como vosotros hablando con otro de su misma edad, podría quedarse sin idea de lo que decían y salir con el convencimiento de que eran rusos:

-Hey tío, ponte en stanbai que el friki de Yon mola mazo y la Silvia tá chungu.

Como además de los muchachos adolescentes a los que va dedicado este libro puede haber lectores de cierta edad (eso espero), me veo obligado a traducir la frase:

-Oye amigo, espera de momento porque el parado de Juan está mejorando y Silvia está difícil.

¿Es éste el mismo idioma que hablaban nuestros abuelos? Aparentemente no. Siempre hubo frases, términos y modismos que usaban los jóvenes para distinguirse de los mayores, pero casi siempre eran locales y no trascendían. También nuestros abuelos los tuvieron, pero eran pocos y aislados. Ahora los jóvenes adolescentes, en vuestro natural deseo de obtener una identidad propia y de diferenciaros de los adultos un poquito, hacéis uso de numerosos modismos que provienen del inglés (como *freaky*) la tecnología (*standby*, *hard disk*, disco duro, *cookies*, *software*, etc.), del lenguaje de los bajos fondos (tío, la pasma, la pipa, el talego, colega), o de cosas indeterminadas o incluso con un razonable origen latino, pero empleados en otro sentido que el habitual (como molar, mazo, pillar, chungo, colgado, te meto, etc.).

Otra diferencia muy notable son los tacos, algo tan español, que representa un alto porcentaje de palabras en cualquier lenguaje coloquial. Ya sé que sabes que los niños no deben decir tacos, porque está feo (aunque se te escapan con frecuencia), pero lo que te sorprenderá será saber que los niños de hace 60 años teníamos dos lenguajes: uno para hablar entre hombres, frecuentemente plagado de tacos y palabrotas, y otro para usar delante de las mujeres. ¿Por qué? Porque las mujeres (principales promotoras del hablar en la familia) no decían tacos nunca y su lenguaje era puro y limpio. Además eran las encargadas de enseñar a los niños a que no los dijeran y de castigarlos si era preciso. Por eso, cuando a un niño o a un joven hablando en casa, delante de mujeres, se le escapaba medio taco (es decir que iniciaba la pronunciación de la palabra, sin completarla), rectificaba rápidamente sobre la marcha, y la convertía en otra cosa, ya muy inocente. Por ejemplo, si iba a decir ¡coño!, lo sustituía por ¡co... ncho! o córcholis!; carajo, por caramba o cáspita; joder por joroba; hostia por hospitalera u ostras; incluso con los héroes muy españoles de un "comic" (antes se les llamaba "tebeos"), el protagonista Roberto Alcázar solía decir ¡ostras Pedrín!.

La cosa era tan exquisita, que en las novelas o libros nunca se escribía un taco, sino que se sustituía por puntos que diesen a entender lo que se quería decir:

- La p... de tu madre (por ejemplo).

Incluso los chistes se hacían evitando decir una palabra malsonante, y cuando esta se intuía, este simple hecho ya tenía gracia. Como en el chiste del cura que estaba hablando con varios alumnos acerca de su origen y decía:



-Con que de Vizcaya ¿eh?, vaya, vaya; con que de Almadén ¿eh?, bien, bien; con que de Logroño ¿eh?, co..., caramba, caramba.

Hoy vosotros los adolescentes habláis con más libertad y probablemente en casa (en algunas) tengáis un poco de cuidado, pero (por lo que tengo oído) no mucho. Y los chistes basados en tacos, ya no tienen gracia (no molan).

Otro problema eran los temas, especialmente la Religión y el sexo. Hoy tú mismo, niño o adolescente, empleas términos relacionados con el sexo sin problema alguno y así, puedes preguntar a tus padres sobre condones, métodos anticonceptivos, hablas de pechos grandes o de irritación en los huevos, etc. Antes, hace 60 años, ninguna de esas palabras se podía pronunciar porque estaban relacionadas con el sexo y el sexo era algo prohibido, sucio y que no era motivo de coloquio. Hoy hay un refrán que recordando esto dice: "El sexo es sucio, menos mal que hay jabones".

Así, nosotros crecíamos y los mayores creían en una pureza y limpieza de alma inusitada. Sorprendente, porque el sexo es una manifestación normal de la vida y muy importante para el individuo; y mucho más sorprendente, porque no es que creyeran que no íbamos a saber nunca lo que era el sexo, sino que se suponía que nos íbamos a enterar fuera de casa y, de hecho, nos enterábamos en la escuela, hablando con otros niños, casi siempre algo mayores, que presumían de saberlo todo. Como no nos habíamos enterado en casa de todo lo que tenía que ver con el sexo, nunca lo mencionábamos (como si no lo supiéramos) y como no lo mencionábamos en casa, nadie tocaba el tema (porque suponían que no lo sabíamos o porque suponían que ya lo sabíamos, pero resultaba incómodo mencionarlo porque lo aprendimos fuera de casa y no era oficial nuestro conocimiento). Así se llegaba a los 18 años, en los que ya se podía empezar a hablar algo de todo.

Esta parcial ignorancia, podría ser muy grave en el caso de las niñas, que podían encontrarse con un embarazo no deseado por falta de conocimiento de las prácticas anticonceptivas (aunque la vigilancia de los mayores sobre esas niñas era extremada, precisamente para evitar esa posibilidad).

De la Religión tampoco se hablaba. Nadie que tuviese una duda podía expresarla. Era así por revelación divina y, por supuesto, por represión social y franquista. Y punto.

También había otras cosas que no se comentaban, y eran los secretos de familia. Cosas que se ocultaban porque no resultaban agradables (una parienta que había tenido un hijo de soltera, o estaba "arrejuntada" sin casarse; un pariente que había robado, o estaba emigrado por socialista, antifranquista, etc.). Yo recuerdo que me enteré que tenía unas primas y un primo por casualidad y después de haber cumplido los 13 años (aproximadamente los mismos que mis primos), porque se le ocultaba a mi abuela que mi tío se había casado y tenido descendencia, simplemente, porque a mi abuela no le gustaba la pareja de mi tío y éste se empeñó en casarse. Así que: silencio absoluto sobre el tema ¿Puede haber algo más irracional?

Hoy, amiguito, estos secretos se explican (si hace falta en el periódico) y no pasa nada.

Y de lo que no se daban cuenta nuestros parientes de hace sesenta años es que la falta de comunicación y de confianza disminuía por esa falta de sinceridad. Cuando teníamos 3-4 años, nos hacían creer que venían los Reyes Magos a traernos regalos. Poco después, en la escuela nos contaban lo contrario, pero nosotros seguíamos sin decir nada, ante el peligro de que, si decíamos que no nos lo creíamos, dejasen de hacernos regalos (como en efecto así sucedió). Además creían que el que nosotros admitiéramos la existencia de los Reyes Magos era lo que nos proporcionaba la ilusión de esas fechas; en realidad, yo he comprobado en vosotros, que ya sois informados de la

verdadera situación, que la ilusión es la misma, porque ésta proviene de los propios regalos, no de quien te los da.

## Capítulo 16

### Las profesiones

Una sociedad pequeña como la de un pequeño pueblo, consta de una serie de personas que ejercen una serie de actividades; por ejemplo, hay agricultores o pescadores, abogados, farmacéutico, cura, maestro, zapatero, panadero, etc. En aquellos tiempos de mi juventud, todos estos profesionales eran hombres, las mujeres quedaban relegadas a lo demás (y decían lo secundario): tener hijos, criarlos, enseñarlos, alimentarlos, hacer las labores de la casa, mantener las relaciones sociales, cuidarse del alimento, de la economía del hogar, arreglar las ropas, etc., etc. Y las mujeres marineras, además, de las redes, de vender el pescado y de otras cosas más. Pero en fin, era así.

En cuanto a las profesiones que había, más o menos debes pensar que eran las mismas que ahora. Pues no, hijo, nada más equivocado: hay numerosas profesiones que han desaparecido, otras han cambiado y otras son totalmente nuevas.

Seguramente te estarás preguntando ¿qué profesiones pueden haber desaparecido? Te citaré alguna que ya mencioné de pasada: por ejemplo, la Lechera. La leche de antes iba de la vaca a su dueño mediante ordeño manual; el dueño la vendía a una lechera, que en general tenía un burro o un caballo para poner sobre éste los grandes bidones de aluminio donde se transportaba la leche, y desde la aldea (casi todas estaban en el medio muy rural, que es donde estaban las vacas) se venían muy temprano al pueblo e iban pasando por las casas que ya eran sus clientes conocidos y allí iban dejando pequeñas cantidades de leche (de 1 a 2 litros por casa según el número de componentes de la familia). El comercio se hacía temprano para que el calor no alterase la leche, y la venta tenía que estar hecha al mediodía. Antes, las vacas estaban distribuidas entre los aldeanos; ahora ya no, están en grandes centros, donde se las ordeña eléctricamente, y de allí la leche se envía a los grandes distribuidores que la manipulan y envasan, para terminar en un súper o en una tienda de alimentación, o convertirse en leche en polvo, leche condensada, yogur o cualquier otro producto derivado. Las vueltas que la leche da ahora son mucho mayores, pero el producto final está mejor conservado y es más seguro. Como consecuencia de este cambio, las vacas propiedad de un particular casi han desaparecido y también han desaparecido los cuidadores de las vacas, casi siempre viejos o niñas, que las sacaban a pastar y las traían de noche a casa.

Otra profesión que ha desaparecido es la de Capador. Si chaval, el que capaba, es decir, le cortaba los testículos, principalmente a los cerdos. Recuerda que la economía de los pueblos y las aldeas era de supervivencia, que todo el mundo compraba un cerdito para engorde; este cerdito, al ir desarrollándose había que caparlo por dos razones, porque si no se hacía así, se volvía muy irritable; además capado engordaba más y creo que incluso sabía mejor. Así que, como en todas las casas había un cochino, había trabajo para rato. Pero el capador no era fijo, y recorría la región, subido a un caballo y con una especie de flauta, con la que hacía un sonido muy curioso, una melodía corta, con muchas notas que terminaba en un pico. Todos conocíamos el sonido del capador, que sobre todo iba por mercados y ferias. Cuando le llegaba la hora al cerdito de la casa (me refiero al que estaba en la cuadra), se esperaba un día en el que se oyese ese sonido de capador por la calle y, cuando esto ocurría, sólo había que salir y darle una voz: el capador venía, le sujetaban al cerdo, hacía un corte, metía el dedo y extraía los dos testículos en un momento. En fin, trabajo resuelto, se le pagaba y se marchaba tocando su extraña

flauta. Decían que era una profesión familiar, no había que estudiar ni tener ningún título; cuando el capador tenía un hijo en edad de aprender, le enseñaba y le acompañaba un poco de tiempo (para ayudarlo o promocionarlo), y después cada uno a lo suyo, a trabajar por ahí.

Otra extraña profesión, que no has conocido, era la de Afilador y Paragüero. Al principio, en mis años muy jóvenes, el afilador venía andando, empujando un armatoste que tenía una rueda muy grande sobre la que se desplazaba. Decía la gente que casi todos eran de Ourense, pero lo cierto es que recorrian toda Galicia y así, cada una o dos semanas, llegaba el afilador que se anunciaba con un grito:

-¡;Aaaaafiladoooooooooryparaaaaaaaaaaaaagüeeeeerooooooooo!!.

De esta forma, era fácil enterarse que ya estaba allí. Casi siempre se le tenía en casa guardado y preparado el material que había que arreglar y, de esta forma, en cuando oías el tal grito, bajabas de casa corriendo y le entregabas el material deteriorado: un cuchillo que no cortaba, un plato que se había roto, una tartera a la que se le había hecho un agujero, o un paraguas que no funcionaba. El afilador echaba un vistazo con cara de experto, y se ponía a trabajar. Le daba la vuelta a su aparato y con un pedal de madera movía la rueda grande; a su vez ésta movía un pequeño torno con una rueda de piedra donde se apoyaba el cuchillo, que se iba afilando mientras saltaban multitud de chispitas. Los cuchillos de antes se iban reduciendo en el ancho de la hoja a medida que se afilaban, pero duraban mucho y pasaban de abuelos a nietos. Otro trabajo se hacía sobre los platos rotos; antes no se tiraban como ahora; tampoco eran de Duralex sino que eran de loza: el afilador cogía los dos pedazos, les hacía varios agujeros cerca de la zona de fractura y metía unos grapas metálicas y una pasta, de forma que quedaban para poder seguir siendo usados durante mucho tiempo todavía. Y lo mismo hacía con los paraguas y las tarteras: en éstas, una pequeña chapita con un tornillo y a seguir usándola durante varios años más.

Seguimos buscando profesiones que ya no existen: por ejemplo, la lavadora de ropa o Lavandera. ¿Pones cara de sorpresa? Sí, ya sé que hoy hay unas máquinas que se llaman así, metes allí la ropa y después de un tiempo de detergente, agua y rotaciones, la ropa sale limpia y casi seca (centrifugada). Antes una lavandera (lo más parecido a una lavadora) era una mujer (nunca un hombre) que se dedicaba a lavar la ropa. En las casas humildes, lavaba una mujer, la madre o la abuela. Cuando una familia era numerosa y pudiente, se encargaba este trabajo a una lavandera de profesión que se llevaba la ropa sucia, la lavaba, la secaba y por este trabajo se le pagaba

También había planchadoras para esas mismas familias pudientes. Si estos trabajos no los hacía el ama de casa, actuando tanto de lavandera como de planchadora. Las planchas eran diferentes, la mayoría eran de carbón de la cocina (se abrían, se les ponía el carbón encendido dentro, se cerraban y se planchaba); también había otras que eran de hierro y muy pesadas: se apoyaban en la cocina económica y al cabo de un tiempo estaban tan calientes que se podían utilizar para planchar durante un buen rato antes de que se enfriasen. Por aquel tiempo, empezaban a aparecer las planchas eléctricas. Las que conoces ahora son el colmo de la sofisticación, echan vapor, puedes graduar la temperatura para según que tipo de ropa, algodón, seda o lana; en resumen, una monada.

En los pueblos pequeños, como en Caldas de Reis, cuando llegaba la noche, había un Electricista Municipal que tenía que recorrer las calles para dar al interruptor de las luces para que se encendieran. Tenía un palo largo para llegar al interruptor que, generalmente,

estaba elevado. Según iba pasando, al comienzo de la noche, iba dejando detrás las calles llenas de luz, así que casi se le podía localizar sin problema. Hoy es innecesaria esta profesión, ya que hay multitud de métodos automáticos que hacen que las luces se enciendan solas a la hora programada.

Probablemente, querido niño, nunca habrás oído hablar del Barquillero. Era una institución, aunque no todos los pueblos llegaban a tenerlo. Era un señor mayor (generalmente), que llevaba en la espalda un recipiente cilíndrico de latón y dentro los barquillos, que eran como si fuesen cucuruchos de helado pero en seco y más alargados. Lo curioso es que no se compraban: dabas el dinero y tirabas a una ruleta que llevaba en la parte superior, y por el precio, te podían tocar 1, 2 ó más, según donde quedase la púa de la ruleta. Claro que ya estaba calculado para que casi siempre cayese en un número pequeño. Era una merienda y un juego al mismo tiempo.

Otra más, el Herrero del pueblo. Casi todos los pueblos tenían su herrero y nosotros íbamos a contemplarlo fascinados por los hierros que sacaba de la fragua al rojo vivo y golpeaba fuertemente con un grueso martillo para darles forma. Hacía en hierro cualquier cosa que hiciese falta: herraduras, utensilios, un atizador para el fuego, incluso una llave para una cerradura (pero de aquellas llaves grandes que se estilaban entonces y que pesaban 100 o 200 gramos). Hacía herraduras para las caballerías que allí mismo ponía. Nada tiene que ver aquel herrero, trabajador manual, con el trabajador del metal que hoy tiene una pequeña industria con tornos, pulidoras, y otros sofisticados aparatos de precisión.

El Sereno era otra institución. Yo ya casi no lo conocí, porque por aquellos tiempos de mi infancia empezaron a desaparecer. El sereno paseaba por la noche (era el único que salía y por obligación, ya que hacía mucho frío). Vigilaba las calles, llevaba un farol y un palo terminado en punta de hierro (quizás como arma) y tenía las llaves de las casas, para facilitar la entrada a cualquier vecino que no la tuviese. Se le llamaba con unas palmadas y se le daba una propina después de ser atendidos. Cuentan que poco antes, los serenos de Caldas de Reis, al pasear por la noche, iban dando voces de vez en cuando para informar a los que estaban en sus casas del tiempo que hacía y de la hora que era (hay que recordar que por aquellos tiempos la gente humilde no tenía reloj). Así se le podía oír en un momento determinado de la noche:

- ¡As tres da mañán e chovendo!.

Y los caldenses, se daban la vuelta en la cama, calentitos, mientras pensaban:

- Mañana tendré que sacar el paraguas y los zuecos.

Otra profesión hoy desconocida: el Leñero. Hay que recordar que entonces, toda la comida se preparaba en un lugar: en la *lareira* en las casas más pobres y en la cocina económica en las de los pueblos algo más pudientes. La cocina se llamaba económica, porque ahorraba mucho combustible: hoy puede que las hayas visto en algunas casas como una reliquia del pasado. Por aquel entonces era un avance tecnológico increíble: un rectángulo de hierro fundido, donde había unas puertas para alimentación (meter la leña), unos orificios superiores que con unas anillas se hacían más grandes o más pequeños (para adaptarlos a las potas o tarteras de la comida), y un recipiente en una esquina donde al mismo tiempo que se cocinaba se calentaba el agua. De la cocina de hierro, salía un tubo que era la chimenea, donde había una válvula de regulación para que la combustión fuese más o menos rápida. Se encendía con una piña, sobre ella se ponían unos palos delgados

(que se preparaban con el hacha o macheta, que había en todas las cocinas), y cuando ardían bien, se ponían los trozos de madera más gruesos. A veces los "carozos" de las espigas de maíz eran un combustible gratis que quedaba después de obtener el grano. Pero claro, excepto en los lugares donde cultivaban o recogían maíz en cantidad, en las casas de un pueblo no había combustible, ni piñas, ni leña. ¿Quién las proporcionaba?: el leñero. En A Guarda, recuerdo a los Meneses como una familia que se dedicaba a esta labor, pero seguramente había más. Ellos iban al monte, recogían las piñas que allí había y las metían en sacos; finalmente, volvían al pueblo cargando con ellas para venderlas por unas pocas pesetas. Lo mismo hacían con la leña, pinos cortados con un hacha en trozos pequeños, los más adecuados y prácticos para una cocina económica, que eran transportados sobre un burro (incluso a veces en un saco a hombros), y que vendía en las casas como un cometido de su profesión; y con la venta de estos productos se arreglaban para irse ganando la vida.

¿Y cuando no había una cocina económica? Entonces había una *lareira*, que era el lugar más tradicional para cocinar en Galicia: una zona de la casa con una amplia chimenea y bajo ella el suelo; allí se encendía el fuego, allí se reunía la familia al calor, sobre la *lareira* se colocaba un trípode y encima la pota del cocido (a veces también se colgaba de unos ganchos en el interior de la chimenea). El ambiente era cálido, lleno de humos y rodeados de los olores de la comida, y de los chorizos y jamones del último *porquiño* que se conservaban alrededor del fuego, para que se curasen. Allí la familia pasaba muchas horas, hablando, comentando, mientras el hombre arreglaba cualquier desperfecto, las mujeres hacían los preparativos de la comida del día siguiente, o zurcían calcetines, remendaban pantalones, y mientras los niños jugaban con sus cosas.

Creo que todavía quedan muchas más profesiones que hoy no existen, pero no quiero ser exhaustivo y cansar con tanto recuento. Comento algunas, profesiones o casi profesiones, hoy desaparecidas: las expertas que atendían partos, las brujas que curaban el mal de ojo, las que arreglaban la virginidad perdida, y los hombres que limpiaban los pozos negros, entre otras. No entro en detalles sobre estas que cito porque no las conozco bien, aunque de la última vi como trabajaban en mi casa (ya te imaginas, sacando a cubos toda la porquería, excrementos y suciedad tirada por el retrete, que fue acumulándose en un hueco debajo de la casa durante años). No es un recuerdo agradable, más bien maloliente.

En cuanto a los cambios en algunas profesiones, había las que antes eran ejercidas durante varias generaciones, mientras que ahora son sólo ocasionales: Un zapatero, lo era toda su vida, había aprendido el oficio de su padre, se lo enseñaba a su hijo y éste seguía siendo zapatero para siempre, y así sucesivamente. Recordemos que casi todo el mundo se calzaba, pero casi nadie tenía dinero para comprar varios pares de zapatos o para tirarlos cuando se deteriorasen: así que, se cosían y se recosían, cuando se gastaban se les ponía medias suelas o tacones, protectores de metal o remiendos en los sitios donde se rompían o se deterioraban más, y de esta forma y a fuerza de reparaciones duraban años y años, y el zapatero remendón y su familia vivían y comían. También quiero explicarte que entonces no había calzados deportivos (no se habían inventado) y, en cambio usábamos calzado de cuero y botas, e incluso zuecos de madera (*zocos* y *zocas*). En verano, una zapatillas de esparto (mira en el diccionario lo que es, una fibra que apretada y trenzada servía de suela de ese tipo de zapatillas), eran baratas, pero duraban poco, porque se gastaban. Algunos, cuando encontraban una carretera en reparación y

había por allí alquitrán, metían la base de la zapatilla en el mismo, o lo pisaban, y el alquitrán (y por tanto la zapatilla) se endurecían y duraban mucho más, lo que entonces significaba ahorro.

Y ya no digamos los que fabricaban zuecos. Ah ¿qué no sabes lo que son zuecos? Ahora ya no existen, o sólo se usan en muy contados lugares. Pero te cuento: antes, los caminos de los pueblos de Galicia, el suelo de las fincas, los espacios alrededor de las casas eran de tierra, de piedras y muy irregulares; también los patios de las casas, las gocheras del cerdo, y en casi todas las zonas de la aldea e incluso del pueblo, el suelo, entre las piedras, la tierra, los excrementos del ganado y la lluvia, era un puro fangal que, en el invierno sobre todo, no permitían usar un calzado normal. Hoy casi todos los campesinos usan unas botas de goma altas, las mismas que los marineros; estas botas son impermeables e impiden que el agua entre en su interior. Pero antes no existían y la solución era el uso de un calzado típico, muy resistente, como los zuecos. Los zuecos eran calzados hechos de madera, eso es exactamente, de madera. Anchos, excavados, con dos piezas sobresalientes en la base, delante y atrás, se ponían en los pies que previamente se habían calzado con zapatillas. Con ellos ya se podía pisar el barro, pasar sobre charcos, pisar excremento de animales o cualquier tipo de suelo húmedo o inestable, cualquier barrizal. Al llegar a casa, se pasaban por agua y se ponían a secar, y al día siguiente o poco después, los zuecos estaban listos para ser usados de nuevo. Tenían como inconveniente que se andaba con ellos un poco más despacio y, desde luego, eran muy ruidosos al ir golpeando el suelo con un material como la madera. En ocasiones, los tratantes de ganado que pasaban el día pisando zonas húmedas, sustituían los zuecos por las zocas, unas botas con suela de madera, en las que el cuero, que formaba el resto del calzado, iba clavado con puntas. También eran muy resistentes al agua y, con unos buenos calcetines de lana, bastante cálidas. El profesional que hacía los zuecos en cada pueblo o las suelas de madera de las botas, tenía que hacerlas a mano, una a una, con métodos muy primitivos. Hoy, incluso si se siguiesen usando, habría fábricas que las harían de modo mecánico.

Otra profesión que cambió: el Barrendero. El barrendero municipal, era un puesto oficial, que ocupaba una persona casi seguro que durante toda su vida. Hoy hay gente que barre y se emplea en esta labor, pero son emigrantes que trabajan en esto, mientras no encuentran otra cosa mejor, o personas que están en este trabajo eventualmente. Rara vez es un puesto fijo y duradero. En otro tiempo, era casi una profesión familiar.

También el Heladero no era, como hoy, un señor que tiene un establecimiento de helados: el heladero tenía un carrito e iba por la calle gritando:

-¡¡Helados, hay helados!!.

Así te enterabas que pasaba y si habías conseguido alguna vez reunir en esa semana 1 o 2 pesetas, podías darte el gustazo de comer un helado casero, frío y dulce que el heladero sacaba de un recipiente que traía entre hielos, para que no se derritiera la materia prima; ponía un poquito sobre un cucurucho pequeñito de galleta y... a chupar. Sólo se ejercía esta profesión en verano, en el invierno ya estábamos todos bastante helados como para tener que enfriarnos más.

El Vendedor Ambulante de Periódicos. En A Guarda era el tío Remigio, un ciego que recorría el pueblo llevando periódicos y algunas revistas infantiles como Flechas y Pelayos, Maravillas, y Chicos. Eran publicaciones semanales, pero lo esperábamos con gran ilusión en

nuestros tiempos infantiles cuando no había ningún establecimiento donde comprar revistas y cuentos.

A lo mejor aun me acuerdo de alguna profesión más de las que ya no existen y te la incluyo en los comentarios y cuentos que van en los capítulos que siguen a continuación.



## Capítulo 17

## El plástico, los colchones y las camas

Hay cosas de mi infancia, querido niño, que no serías capaz ni de imaginar. Tu conoces los plásticos, el polispán, la fibra, y todo un sinfín de materiales, de objetos y utensilios que existen por todas partes en nuestro mundo, que se fabrican hoy, y que son derivados de estos productos industriales. ¿Te imaginas como era el mundo antes de que los plásticos existiesen? Pues sí, hace sesenta años no los había y todo era muy diferente: por eso no había calzados deportivos, por eso los balones y las pelotas eran de goma y cuero, las plumas de bakelita, y los botones de hueso, de madera, de metal, de concha, etc., pero no de plástico. Y en algunas cosas todavía te sorprenderás más cuando te las cuente.

Te pasas un tercio de tu vida en la cama, sobre un colchón. Hoy tienes claro como es un colchón, los hay complejos, con una zona de verano y otra de invierno, con sus muelles y una cierta elasticidad pero al mismo tiempo con consistencia, dicen que es para que se adapte al cuerpo. Te contaré como eran antes: la gente con posibles, tenía colchones de lana. Es decir, se le cortaba la lana a las ovejas y se metía dentro de una cubierta de tela y ya estaba el colchón. No tenía muelles (para eso ya estaba el jergón, una pieza grande de metal trenzado que iba debajo y había que tensar periódicamente). El problema de la lana es que, con el tiempo, se iba apelmazando y como siempre había alguna filtración (orina, líquidos, etc.) el colchón se convertía en algo duro y maloliente. Entonces llegaba la época del cambio: se abría el colchón, se retiraba toda la lana, y se estiraba con las manos para que volviese a ahuecarse. Después se tendía al exterior al sol y se tenía allí unos días para que perdiese olores y aromas íntimos. Finalmente, se volvía a introducir en la funda de tela y se cosía de nuevo. ¡Hala! y a usarlo otros 5 ó 6 años.

Dijimos antes que éste era el modelo de colchón de gente pudiente. Para el que no era rico, le resultaba mucho más barato guardar dentro de la tela simplemente paja, o *follatas* (las hojas del maíz). Era un poco menos suave, pero suficiente para dormir cuando había mucho sueño.

¿Y que pasaba con los niños pequeños que se hacían pis con frecuencia y a cualquier hora? Esto resultaba un suplicio. Los pañales de entonces eran una simple tela que se ponía alrededor del culito y que se mojaba con cada micción o defecación. Recordemos que no había pañales absorbentes rodeados de plástico. Esto es muy reciente.

Entonces, cuando el niño se meaba, la orina traspasaba el pañal y mojaba las sábanas y frecuentemente llegaba al colchón. Para evitarlo (porque el olor y el desprendimiento de amoníaco serían insoportables), se trataba de poner una barrera con una piel de oveja, una piel entera, convertida en un cuero con pelos, que se ponía debajo de la sábana y por encima del colchón; también se mojaba si el niño meaba, pero después se podía poner al balcón y al sol para que perdiese olor (aunque algo siempre quedaba); con esto lo que se evitaba es que la orina traspasase al colchón y se convirtiese en una peste amoniacal.

Cuando un niño tenía enuresis nocturna (ya sabes, que se mea de noche) el castigo para aquella pobre madre era tremendo: tenía el doble de trabajo, porque había que lavar más ropas, el doble que prevenir y, a pesar de todos los cuidados, el colchón siempre estaba algo maloliente.

Como no había plástico, ya te imaginas que todo lo que hoy está hecho con ese material, antes había que hacerlo con otras cosas, madera, cuero, metal, etc., que resultaban más costosas y más perecederas. Pero era lo que había... Nada era desechable: los vasos eran de cristal, los platos de loza, los cuchillos y tenedores metálicos y las servilletas de tela; esto quiere decir que no había forma de evitar que después de una gran comida hubiese alguna manera sencilla de ahorrar trabajo usando platos y cubiertos desechables y servilletas de papel: no, todo había que lavarlo de nuevo y guardarlo de nuevo. Había que contar con gran cantidad de todas estas cosas por si se presentaba la ocasión de gente que venía a casa y tenía que ser invitada. Además, si alguna cosa se rompía (como los platos y los vasos) se trataba de recuperarlos para que siguiesen sirviendo, lo que era un trabajo adicional (del que ya hablamos antes, del afilador y paragüero).

No había bolsas de plástico de esas que te dan en un comercio cuando vas de compras: en la casa había bolsas de tela ya dedicadas a ciertas funciones, como por ejemplo la bolsa del pan, típica, grande y colgada en algún lugar conocido en la cocina, la bolsa o el cestón de la ropa sucia, etc. Pero para la compra, la mayor parte de las cosas se envolvían en papel de periódico. A veces en bolsas de papel.

Y recuerda que los juguetes, los soldaditos, los animalitos que hoy compras en plástico en cualquier tienda por poco dinero, antes no los había, porque resultarían muy caros. Hubo soldaditos de plomo, también caros, y que a veces causaban intoxicaciones, por los componentes de las pinturas. Pero si no eran éstos, ya tenías que pasarte al papel, soldaditos de papel que recortabas, pegabas a una base y te servían para imaginarte las batallas y los desfiles. Y si no los tenías, jugabas con habichuelas, como si fuesen soldados. La fantasía lo puede todo y puede suplir todas las carencias.

Si en algún momento te paras y miras a tu alrededor, vete fijando en todas las cosas que están formadas por plásticos, nylon, y otros productos similares, verás que son muchísimas: las bolsas de la basura, las botellas de lo que fuese, los bolígrafos, los CDs, los ordenadores, portalámparas, cajas, tazas, vasos, envases de casi cualquier cosa, colgadores de la ropa, protectores de instrumentos, cajas comerciales, alfombras, cordeles, calzado, aparatos de tocadiscos, cepillos de dientes, las televisiones y los ordenadores casi en su totalidad, las monturas de las gafas, lapiceros, bolígrafos, los envases de los medicamentos, los aislamientos de las paredes de las casas, etc., etc. Y así se podría seguir enumerando, hasta que te cansases, muchas cosas más que si las buscas las encontrarás. Todo eso, o no existía o tenía que ser construido con otro material diferente. Mira que cambios.

## Capítulo 18

### Las fotos

Ya sé que tienes montones de fotos y que no te preocupa que te hagan o no fotos en un momento determinado: las tienes de cuando eras pequeño, de diversas etapas del crecimiento, de los "cumpleaños" con tus amigos, del cole, de las fiestas, con tus padres, con los abuelos, en aquel viaje a Barcelona, etc., etc. Tienes montones. Además las tienes todas en colores, algunas te las dieron, otras las imprimió tu padre desde el ordenador en diversos tamaños; tienes fotos de tus amigos, incluso fotos digitales que envías por Navidades a tus primos de América y sabes que en el ordenador puedes ver fotografías de muchos momentos de tu vida. Hasta puede que tengas alguna foto colgada en Internet por cualquier motivo. También ves que cualquier persona que va de viaje lleva una cámara digital y hace montones de fotos sin problema.

Bueno, ya sabes que la fotografía es un invento moderno. Seguramente has visto en los libros o en algún museo cuadros de los reyes de siglos anteriores. Sabes también que, como entonces no había fotos, los reyes y los grandes personales guardaban sus imágenes gracias a que un pintor hacía aquellos retratos al óleo que se conservaban durante siglos.

Pero mi infancia es un periodo entre esa época, en que no había fotos, y la actual, en la que las fotos son algo común de cada día y con el máximo de facilidades. ¿Te has preguntado alguna vez como era, con relación a la fotografía, aquella época intermedia de mi infancia y poco antes o después?

Cuando yo era niño ya existía la fotografía pero la gente no tenía cámaras. Había un fotógrafo en el pueblo, hacer fotos era su profesión, vivía de eso, y el que quisiera hacerse un retrato tenía que ir a su casa.

Te cuento un día en el que nos hicieron una foto a mí y a mis hermanos.

Empezamos levantándonos temprano; después toda la familia se dedicó a acicalarnos, lavándonos repetidas veces y poniéndonos nuestros mejores trajes. Nos peinaron bien, consultándose unos con otros acerca de si había que poner el pelo más adelante o no. Por fin llegaron a un consenso sobre nuestro aspecto y salimos de casa.

Tuvimos que andar un buen rato, y siempre nos iban diciendo: -Cuidado, no corráis, no toquéis nada ni os toquéis vosotros, mira que llevamos toda la mañana arreglándoos.

Por fin llegamos a la casa del fotógrafo, por el camino de las "Casetas", una zona cerca del mar, frente al muelle, donde se tomaban baños de agua con algas.

Llamamos, nos recibieron, dijimos a lo que íbamos y esperamos un poco. Por fin apareció el fotógrafo secándose las manos con una toalla, haciendo unas reverencias de salutación, y estrechando la mano de nuestros acompañantes. A nosotros los niños se limitó a acariciarnos la mejilla (el pelo, probablemente no quiso tocarlo puesto que supuso que ya venía preparado para la foto...!). Y nos pasó a la sala donde tenía el aparato de hacer los retratos.

Éste no me impresionó, era como una caja grande, aparentemente de madera, sobre unas patas largas, que tenía por delante como un mirador tapado con algo que más bien parecía un vasito de metal o cartón, y por la parte de detrás había una tela, como una manta que le colgaba. Allí, bajo la manta, introducía las manos el fotógrafo para preparar las cosas y de vez en cuando la cabeza (probablemente cuando quería ver si estaba todo bien). Por los alrededores también tenía

cajas con cristales rectangulares, muchos de ellos con figuras en negativo. El misterio estaba debajo de la manta, allí preparaba las cosas, metía y sacaba materiales que parecían como unos recipientes con líquidos y también cristales; creo que estos cristales tenían una cubierta especial hecha con una pasta química que cambiaría de color cuando la luz le diese (eso me lo contaron más adelante). En medio de un gran silencio se fue preparando la foto y dando comienzo al misterio de aquel acto casi milagroso de conseguir retener, fijada en un papel, una imagen de las personas que tenía enfrente. A los niños (que éramos las personas a fotografiar) nos pusieron delante del aparato aquel. Luego el fotógrafo se vino hacia nosotros y nos fue colocando, unos de pie, el otro sentado, mirando a un lado o al otro..., las manos así..., este pie para este lado..., hasta que el cuadro que formábamos debía resultar equilibrado y adecuado, según su opinión; después de una primera colocación, el fotógrafo se alejaba, movía un poco la cabeza de lado, quizás para ver la escena desde otro punto de vista... y de nuevo se acercaba y nos cambiaba un poco la posición de una mano o de la cabeza. Después se volvía y llegaba hasta la cámara, metía la cabeza por debajo de la manta y observaba un rato. Después, de nuevo salía y volvía a movernos otro poco. Retrocedía y nos observaba de lejos con ojo crítico. Se llegaba hasta la cámara y el objetivo, y revisaba los últimos detalles. Daba un último toque al material fotografiable que formábamos yo y mis hermanos y, finalmente, parecía como que quedó satisfecho. De modo que se volvió a la cámara y se colocó muy tieso y, mientras mantenía un brazo por debajo de la manta y con el otro sujetando la cubierta del objetivo, nos dijo:

-¡Atención, todos quietos durante un momento!.

Todos le mirábamos con atención sin pestañear (lo que creo que era necesario, ya nos habían aleccionado previamente "no os podéis mover nada, nada") y entonces con la mano, retiró el tapón de la cámara, contó despacio "uno, dos, tres", y ya está. Ya podías moverte. Todo el mundo dió un suspiro de alivio (o de oxigenación, forzados por la apnea durante el tiempo de la foto). Mientras tanto nuestra madre o tía le preguntaron a fotógrafo.

-¿Qué? ¿Habrá salido bien?

El fotógrafo ponía cara interesante y murmuró manteniendo el suspense:

-Vamos a ver... vamos a ver...

Y empezó a mezclar líquidos y a mover cosas, metiendo la mano detrás de la manta de la caja de madera y revolviendo un poco por allí, terminando por sacar un cacharro con líquido que llevaba la placa dentro, lo puso debajo de la caja cubierto con otra tapadera y dijo:

-Hay que esperar 20 minutos. Volver para entonces por si hay que repetirla.

Así que la madre o la tía o quien fuese que nos acompañaba, explicó:

-Bueno, salimos un poco a la calle porque estos niños no hay quien los tenga quietos. Volvemos en un rato.

Claro, había que esperar, porque si no había salido bien había que repetirla. Para eso era conveniente que, ya que habíamos venido con los trajes nuevos y muy bien peinados, no nos descompusiésemos, por eso nos daban nuevas órdenes:

-Bajar la escalera despacio y en la calle no quiero que corráis ni os peleéis.

Y a continuación nos sometían a duro marcaje para conseguir este objetivo. Por fin, ya cansados después de 20 minutos en los que casi no nos habían dejado hacer nada, volvimos a subir y de nuevo le preguntaron al fotógrafo:

-¿Qué? ¿Ya se sabe como salió?

Y el fotógrafo volvía con su santa parsimonia:

-Vamos a ver... vamos a ver...

Enredaba un poco con el líquido y finalmente, ante nuestra expectación levantaba un poco el cristal, lo examinaba para sí durante unos segundos, sonreía abiertamente y después decía con tono triunfal:

-Está muy bien. Pueden venir a buscarla dentro de una semana.

Mi madre o mi tía respiraban aliviadas y nos volvíamos a casa.

Total: toda la mañana para prepararnos, ir a la casa del fotógrafo hacer la foto y volver. Y había que volver a ir dentro de una semana para recoger la ansiada imagen en blanco y negro, ya seca, en papel cartulina, recortada, con los bordes dentados (como se estilaba entonces) y conseguir dos copias o tres. Se pagaba el trabajo y listo. Una copia se quedaba en casa (todavía la tengo), la otra se enviaba a la familia de Caldas y la otra se enviaría a los familiares de América, que todavía no nos conocían.

¿Qué te parece este proceso, chaval? ¿Tiene mucho que ver con levantar una cámara digital, disparar con todo automatizado y ver la foto al momento? Y además, después más tarde, puedes pasarla al ordenador para verla en pantalla grande y, finalmente, imprimirla en colores si quieres. ¿A que es un cambio brutal?

Bueno, pues quiero decirte más. En la mayoría de las casas de la aldea de mis pueblos y de sus alrededores, mejor dicho, en casi todas, tenían de dos a cuatro fotos en las paredes y te las enseñaban diciendo:

-Este es el abuelo, antes de marchar a América; aquí están mis padres, en la foto de la boda; esta es la tía Maruja, cuando ingresó en el convento. Todas eran fotos en la que se veían una cara seria de un hombre o de una mujer, o un hombre al lado de una mujer, o la misma pareja ambos muy cercanos, inclinados el uno hacia el otro y ella con un ramo de flores en la mano (se supone que el día de la boda). Y esto era todo lo que les quedaba del recuerdo de estos familiares.

Y en todas las casas era igual. Una persona se fotografiaba una o dos veces en su vida y allí quedaba ese recuerdo, colgado, ennegreciéndose lentamente por el tiempo, el polvo y las cagadas de las moscas. Pero era lo que tenían de aquellos parientes, las imágenes de la memoria se van perdiendo, pero al menos la foto estaba allí y constituía una forma de presencia.

Por eso, aunque fuese una vez en su vida, las gentes de la aldea se hacían una foto y la colgaban en la pared de la casa (en las que por otra parte no había otra cosa mejor que colgar). Tenían la esperanza de dejar algo con su imagen para el futuro y que tal vez su nieto, que a lo peor no llegaban a conocer, les pudiese ver mientras le decían:

-Mira, ese era tu abuelo.

Parecía que en aquellas fotos, la cara seria de un paisano estaba diciendo:

-Viví 60 años, tuve mujer y dos hijos, una casita y una huerta; mis hijos son de ellos mismos, mi casa y mi huerta son ahora de ellos; lo único que sigue siendo mío es la foto, mi foto.

Eran imágenes muy serias, muy severas, de rostros rígidos, ojos fijos en la cámara, posiciones forzadas, pero eran sus fotos, eran las fotos de sus familiares, casi lo único que quedaba de ellos.

Cuando murió mi abuela de Caldas, sus hijas (mi madre y mis tías) se dieron cuenta que hacía más de 50 años que no tenían una foto suya, porque en aquellos tiempos, una mujer mayor no salía de casa y no tenía motivos para ir a fotografiarse. Así que llamaron al fotógrafo para que le hiciese una foto después de muerta, foto que también conservó, pero que no representa un buen recuerdo de mi abuela. No fue una buena idea.

Cuando era niño, me gustaba ver las pocas fotos que habían quedado de mi padre. Y ante la idea que representaba carecer de imágenes de una persona después de haber vivido muchos años, recuerdo que me propuse hacerme fotos de los momentos felices para poder recordarlos después. Así que, en cuanto pude, me hice con una cámara y conservo fotos de grupo con mis amigos, pasándolo bien, en las fiestas del Monte o en la playa de Area Grande. Yo pensaba así poder tener mis recuerdos más favorables y agradables para verlos cuando fuese viejo. La verdad es que ahora pocas veces los veo, pero me alegro de tenerlos y de haber hecho muchas fotos en mi vida.

Y esto es lo que quería contarte sobre las fotos. En cuanto a las tuyas, tu mismo decides, pero por mi parte te recomiendo lo mismo: hazte fotos y guarda recuerdos de los momentos buenos que siempre serán motivo de satisfacción en el futuro. Y, posiblemente, también descendientes tuyos te conozcan algún día por ellas.

## Capítulo 19

### Los parásitos

Bueno, ya sabes lo que son los parásitos. Probablemente, en tu escuela te dijeron algún día que había niños con piojos. También es probable que en tu casa un día te sorprendieron rascándote y resultó que te habías llevado algunos de un compañero del cole. Cosa que no gustó a nadie y que, inmediatamente, motivó un despliegue: insecticida, baño, etc. Estos hechos aislados, que ocurren ahora de vez en cuando, se deben a que hoy se ha bajado la guardia y a veces los parásitos recuperan momentáneamente su antiguo esplendor. No quiero imaginarme como estarían parasitados los antiguos pobladores del Tecla. Desde luego, en mi infancia, había parásitos y un niño sólo estaría libre de ellos, gracias a una pertinaz e insistente vigilancia de su madre. Los piojos eran controlados con frecuencia a base de unos peines que tenían una separación muy fina entre sus púas y así los arrastraban al peinarse. El pasar este peine, era un objeto de especial atención, observando con detenimiento, después de unas cuantas pasadas, lo que podía salir por allí o caer sobre una tela puesta debajo de la cabeza.

Hay que tener en cuenta que en aquellos momentos no existían los actuales insecticidas y la desparasitación era un trabajo manual de repetición e insistencia.

Pero no eran los piojos el parásito más habitual. Lo eran las pulgas. A lo mejor hoy ni te suenan. Hay varias clases de pulgas, las de los perros y los gatos, y otras que eran humanas. Estaban en todas partes y además saltaban mucho, por lo que nadie estaba libre de ellas. Sobre todo, porque hace muchos años había más perros y más gatos que hoy. Los gatos para defendernos de los ratones; los perros para cuidar las propiedades rurales, menos cerradas que en la actualidad. Y las pulgas se dedicaban a disfrutar de todos nosotros. A veces, notabas como que algo se movía cerca de tu piel en un lugar cualquiera de tu organismo y, si estabas solo, de inmediato separabas la ropa e ibas a ver que era lo que había motivado esa sensación. Cuando la buscabas, encontrabas frecuentemente un punto oscuro que se movía. Era una pulga. Había que atacar inmediatamente: se mojaba un dedo en saliva, se cogía la pulga entre el pulgar y el índice y se movían ambos dedos con insistencia un rato. Después, separabas los dedos y podías ver al pobre parásito atontado con tanto movimiento. Pero no muerto, ya que tenía un caparazón muy fuerte. El gesto siguiente, que veías antes todos los días (hoy ya no) realizado por personas de nuestro propio entorno, era ponerla sobre una uña de un dedo pulgar y pasar el otro por encima como un rodillo. Se percibía como un pequeño estallido y ¡ya estaba! la pulga había desaparecido reventada.

Claro que, si el sentir la pulga sobre tu piel se producía cuando había gente extraña, entonces no se podía seguir este protocolo, sino que se rascaba uno suavemente con un dedito mientras se pensaba "a ver si se va al vecino y me deja en paz la jodida pulga". No era fino y delicado tener pulgas, pero todo el mundo las tenía, al menos ocasionalmente.

Hoy seguro que no has oído hablar de ellas y si has oído mencionarlas te suenan como algo ajeno y no habitual. En otro tiempo, fíjate si era corriente la existencia de las pulgas, que un número muy sexy que representaba alguna de las artistas del cabaret, era precisamente buscarse la pulga que le molestaba sacándose ropa y revisándose la piel (un motivo para mostrar parte de la misma en zonas más íntimas).

También había las ladillas, aunque este parásito, que se fija en los pelos del pubis, era más bien fruto de relaciones sexuales en el prostíbulo que de otra cosa.

Pero aún había más que pulgas y piojos: los parásitos más temidos eran las chinches, no sólo porque picasen, sino porque el prestigio de una familia que tenía chinches, bajaba muchos enteros. Las chinches (te lo aclaro ahora, niño, porque seguro que nunca has oído hablar de ellas) eran unos parásitos algo más grandes que las pulgas, aplanados y que vivían en los resquicios de las maderas de las camas, con lo que aprovechaban la noche, cuando los humanos dormían plácidamente, para acercarse a ellos y extraer su ración de sangre que les permitiese vivir y multiplicarse. Contra las chinches no había más que una vigilancia estrecha y si se percibían, la cama era sacada al exterior exponiéndola al sol, donde desaparecían estos molestos parásitos. En mis últimos años de infancia apareció el ZZ o DDT, que era un antiparásito eficaz, pero que hoy está desechado por los graves riesgos que representa en su acción sobre las personas y en su persistencia en el medio ambiente.

No se suele llamar parásito, pero el ratón casero es como si lo fuese: está metido en todas partes y consigue su comida de donde sea; no nos parasita a nosotros pero sí a nuestros alimentos. Además destroza ropas, muebles, el suelo y todo lo que sea susceptible de ser roído.

Su presencia en las casas en otro tiempo era muy frecuente, casi era lo normal. Quizás favorecido por la construcción de las casas de antes, que no usaban suelos de cemento: entre las vigas se construían dos capas de madera, entre las cuales quedaba un espacio vacío. Este espacio, pensado como aislante, era la vivienda del ratón doméstico. Todas las casas antiguas, y buena parte de las nuevas, tenían ratones. Se conocía su presencia por varias manifestaciones: agujeros en algunas esquinas, ruidos de carreras por el suelo, excrementos en algunas zonas de la casa y más ruidos de roer por la noche. El ratón hacía agujeros (las entradas y salidas de su vivienda) en diversos puntos para facilitar sus merodeos nocturnos (la noche era el momento de su mayor actividad) y la posibilidad de escapar rápido en una situación de emergencia. Esta salida se veía favorecida por el silencio y la quietud de los habitantes de las casas. Entonces los ratoncitos se paseaban por la vivienda buscando restos de comida por el suelo y, sobre todo, en la cocina. No se podía dejar una bolsa de pan colgada, porque allí llegaría el ratón y se comería parte de la bolsa y parte del pan.

Recuerdo muchas noches entre sueños el ruidito del roer de los ratones. Era frecuente que cuando una mujer veía un ratón, daba un grito y se subía a una mesa. No sé el porqué de esta actitud. Decía algún psicólogo que podría tener relación a que entonces todas llevaban faldas y también a la tendencia natural del ratón asustado a meterse en los agujeros. Pero me parece muy rebuscado. A mi no me molestaban, aunque reconozco que si tenía ocasión lo mataba, pero solo para cumplir con mi deber.

Algunos años más tarde, mientras sufrí la elevada fiebre de un tifus abdominal que me tuvo en cama unas semanas, recibía la visita de un ratoncito que se subía a mi mesa de noche y se alimentaba de los restos de mi comida. En esos días, me encontraba muy solo y su visita era como la de un amigo, así que ya procuraba yo que le quedasen algunos restos para que siguiese viniendo.

Contra los ratones había matarratas, pero eran venenos muy potentes (como la estriknina) y supongo que daba miedo tenerlos por una casa donde había niños. Por tanto, con frecuencia había una cierta tolerancia ante la presencia de ratones y sus ligeros ruiditos. Los gatos eran la solución: donde había un gato difícilmente se



encontraría ratones, pero había que aguantar al gato. También había ratoneras, algunas eran unos aparatos mecánicos que encerraban al ratón en una jaula (y entonces había que matarlo ahogándolo) y otras eran muy desagradables, porque aplastaban al roedor, llenando la zona de sangre.

Hoy la situación ha cambiado: supongo que la construcción moderna, toda de cemento, fue lo que más contribuyó a que desapareciesen y, por supuesto, los venenos modernos que los eliminan casi sin problemas para las personas.

Y nos queda por citar a algún otro animal, acompañante en nuestras casas como, por ejemplo, las cucarachas; este insecto dictióptero, de color negro y de 2 a 3 cms, era habitual en nuestras viviendas. Habitaba principalmente las cocinas.

Recuerda niño que, antes, las cocinas no funcionaban a butano, sino a leña, piñas o carozos de maíz. Por lo tanto, en el suelo cercano a la cocina había una leñera donde se ponían todos estos combustibles que se acumulaban durante meses, porque cuando ya se iban reduciendo, se compraban más y se volvía a rellenar. Ese era el sitio preferido de las cucarachas. También había otros sitios que le servían muy bien de vivienda: las grietas, las fisuras en el cemento o la madera, los huecos entre la cocina y el cemento, en fin, cualquier espacio pequeño que le permitiese introducir su cuerpo aplastado, era adecuado. Las casas viejas, tenían multitud de grietas y agujeros, muchas veces agrandados por los ratones, y por lo tanto las casas estaban en buenas condiciones para ser ocupadas por amplias poblaciones de cucarachas. De día era raro verlas pero, por la noche, salían todas a recoger su alimento; una cocina, especialmente si no estaba muy limpia, tenía grandes cantidades de manchas y restos de materia orgánica que eran el sustento ideal de las cucarachas. Sobre todo las viejas cocinas, con *lareira*, hechas con piedras que tenían huecos entre ellas, y donde era imposible limpiar como se hace hoy con los azulejos de superficie brillante y perfectamente ajustados entre sí.

La noche era el momento de las cucarachas y así, si nos acercábamos a la cocina, por ejemplo, a buscar agua, veíamos sus negras sombras moviéndose por cualquier lugar del suelo o las paredes. El instinto de machacarlas y matarlas era inútil por su gran número y abundante reproducción. Había ocasiones en las que con la escoba se juntaban, se metían en el recogedor y se tiraban al fuego. Pero esto no servía de nada. No había buenos insecticidas y la limpieza y la lejía por el suelo eran los remedios de aquellas sufridas amas de casa. Como no salían de día, se producía una cierta tolerancia y adaptación. De noche no las veíamos y por la mañana solo quedaba alguna que otra que había fallecido o se había retrasado en recogerse.

Hoy la imagen de las cucarachas ha desaparecido porque las condiciones de las cocinas son mejores: no hay grietas, no hay agujeros y no hay lugar por tanto donde una población pueda guarecerse. Por otra parte, vienen los Servicios de Desinsectación que con excelentes productos que sólo actúan sobre los insectos y nunca sobre los mamíferos, pueden hacer una erradicación de cualquier problema con presencia de estos animalejos. Ahí tenemos una profesión que antes no existía: el Desinsectador.

A los niños de entonces, las cucarachas nos servían para jugar y a veces competíamos para encontrar algún ejemplar albino (raro pero existente, en medio de aquella población de individuos negros).

Otros parásitos que también hoy existen son los mosquitos. Aunque entonces el número y la dificultad para eliminarlos era mayor (partida de caza por la noche con una almohada o una toalla dando golpes por las paredes). Hoy se eliminan más fácilmente, pero se ha

perdido el sano ejercicio de la caza a golpes por toda la casa dejando muchas veces las paredes moteadas de manchitas rojas y, a los practicantes de este deporte, sudorosos y con la sensación del deber cumplido.

No hablaré casi de las arañas, de las que las casas de los pueblos próximos al campo tenían abundante provisión. Claro que una intensa limpieza las hacía desaparecer pero... ¿qué ama de casa tenía tiempo para hacer todo esto?, sobre todo si era viuda con tres hijos, como mi madre. De esta forma, las arañas no representaban a un parásito, sino casi a un animal casero al que conocíamos y que a veces los niños alimentábamos proporcionándole moscas y moscardones (que también abundaban en aquella época de escasez de insecticidas). No dejaba de ser una experiencia vital cazar la mosca, quitarle un ala para que no volase y depositarla sobre la tela de la araña para ver como ésta la cazaba, envolvía en su hilo, y se la llevaba para una comida improvisada. Aunque no éramos naturalistas, ya distinguíamos las arañas "patudas", de patas finas y largas, que casi no tenían tela y envolvían enseguida a sus víctimas formando un ovillo, y las otras, las que tenían como una cuevecita al fondo de la tela donde se refugiaban y de donde las hacíamos salir, a veces engañándolas con leves movimientos de la tela con un palillo. Todo este estudio de biología casera, querido niño, hoy te va a ser más difícil poder realizarlo como hacíamos nosotros, debido a que las casas suelen carecer de arañas. Pero te queda el campo, no muy lejano a los pueblos. Aunque sospecho, que los niños de hoy, influenciados por los cuentos de tarántulas y demás arañas peligrosas, le tenéis más miedo a estos artrópodos que el que le teníamos nosotros.

Y para finalizar, ya que hablamos de bichitos, no nos olvidemos de los más pequeños, las hormigas. En la ciudad no son corrientes, pero en los pueblos, en las casas que tienen huertas o jardín, las hormigas pueden entrar por la cocina y allí buscan lugares donde hay alimentos (y en la cocina suele haber muchos). Hoy todo se reduce a poner unos insecticidas. Antes esto no era posible y así se preparaban trucos para que las hormigas no llegasen a los alimentos, por ejemplo, el azúcar se ponía en el azucarero en el medio de un plato con agua y de esa forma se pretendía protegerlo; esta protección solía durar poco porque el polvillo formaba una capa sobre el agua y las hormigas terminaban aprendiendo a caminar sobre esa capa y así llegaban al lugar que les interesaba. ¡Menos mal que eran negras y se podía distinguir bien!. ¿A que no conoces el sabor de las hormigas?. Todos nosotros lo conocíamos, porque en una u otra ocasión, con el pan o con el azúcar, alguna habíamos masticado.

## Capítulo 20

### La basura

Y ya que hablamos de lo antes y de lo ahora, y tenemos que tratar muchos temas, veremos que algunos son de gran importancia, de alto nivel, como si dijéramos, de categoría, pero algún otro, es de lo más bajo y más asqueroso como, por ejemplo, la basura.

Seguro que pones cara de sorpresa. Te dirás ¿la basura?, Pero... ¿cómo es eso? ¿Había diferencias entre la basura de ahora y la de antes? ¿Es que puede haber tantas diferencias como para que merezca la pena un comentario? Las diferencias no te las puedes ni imaginar. Ya sabes que actualmente se calcula que cada persona produce de dos a tres kilogramos diarios de basura, esto significa para una ciudad como Vigo, que se producen cada día unos 700.000 kilogramos de basura. Ya sé que lo sabes y que además sabes que hay todo un dispositivo de recogida y reciclaje de estas basuras: bolsas caseras para guardarlas, contenedores en las puertas de las viviendas y en los bloques, normas para la separación de los residuos, servicios de recogida municipales, lugares de depósito y reciclaje, estudios para la reutilización de todos estos restos, etc., etc.

Bueno, pues hace 60 años, en un pueblo como Caldas de Reis o A Guarda, la situación era de que la basura no era un problema, porque prácticamente no existía. Te explico esto: en primer lugar no había plásticos, ni polispán, ni materiales rotos hechos con plásticos y que ya no servían, ni bolsas; todas las envolturas eran cajas de madera o cartón. Como había pocas, en las casas se aprovechaban una y otra vez, y si alguna, ya vieja y rota, no servía, entonces se consumía como combustible en la cocina económica. Lo mismo pasaba con los cordeles que también se aprovechaban y se guardaban enrollados para una ocasión futura; por otra parte, se guardaban las botellas (servían para envasar el vino de casa), los pocos frascos que pudieran haberse utilizado tenían otros destinos (servían para guardar los botones, las hebillas y cualquier otro pequeño resto con visión de futuro) y también para guardar conservas, mermeladas u otros productos de cocina; no había latas de aluminio del tipo cerveza o Coca-Cola; todo lo que fuese de madera se quemaba, todo lo que fuese de ropa vieja, se convertía en trapos para la limpieza, el fregado, etc. ¿Y los restos de las comidas? ¿Y las mondas de las patatas y de los plátanos? ¿Y las rasas del pescado y un trozo de hueso? Todo lo que tuviese un origen orgánico iba a la "caldereta del cerdo". Allí finalizaba todo aquello que tenía algo que ver con alimentos, y todos los días o cada dos días, esa caldereta era llevada a la cuadra, donde el cerdito de la familia o de los vecinos se lo comía todo para, a continuación, metabolizarlo y convertirlo en carne y grasa que servirían en el futuro como base de la comida familiar. ¿Y los que no tenían cerdito? Había algunos, pero también lo guardaban y algún vecino o pariente que lo tenía, lo agradecía y venía a buscarlo periódicamente. Así no había problema con los restos orgánicos.

Bueno, había algunos restos de alimentos que no podía comer el cerdo, como las mondas de las castañas, las cáscaras de las nueces o de las avellanas. Pero como eran combustibles, la cocina las esperaba y las quemaba en cualquier oportunidad, con cualquier comida, o ya se dejaban dentro del fogón si la cocina estaba apagada. ¿Y las conchas de los mejillones o los restos de los percebes? Todo esto iba al campo y servía de abono.

De esta forma, no había restos, no había sobras, ¡no había basura!.

Existían unos empleados municipales que se llamaban barrenderos y que ya cité con anterioridad. Pero ellos se limitaban a pasar con un recogedor y una carretilla, y recogían todos los pequeños restos, un papel, una colilla, una cagada de un perro, etc., que quedaba por la calle. Nada más. Como escoba usaban ramas de arbustos naturales. Ni siquiera había en los pueblos un lugar donde tirar algo, un cestón, una papelera, un punto para basura, dado lo poco que había que tirar.

Los basureros se inventaron poco después, cuando empezaron a aparecer las sobras, había menos cerditos, más plásticos, más cajas y envoltorios, más envases de yogures de plástico, más botellas de plástico, más bolsas de plástico y más botellas de vidrio que ya no hacían falta. Y fue una cosa tan improvisada que los ayuntamientos empezaron a tirarlas en cualquier sitio alejado de la población hasta que se dieron cuenta que representaban un volumen muy importante y requería un lugar adecuado y que después fuera recuperable. Y así fuimos avanzando de forma negativa hasta que llegamos a la situación actual que tu conoces.

Hoy si paseas al anochecer por la ciudad verás grandes montones de cajas de cartón o polispán que se acumulan en las puertas de los comercios y los inevitables recipientes llenos de bolsas de plástico, que a su vez están llenas de restos alimenticios, envases, papeles, casi a reventar y que están delante de las viviendas. Algo insólito hace 60 años.

Hay otro tipo de basura (más bien suciedad) que, al revés, hay ahora y no existía antes: es la basura visual de los "grafitis". No me refiero a esos murales que a veces aparecen pintados en paredes o vallas y que están muy bien, a veces son preciosos y altamente decorativos. A esos los prefiero antes que a la valla vacía. Me refiero a que hoy, muchos mozalbetes de tu edad, tiene la mala costumbre de llevar *sprays* y poner su firma por todas partes, sin respetar puertas, paredes, bancos, etc. Esa es una penosa costumbre que no existía antes. A esos niños, si pudiera reunirlos a todos en uno, le diría que si quieren destacar su firma, primero que hagan algo que merezca la pena que sea firmado. Y después que lo firmen. Pero andar manchando paredes de casas y edificios que no son suyos, gratuitamente, nada más que porque sí, merece la más grande desaprobación (y después de decirle esas cosas, cogería un spray negro y les firmaría en su camisa).

## Capítulo 21

### Los parientes

Antes los parientes eran una institución. Ahora también, pero se vive con más independencia. En nuestra etapa infantil, cuando llegábamos al pueblo (por ejemplo en nuestras visitas a Caldas de Reis) se nos daba una lista enorme para que mi hermano y yo fuésemos visitando una a una las casas de nuestros parientes más allegados (y también las de algunos no tan allegados). Bueno, pues nos cargábamos de paciencia y empezábamos nuestro recorrido.

-¡Uy!, ¡Mira quienes están aquí; ¡Los niños de Margarita...!.  
Y a continuación, una serie de besos y apretones diversos al tiempo que se pronunciaban frases como:

-¡Que guapos! ¡Que crecidos!..., ¡Cómo se parece éste a su madre!..., a mí me recuerda a su tío Jacinto...!.  
Algunas veces incluso conseguíamos un duro o dos (traducción para los lectores jóvenes: Dos duros = 10 ptas. = menos de un centavo de Euro: ¡Eran otros tiempos!).

Siempre tratábamos de evitar estas visitas que nos hacían perder tiempo de juego, pero al final comprendimos que la presión familiar era enorme y era imposible eludirlas: había que cumplir...  
Había muchos parientes: es que las familias eran muy numerosas, y además la gente se movía menos del pueblo, por lo que se concentraban más allí.

La familia era algo próximo, un conjunto de gente conocida, hermanos, tíos, primos, cuñados..., incluso se metían en el lote amigos muy íntimos sin un grado de parentesco conocido. Se hablaba mucho de todos y con todos. Además, había muchas reuniones familiares ¿porqué? En parte porque no había televisión y en los pueblos pequeños no tenían mucho más que hacer, así que antes que pasarse un día tras otro sin moverse de casa, era más divertido visitar a los parientes de vez en cuando. Por otra parte, eran muy importantes las tertulias donde se hablaba de todo, se mantenían los lazos familiares, y se informaba de todo lo que le pasaba a otros miembros de la familia; en aquellos tiempos no había móviles y muy pocos teléfonos, por eso las noticias iban más bien de boca en boca. Sabíamos el que estaba o había estado enfermo, el que había tenido un disgusto, el que tenía un hijo o una hija estudiando en Santiago o había emigrado a América. Todos sabían todo de todos. Las reuniones y las visitas eran como una competición de compartir noticias y conocimientos de todos los parientes y conocidos, de las buenas y de las malas, las que se comentaban riendo o las que se decían muy serios y bajando la voz.

-¡Ay! ¡No sabías? .....

Este era el comienzo de una frase informativa.  
De la mayoría de las cosas se hablaba directamente. Pero había algunas que sólo se mencionaban de una forma indirecta, como dándolas a entender. No todos los temas eran totalmente libres. Algunos tenían algo de tabú, pero al mismo tiempo, no se podía dejar de informar.

Entonces se comentaban las cosas veladamente:  
-Bueno... esa... cualquier día nos va a dar una sorpresa... yo no sé nada, pero me imagino... a veces comentan que los vieron...  
Todo este conjunto de frases inacabadas y consecutivas venían y querían decir algo así como:  
-Sé que anda liada con fulanito, pero no quiero que creáis que soy una cotilla, y por otro lado, tampoco quiero que creáis que os oculto cosas que los familiares debemos saber.  
Parece mentira lo complicada y diferente que es la traducción dentro del castellano de unas frases inacabadas y casi no pronunciadas y de las intenciones que conllevaban.

Los parientes eran de dos clases: los más próximos, con lo que había gran confianza y simplemente aparecían en la otra casa de visita, o todos los días o con mucha frecuencia. Pero había otros, con los que había más distancia (de parentesco y probablemente de confianza) con los que, al igual que otras amistadas, las visitas requerían un anuncio previo ("anunciaron su visita"), y tenía que saberse cuando vendrían, para que se cumpliera el protocolo, se les recibiese en la sala buena (retirando las fundas de las sillas que estaban puestas a diario), y se les ofreciese una bebida y unas galletas Cuétara, de las que siempre había en casa una caja para estas situaciones ("por si viene una visita").

En este último caso, se aprovechaba cualquier encuentro en la compra, en la calle, para decirles:

-¿Estaréis el viernes en casa?.. porque entonces vamos a hacer una visita.

Éste era el anuncio protocolario y necesario cuando no había una confianza extrema y se debía producir unos días antes del evento para dar tiempo a preparar el ambiente. Preparar el ambiente era imprescindible. Por ejemplo, los suelos eran de madera, se fregaban y después se enceraban de vez en cuando (esto es, dar una capa de una especie de líquido grasoso que lo dejaba todo más oscuro y brillante). Así, cuando se preveía una visita, la casa estaba preparada, el suelo limpio y brillante, y esto hablaba en favor de sus dueños, y quería decir que eran limpios y hacendosos. ¿Y como se mantenía el suelo brillante? Si se entraba con los zapatos sucios de la calle, el suelo se mancharía y perdería el brillo, llenándose de arena. Para evitarlo había que cepillarse bien los pies antes de pasar la puerta y ya dentro, en la entrada de la vivienda, en el suelo, había dos rectángulos de tela que eran para sacar brillo. Así, si yo entraba, ponía los pies sobre ellos y en lugar de andar normalmente iba patinando, haciendo resbalar los pies sobre el pasillo. De esta forma no manchaba y además contribuía a hacer el suelo de madera más brillante. Todos los de la casa que tenían que pasar por allí, andaban de esa forma y así el suelo estaba precioso, limpio como una patena. Pero claro, no iban a llegar las visitas y encontrarse con los cuadraditos aquellos en el suelo de la entrada. Eso sería una cosa fea. También, de igual forma, estaría mal que las visitas se encontrasen que, en el comedor de lujo, que no se usaba más que en ciertas ocasiones solemnes, todas las sillas tuviesen su funda puesta (para que no se llenasen de polvo) y estuviesen en penumbra (con las persianas bajas) y a oscuras (para que los muebles no se estropeasen con la luz). De esta forma, avisando con tiempo, se ocultaban los felpudos, se sacaban las fundas y se abrían las ventanas y, cuando las visitas llegaban, se encontraban una casa con todo un lujoso comedor, bien iluminado y un pasillo brillante y cuidado.

Claro que esto no engañaba a las visitas, porque a su vez, ellas en su casa hacían lo mismo, pero una cosa es saber que cuidas tus muebles y otra es que, al recibir a la gente, no presentes el aspecto de tu vivienda lo más adecuado posible y de acuerdo con tu categoría social.

Los niños teníamos una misión fundamental en el mundo (supongo que eso creían en nuestra familia) y era hacer recados a nuestros mayores. Así cuando surgía algo, nadie se privaba de decir:

-Niño, llévale esto a la tía Marina.

O también:

-Vete a casa de la tía Marina que tenía que enviarte a unos recados.

Los recados podrían ser comprar unas cerillas, llevar cualquier objeto, un trapo, una comida a un conocido, o pasarle una carta a alguien. Nadie suponía que ese viaje era motivo de un premio especial o que podíamos negarnos. No, los niños estábamos para hacer los recados. Y lo curioso es que a los niños no nos molestaba eso; estuviéramos haciendo lo que fuere, lo cierto es que todo podía esperar, y el hacer el recado (también llamado mandado, porque era algo que te mandaban) era un cambio agradable de ocupación y que asumíamos sin la menor protesta. Nos convertíamos en lo que se llamaba un "propio". Así le decía una tía mía a otra:

-No te preocupes que mañana te mando eso por un "propio".

Nosotros éramos eso: un recadero propio.

Había que ser así con los parientes. A fin de cuentas los parientes eran la familia de uno. Y la familia está para las ocasiones.

A veces había parientes con los que nuestra familia "no se llevaba", lo que quiere decir que había diferencias o las había habido en algún asunto. En estos casos había varias categorías: una, se saludaban, pero sin entusiasmo; otra, se saludaban, pero fríamente; otra, hacían como que no se habían visto; y finalmente otra, las que mostraba claramente las peores relaciones posibles: no se saludaban. Esta última era la más grave y suponía que podría haber habido problemas serios, probablemente problemas de herencias (que era el mayor motivo de disputas entre las familias gallegas). Eran la parte de la familia con la que "no nos hablamos".

## Capítulo 22

### La política

Hola nieto, si hoy te pregunto si sabes que es la política, seguro que me contestas:

-Sí, eso del congreso y las votaciones.

No es una contestación muy clara, pero seguro que lo entiendes. Tus padres ya te habrán explicado, contestando a las muchas dudas que tenías, y te dijeron como se escogen a los que gobiernan; también como se hacen las elecciones y las votaciones que ves que se producen de vez en cuando, y estoy seguro que hasta tienes partido (bueno, lo has oído en casa y por eso te parece que ese es el de los buenos). Sabemos que tienes una idea de la autoridad: tus padres, tus maestros, la policía, el alcalde de tu pueblo, y el gobierno. También sabes que éstos últimos cambian o pueden cambiar después de cada votación. En general, seguro que la política te parece algo bueno.

Nosotros, allá en nuestra infancia, no sabíamos eso; teníamos una idea de que la autoridad era Dios y éste se la había cedido a Franco. Y lo suponíamos porque eso se decía en las monedas: "Francisco Franco, caudillo de España por la gracia de Dios". Este era el poder absoluto y, siempre que íbamos al cine, había una proyección en blanco y negro, que pasaban antes de la película y se llamaba NO-DO, que se encargaba de recordarnos que Franco era el jefe del Estado, que era muy pero muy listo, que hacía muchas cosas buenas, inauguraba pantanos, y además que pescaba muy bien.

También nos sonaban algunas palabras como "comunistas y socialistas", pero eran palabras que se pronunciaban en voz baja y mirando para todos los lados. Casi siempre para designar a alguien misterioso que no conocíamos.

Si hubiéramos tenido que responder sobre lo que opinábamos de la palabra "política" hubiéramos dicho que era algo malo. No sabíamos por que era malo y ni siquiera lo que era, pero nos sonaba a algo prohibido por Franco, y por lo tanto no podía ser buena cosa.

Por aquellos años, mi madre reunió dinero para comprar una radio. Y me encantaba estar frente a ella y buscar emisoras nuevas, sobre todo en onda corta, donde había muchas, aunque se oían medianamente mal o sólo a veces. En un papel, yo anotaba las que había encontrado. Era como si coleccionase emisoras, y tenía ya muchas EAJ (que era el prefijo de las emisoras nacionales, seguido de un número). Además, también me encontraba de vez en cuando algunas emisoras argentinas o de Puerto Rico; era muy divertido. Un día encontré una emisora que hablaba en español (de aquella no se decía castellano, porque oficialmente, el español era lo que se hablaba en España) y me sorprendió porque no era una EAJ, sino que se llamaba Radio España Independiente, estación pirenaica. Pero más me sorprendió oír unas palabras que nunca había podido imaginar, llamando a Franco dictador, asesino y cosas similares. Me quedé perplejo, porque yo había establecido una relación entre Dios (que era el que lo podía todo en el cielo) y Franco (que era el que lo podía todo en la tierra). No me podía imaginar que alguien pudiese decir aquellas barbaridades. Se lo conté a mi madre con cierta suavidad y me dijo:

-Bueno, son emisoras de gente que se fue de España y lo mejor es que no la escuches ni se lo cuentes a nadie.

Y ahí empecé a pensar yo que algo turbio había en la política, pero no sabía como era ni de quien dependía. También alguna vez oí hablar de mi tío Adolfo Mosquera, farmacéutico de Caldas de Reis, que era una excelente persona, al que los Falangistas le habían dado una paliza en tiempos de la guerra y hasta lo dejaron sordo; y esto sólo por tener unos pensamientos diferentes (liberal o republicano, creo que habían dicho). Y otra vez, hablaron de uno que era falangista y andaba con pistola. Incluso insinuaron que había matado a alguien. Aquello cada vez era más confuso, pero nadie daba explicaciones claras y así me quedé con la idea de que tenía que poner la oreja y seguir enterándome de todo lo que pasaba o había pasado (cosa que fui consiguiendo con el tiempo).

¡Que diferencia con tus conocimientos políticos de hoy!. Puedes saber o no saber, pero si preguntas te contestan. Si quieres información, tus padres te la pueden dar sin restricción alguna.

Más tarde, cuando empecé a estudiar bachillerato, había un libro que se llamaba Formación Política del Espíritu Nacional. No había forma de entender nada. Todas eran frases de José Antonio o de otros destacados Falangistas o personas del Régimen y no había que entenderlas, sólo había que aprendérselas: "España es una unidad de destino en lo universal", o "España es la reserva espiritual de Occidente". Traté de discurrir sobre lo que significaba cada una de aquellas frases que leía y no fui capaz: terminé repitiendo como un lorito la lección de cada día ante la imposibilidad de obtener algún significado o que algún profesor nos lo explicase. Claro que también supe después que nuestro profesor Nicolás Gutiérrez había sido un maestro represaliado por su pensamiento republicano. ¡Ahora me explico sus silencios y su sonrisa ante algunas preguntas sobre el tema!.

Por eso, para nosotros, la política era algo turbio, inexplicable, casi indecente, oscuro, en la que se mezclaban personas que eran enemigos del pueblo, de ese pueblo que sólo quería al Caudillo, el cual había sido designado por Dios para llevarnos a todos al cielo; mientras que, los políticos pretendían cambiar las cosas y condenarnos a todos.

¡Hay que ver como se pueden confundir las ideas!.



## Capítulo 23

### El respeto por las creencias de los demás

Hoy niño, vives en un mundo democrático, estás acostumbrado a observar en tu familia detalles en los que se aprecia el respeto por las ideas y las creencias de otros, y esto es una enseñanza. A veces oirás decir:

-No digas esas cosas que, aunque a nosotros no nos importa, hay otras personas que creen en eso y no se les puede molestar.

Esto es respetar; ésta es una forma de enseñar tolerancia, admitir la diversidad y ejercer el respeto por los demás, y por sus opiniones y creencias.

Sin embargo, en la sociedad de mi infancia esto no ocurría. Había unos principios inamovibles que se mantenían contra todos y sobre todos. Estos principios eran unas veces políticos, otras veces religiosos y otras veces sociales.

Entre los principios políticos inamovibles: no se podía discutir al régimen, no se podía cuestionar a Franco, no se podía ir en contra de los Principios Fundamentales del Movimiento, ni de José Antonio, ni de la Falange, ni de la Religión, ni de los curas. El estado estaba representado por el Gobernador Civil, la Guardia Civil, la Policía del Estado, el Alcalde, y los Municipales del Ayuntamiento, incluso los curas y los maestros, eran los responsables de que no hubiese ningún tipo de trasgresión de los mandatos del Jefe del Estado y todo su séquito. En las escuelas era obligatorio tener una cruz y el retrato de Franco. La realidad era que muchos no estaban de acuerdo, pero tenían que disimular y, todo lo más, hablar bajito con amigos de confianza. Yo no lo sabía cuando era niño. Después empecé a sospecharlo.

La opinión oficial que había que difundir era: Franco era Generalísimo de España, todo lo que se le diese era poco, era el salvador, el defensor de la cultura, del españolismo, el que había llevado a España a la paz y mantenido la religiosidad en contra de los enemigos del país y de múltiples conjuras judeomasónicas y comunistas. El Mal estaba representado por el demonio, los comunistas, los socialistas, los demócratas y todos los extranjeros e infieles. El Bien estaba representado por Dios, la Religión, la familia, el Estado Católico, el Movimiento y sus principios fundamentales, la Iglesia, el Santo Rosario en familia, el Papa, la tradición y las buenas costumbres (y también las clases sociales altas).

Hablar de los principios religiosos sobraba, porque ya en los mismos principios políticos se incluía la Religión; y ambos eran defendidos por los Cardenales, los obispos, los curas y todo el conjunto de beatos y beatas que estaban por todas partes. De esta forma está claro que no se podía ser ateo porque estaba mal visto. Cuando una persona no iba a Misa (que era el acto externo por excelencia de la Religión) se le miraba mal, y se terminaba excluyéndolo o no considerándolo normal, por lo cual todos (creyentes o no) disimulaban y aparecían el domingo por la iglesia para cubrir el trámite social de oír Misa. A lo mejor en las ciudades esto no se notaba tanto, pero en los pueblos era notorio quien iba o no iba. Las mujeres eran de una beatería increíble, los hombres cumplían menos, pero si mantenían un mínimo, se les toleraba con la frase "ya se sabe, los hombres son así". Los niños eran obligados por decreto familiar a cumplir y admitir todos los pensamientos, palabras y obras que requería la Religión y las buenas costumbres.

Hoy en día, tus padres te orientan y a medida de que te vas acercando a una edad más avanzada de la adolescencia, van dejando que tengas tus propias opiniones y tus pensamientos. Todo lo más, si ellos

creen que no es correcto lo que piensas, tratan de razonar sobre el tema para inducirte a un buen comprender.

En otros tiempos, en mi infancia, la moral tenía dos caras: una era la oficial y otra era la indecente. Esta última no era ejercida por todos, en la mayoría de las familias se trabajaba y la honradez era el horizonte hacia donde se caminaba. Pero en ciertos niveles la cosa no era así: se robaba sin problema siempre que esto fuese hecho por los altos cargos del Régimen. Pero si un miserable le robaba una gallina a un rico, ya podía prepararse: la Guardia Civil tenía plena libertad para meterlo en el Cuartelillo y darle una o varias palizas, que sólo tenían que ser sugeridas por el Alcalde, cualquier alto cargo, o por cualquier persona rica del pueblo o con influencias (políticas o religiosas). No había límites en la actuación de los representantes de la ley si eran impulsados por los poderosos contra los miserables.

Era el imperio de la ley del cacique, del rico, del que ostentaba el poder. El pobre, el trabajador, el miserable, estaba supeditado a tener suerte, o a implorar del poderoso un apoyo para que su vida mejorase. Si tenía un amigo rico, ya tenía recomendación y podía prosperar.

Las normas religiosas se llevaban a extremos de prohibiciones civiles: los curas querían que no hubiese escándalos, que no hubiese divorcios ni separaciones, el sexo era reprimido de una forma absoluta, las niñas de familia bien tenían que estar en casa muy temprano, si salían con un chico tenían que ir acompañadas de un familiar o amigo de confianza (la llamada carabina). Los espectáculos estaban todos censurados, las películas se cortaban y se suprimían hasta los besos más púdicos (no he dicho púdicos) por el sistema de cortar un trozo de la cinta. Además los curas tenían una lista de las películas que se ponían en el pueblo y las calificaban en blancas (para todos); azules (para jóvenes); rosas (sólo para personas formadas); granas (peligrosas incluso para personas formadas) y negras (muy malas para todos). No te puedes imaginar en que se basaban: si había un beso, ya era rosa; cualquier otro signo de sexualidad ya se calificaba la película de grana (es decir que nadie debía ir). Las negras, yo creo que no circulaban y era una clasificación grave para amedrentar, o si tenían un matiz antireligioso o político.

Pero al mismo tiempo que esto ocurría, los ricos podían tener queridas oficiales o irse de juerga a los prostíbulos de las ciudades sin problema.

Los libros que se publicaban tenían que ser leídos previamente por la autoridad eclesiástica; la gente normal, religiosa y de buenos principios, no leían nada que no tuviese la autorización eclesiástica: "nihil obstat", que quiere decir "ningún obstáculo". Los intelectuales que tenían libros de diversos orígenes y que no estaban autorizados, se cuidaban mucho de divulgarlo. Es más, la Iglesia había publicado un "Índice de libros prohibidos" en el que estaban la mayoría de los autores que fuesen liberales, hablasen de libertad, no escribiesen glorias de la Religión, o tocasen temas como el sexo, el divorcio, o cualquier cosa que fuese pecado. Estos libros no se podían leer. ¡Cuántos habrán sido quemados por católicos de buena fe, pero incultos (que eran entonces la mayoría).

Mientras tanto, no había ningún tipo de protección estatal para el enfermo (y la tuberculosis hacía estragos en aquellos tiempos). El marinero que iba al mar si hacía buen tiempo, cuando llegaban los meses de invierno, con muchos días de temporal en los que los barcos pequeños no podían salir a faenar, no tenía ni para comer, pasaba hambre, mucha hambre, y consumía cualquier cosa. No tenía dinero para ropa y el calzado era un lujo: casi todos los adultos que yo recuerdo como habitantes de A Mariña y marineros de profesión andaban descalzos todo el año, verano e invierno. Solo los más pudientes, podían calzar

a sus hijos para que fuesen a la escuela. La cantidad de pobres de pedir era inmensa. Recuerdo que en nuestro pequeño comercio se daba limosna un día de la semana, creo que los lunes, y la cantidad fija era de 10 céntimos de peseta (niño, no te digo lo que era esa cantidad en equivalencia a la moneda de hoy porque te morirías de risa). Ese día, los pobres desfilaban en grandes cantidades y la caja estaba llena de monedas de "perra gorda" (así se llamaban) para entregar una a cada pobre. La miseria era galopante.

Total y resumiendo: había un pensamiento oficial que no se podía transgredir; había que ser religioso, ir a Misa, no se podía hablar mal de los poderosos y, por supuesto, de Franco y su Régimen; no había libertad para pensar ni para exponer los pensamientos.

Aquí sí que los niños de los tiempos actuales nos ganáis por goleada. No hay comparación. Disfrutarlo.

Pero si os fijáis, seguramente podréis encontrar en algunas personas mayores, resquicios de aquel pensamiento irrespetuoso con las ideas de los demás que todavía quedan. Buscarlos y los encontrareis.

## Capítulo 24

## La casa

Bueno, como principio, hemos ido alternando los temas más o menos de conceptos morales y espirituales con los más materiales. Ahora vamos a hablar de algo muy material: la casa.

Mira niño, probablemente crees que no hay gran diferencia de las casas de ahora con las de antes. Pues te recomiendo que te fijes en un detalle: ¿sabes lo que es una galería? Eso, es como una pared de la casa que está llena de cristales separados entre sí por maderas finas. Si, eso es una galería. Pues bien, la galería era una necesidad de las casas de antes, ahora ya casi no se hacen galerías por que no son muy útiles.

Te explico el porqué de este hecho con un ejemplo: si un día el coche de tu padre quedó cerrado en una calle en un día de invierno o primavera con algo de sol pero ventoso, al volver algo fríos por el efecto del viento, probablemente te sorprendió que al entrar en el coche, éste tenía una temperatura excelente y era muy agradable sentarse dentro y permanecer en él. Ese es el efecto-galería. Si entra mucho sol tras un cristal, los sitios a donde llegan los rayos del sol se calientan, y en la galería no entra el viento, así que la temperatura se eleva. En los largos inviernos de Galicia, era un placer inmenso poder disponer de una habitación de la casa en la que hacía calor o al menos una temperatura agradable. De esa forma, la galería era el punto de reunión de la familia, durante la mañana o la tarde. Y por eso, porque necesita del sol, las galerías están orientadas hacia el punto por donde el sol estaría visible el mayor tiempo posible; y por eso también, cuando ves una calle que tiene casas con galerías, casi siempre éstas aparecen en varias consecutivas.

Y ésta es la razón: como las casas de los pueblos de antes no tenían calefacción, por el día la gente estaba en la galería y por la noche en la cocina o en la *lareira*. No digo que no hubiese calefacción en ninguna casa; probablemente en las casas de gentes pudientes algo de calefacción podría haber, pero en la mayoría de las demás, no era así y la galería era una bendición. También es posible que en Asturias la abundancia de carbón facilitase la utilización de calefacciones. En Galicia, el calor era dependiente de la leña y ésta, a veces no estaba lejos, pero había que cortarla, transportarla o comprarla. En un cierto número de casas, la reunión de la noche de invierno no se hacía en la cocina, sino en un salón, pero casi siempre había un brasero o una estufa donde se ponían las brasas de la cocina y caldeaba un poco el ambiente. ¿Qué diferencia hoy, eh, chaval? Casi todas las casas que conoces tienen calefacción, o central, o de butano, o de leña, o eléctrica. En fin, que hoy hay siempre un sistema para mantener el calor y por eso la situación es muy buena y no se pasa frío.

Bueno, ¿qué más podemos decir de las casas de antes para compararlas con las actuales? Aparte de que tenían galerías y no tenían calefacción, podríamos añadir que en los pueblos eran muy bajas. La casa más alta de A Guarda tenía 4 pisos, y creo que era única (el cuartel de la Guardia Civil). Las demás tenían de tres para abajo, y en las aldeas uno o dos. Así no había ascensor, claro, eran pocas escaleras que subir. Y conste que el sano ejercicio que se hacía subiendo y bajando escaleras era más un beneficio que un perjuicio.

Ya hablé en otro momento de que no había agua caliente, y que tampoco había agua corriente, aunque en las aldeas a veces tenían un pozo. También conté lo de la cocina económica o la *lareira* (ésta más bien en las aldeas que en el pueblo). Y también en las aldeas, la

mayoría de las casas tenían animales, desde luego el cerdito siempre; pero, a veces, había una o dos vacas, o unos bueyes (para ayudar al trabajo del campo), o un burrito para ayudar al transporte del material agrícola. Los animales estaban en una dependencia de la casa, o en la parte de abajo, mientras las personas vivían en la parte de arriba. Esto parece que daba una mejor temperatura ya que la fermentación de la paja, e incluso los propios animales, producían algún calor.

La mayoría de las casas de los pueblos eran muy pequeñas y tenían como distribución la cocina-lareira-comedor, y habitaciones. Eso era todo. Además otra cosa a tener en cuenta es que, pese a que las casas eran más pequeñas, el número de personas que contenían era mucho mayor que actualmente. ¿Por qué? Primero porque las familias eran más numerosas, y así, dentro de una casa, había un matrimonio y 5, 6 ó más hijos. Pero además, los abuelos (casi siempre uno porque el otro había fallecido) también se quedaban en casa, ayudaban a criar a los niños, les enseñaban y tenían una labor de apoyo muy importante. En las aldeas llevaban el ganado a pastar y ayudaban en otros menesteres del campo. Y a veces también había una tía, por parte de padre o de madre, que no tenía donde meterse; en aquel entonces, las mujeres trabajaban poco y casi la única forma de salir de la casa paterna era casarse. Así, la que no se casaba se quedaba por allí a echar una mano. No había empleo fuera de casa para la mayoría de las mujeres solteras, pero en una casa con varios niños, había trabajo de sobra.

¿Cómo se arreglaban con casas pequeñas y más gente? Como podían. Varios niños compartían cama, una tía dormía en el comedor, o en la cocina, la abuela dormía con un niño y los padres mantenían en su habitación a los más pequeños. Esto no era siempre, pero sí frecuente.

Hoy hay más soluciones, y más medios. Y aunque los padres de ahora se quejan, lo cierto es que tienen más posibilidades de tener una vivienda propia, aunque sea con hipoteca, que en los otros lejanos tiempos en los que prácticamente sólo la conseguían por herencia. Antes, frecuentemente, la vivienda era de los padres, o del que quedaba, y allí se refugiaban los hijos y los nietos, mientras no conseguían algo mejor. Y si la cosa se demoraba y se moría el viejo, todo arreglado. En la familia todos colaboraban y el grupo funcionaba. También es cierto que se casaban antes (movidos por necesidades sexuales que hoy los jóvenes no tienen), pero su propia vivienda la conseguían mucho después (cuando la conseguían).

Así que, resumiendo: familias más grandes, más numerosas, varias generaciones (a veces) y casas más pequeñas, peor dotadas. Por eso, todos más apretados, y a llevarse bien, que no quedaba otro remedio. Posibilidades reducidas, y esperando herencias.

## Capítulo 25

## La Naturaleza

Otra sorpresa que te vas a llevar. En nuestros tiempos de hace muchos años no había Naturaleza. Bueno, me explico: había montes, costas, ríos, mares y muchos más lugares que ahora, en los que el hombre no había intervenido. Esto ahora se llama Naturaleza, pero entonces se llamaban montes, costas, ríos, etc., y si estaban sin haber sido afectados por el Hombre, los veíamos como algo negativo. Eran áreas salvajes, pendientes de ser dominadas. Esta visión era el resultado de muchos siglos en los que el Hombre estuvo a merced de una parte del mundo en la que no había podido penetrar, era el mundo salvaje, donde sólo se entraba luchando con las fieras para sobrevivir, y con los animales que cazaba para alimentarse. Además estaba siempre en riesgo con las fuerzas de la Naturaleza para no morir en una riada, en una tormenta o en un temporal. Por lo tanto, la Naturaleza era mala, causante de dificultades y había el sentimiento de que había que luchar con ella para salir adelante. Tanto hemos luchado, tantos millones de humanos y durante tanto tiempo, que lo hemos cambiado todo, y nuestra visión del mundo también ha cambiado y ahora vemos a la Naturaleza como algo que está en peligro, sabemos que cada vez tenemos menos zonas no alteradas y que necesitamos proteger.

Como ves, muchachito, hoy hay un cambio total en la visión del mundo en que vivimos.

Es cierto que la destrucción se ha llevado muy lentamente y mientras quedaban zonas poco afectadas no lo notábamos. En los últimos sesenta años (que es el período del que te cuento cosas) la revolución industrial, las fuentes de energía, la contaminación, el aumento de la población y el agotamiento de los recursos ha alcanzado unos niveles impensables en mis tiempos infantiles.

Pero en cambio teníamos una ventaja que no tenéis ahora: la Naturaleza era nuestra y podíamos disfrutarla. Un grupo de rapaces de 10 a 12 años no teníamos problema alguno en irnos a Segade (a varios kilómetros de Caldas) o al monte a cualquier lugar indeterminado, o seguir río arriba o río abajo, sin ningún impedimento. No teníamos que pedir permiso alguno, porque aquello era del pueblo, y nosotros lo disfrutábamos recorriéndolo, paseando, y haciendo el ejercicio que necesitábamos. La gente nos veía pasar y lo encontraba natural. No había peligros, no había extranjeros, no había casi delincuencia (bueno, había la de los políticos, pero no la que nos pudiese preocupar) y nadie pensaba que pudiera pasarnos algo. Cuando estábamos en A Guarda, recorriamos casi de noche 5 kilómetros para llegar a una fiesta en O Rosal, y volvíamos más tarde: nadie pensaba que nos pudieran secuestrar. Es más, las fincas estaban abiertas en su mayoría, y si queríamos comer una manzana o unas uvas no teníamos ningún impedimento en casi ningún sitio.

Hoy ¿a que es verdad? Tus padres te preguntan que vas a hacer y, a tu edad, no puedes desaparecer durante toda la tarde. Tienes que decir a donde vas y con quién. No es que tus padres sean más preocupados que los nuestros. Es que la tranquilidad actual es menor: hay cosas raras, gente que desaparece, niños secuestrados, personas que viven por aquí pero que no conocemos de mucho tiempo, porque acaban de llegar, gente que está de paso, coches con forasteros, y todas estas circunstancias causan una cierta sensación de inseguridad. A lo mejor también influye el hecho de que las noticias se difunden por todo el mundo: un secuestro de un niño en Portugal o en Canarias, se sigue en la televisión y se vive como si fuera de tu pueblo. Antes no se sabía nada y toda la gente del pueblo se conocía, con lo que la sensación de normalidad era mayor.

Y puesto ya a contarte contrastes y diferencias de entonces y ahora, te hablaré de los animales. Con ellos pasaba algo parecido como con la Naturaleza. Los animales de mi infancia eran de dos clases: los útiles (cerdos, caballos, vacas, perros, etc.) y los peligrosos (osos, lobos, zorros, ratas y otras alimañas) que podían causarnos problemas a los humanos o a sus propiedades. A los útiles se les respetaba y cuidaba, y a los peligrosos se les mataba o se les ahuyentaba. Bueno, había algunos animales útiles a los que había que matar para aprovechar esta utilidad, como a los peces, a los conejos, a las perdices y a otros que servían de sustento. Finalmente, había otros seres vivos que eran indiferentes, que no eran ni necesarios ni perjudiciales, que no se comían ni servían para nada. A esos se les ignoraba. En esta categoría entraban algunos animales pequeños, como ranas, libélulas, mariposas, pajaritos, etc.

Aquí tengo que reconocer que en este campo se ha avanzado mucho. Vosotros niños de hoy, sabéis mucho más de los animales que nosotros, tenéis libros que os hablan de ellos, que os cuentan sus características y sus formas de vida. Además sabéis que no hay animales peligrosos porque sí, sino porque a veces su fuerza o su necesidad de alimentarse, pueden causarnos problemas, pero que no son malos (como nos contaban a nosotros). Es más, tenéis muy claro que a muchos de estos animales peligrosos, hay que protegerlos más que exterminarlos. Esta inflexión de conceptos se ha producido precisamente durante mi vida: el lobo fue perseguido desde los tiempos prehistóricos hasta que yo era niño, para cambiar bruscamente en estos últimos años y convertirse en un animal que hay que proteger en vez de eliminar. Los animales de mi infancia sólo eran una fuente de proteínas; los animales de ahora son, unos pocos una fuente de proteínas y, la mayoría, algo interesante que debe ser conocido, estudiado, protegido y mantenido en su ambiente para que éste no deje de ser un ambiente natural.

Nosotros, en nuestra infancia, actuábamos sobre algunos animales (de estos que considerábamos indiferentes) con una gran crueldad. Recuerdo una zona de A Guarda, por la carretera llamada del "tenis" (que iba a Salcidos), donde había grandes y soleadas paredes de piedra de una gran finca llamada el Castillo, cerca de la carretera; allí podíamos ver una gran cantidad de lagartos de más de 30 cms de longitud y muy hermosos, con unos bellos tonos azulados en la cabeza y el tronco. Cuando nos acercábamos se escondían y volvían a aparecer al alejarnos, manteniéndose al sol a la espera de poder capturar algún insecto. Esa era una gran tentación. El espíritu del niño cazador que llevábamos dentro y que nadie se había preocupado de modificar, nos decía que había que matarlos, sin otra razón que el que nos costaba trabajo hacerlo; y así nos atrincherábamos al otro lado de la carretera y esperábamos a que apareciese el inocente reptil. Entonces, varios niños nos levantábamos y, a un tiempo, tirábamos piedras hasta que alguna vez daban de lleno en el pobre animal que moría despanzurrado. En ese momento, nos considerábamos vencedores de una lucha contra los monstruos de la naturaleza y saltábamos de alegría. Después ya no sabíamos que hacer con el pobre animal y le hacíamos un honroso entierro (que es lo que siempre vimos hacer con los muertos) con cruz y todo. Nadie nos habló nunca de lo inútil y estúpido de esa muerte innecesaria, ni del superior interés que supondría haber podido estudiar a aquel animal en sus hábitos y costumbres y, después de haberlo observado tranquilamente, dejarlo vivir, porque era una pieza más de aquel hermoso día de verano y de aquel ambiente natural de la zona. Supongo que actuábamos como los niños africanos de una tribu que se dedica a la caza y que, mientras son niños, practican sus habilidades de sigilo y puntería y se preparan para su futuro de cazadores, matando con sus flechas pequeños reptiles, como hacíamos

nosotros. También aquí la inflexión se produjo a lo largo de mi vida; este juego primitivo que nos movió cuando niños, ya no existía posteriormente. Y desde luego no existe en vosotros. Recuerdo cuando te acompañaba levantando piedras para encontrar caracoles, insectos o reptiles, como "cristalinas". Y que después, todo lo que hacíamos era observarlas, ver como eran, conocerlas, preguntar cosas sobre ellas y, finalmente, dejarlas en libertad sin daño alguno. Esto estimula el conocimiento del niño y supone una actitud muy diferente de la del niño primitivo, cazador, que ya evolucionó hacia el niño moderno, científico, observador y amante de la Naturaleza.

Hoy, querido niño, tus padres y tus abuelos tienen más tiempo de lo que tuvieron los nuestros, y de esta forma pudieron dedicarse a enseñarte y a que conozcas y aprendas a conocer todo lo que te rodea, no con la visión de un depredador, sino con la admiración de un espectador que ve a su alrededor la maravilla del mundo natural que existe y que necesitamos conocer para proteger y preservar.



## Capítulo 26

## Fiestas y cumpleaños

Las fiestas del pueblo, son aquellas que se celebran una vez al año, duran varios días y hay muchas atracciones, como coches de choque, caballitos, tiro, y finalmente baile. Ya sé que las conoces y puede que en este tema tenga poco que contarte, porque las cosas en estos terrenos no han variado mucho. Sí hay una diferencia. Las únicas fiestas que había antes eran las del pueblo. Así todos los niños estábamos ansiosos porque llegasen y poder disfrutar del ambiente y de las múltiples diversiones, aunque antes había menos cosas que ahora.

Al decir que eran las únicas fiestas que había, me refiero a que ahora los niños tenéis muchas fiestas además de las del pueblo. Tenéis una fiesta o varias en el Colegio, en los Carnavales, las fiestas de Navidad y muchos "cumple". Nosotros no. No teníamos cumpleaños, porque los padres no estaban para tantas bromas, así que cumplíamos los años discretamente, sin anunciarlo ni festejarlo. Tampoco existían esos sitios a donde vais ahora que están llenos de bolas donde revolcarse, juguetes grandes de aire, y un montón de formas de hacer ejercicio y pasarlo bien. Tampoco había columpios y esas otras cosas que hay ahora en los parques y en los sitios para jugar los niños. Todo eso es de ahora. Antes sólo podíamos revolcarnos en la arena de la playa. Eso sí, con más facilidad de la que tenéis ahora porque había menos gente. Pero de "cumple" nada.

Tampoco existían los Carnavales en el sentido que los disfrutáis ahora. Estaba prohibido disfrazarse, porque taparse la cara podría ser peligroso (según los de seguridad del Régimen de Franco) porque podrían ocultarse los delincuentes y los judeomasónicos contrarios al Estado y producir alguna revuelta. Había algunos bailes en las sociedades y casinos, pero poco animados porque si no te puedes tapar la cara, disfrazarse tiene menos gracia. En los años siguientes estas prohibiciones fueron levantándose, pero muy lentamente.

En los colegios tampoco teníamos fiestas, principalmente porque no teníamos colegios (tal y como los conoces tú hoy). En A Guarda había un colegio de PP Jesuitas en el Pasaje pero, en el pueblo, estaba únicamente el de las Hermanas Carmelitas, y su única fiesta era el día de la Madre Superiora. Recuerdo (con alguna vergüenza) que en uno de esos días de cumple tuve que ponerme a la cabeza de unos 10 niños y en la frente un letrero que decía TREN EXPRES, entrar en el salón haciendo "chucuchú, chucuchú, chucuchú" y, ya en el centro, cantar algo así como:

¡Oh! cuanto me gusta  
jugar a los trenes  
porque este es el juego  
que más me divierte  
Ya vienen gozosos  
al tren los viajeros  
a felicitar  
a la Madre Superiora

Y después de otras estrofas de una calidad poética similar, nos marchábamos haciendo "chucuchú, chucuchú, chucuchú". Y esto fue todo.

Después, como premio a nuestra interpretación nos dieron gaseosa y los recortes de las hostias. Como comprenderéis, esas fiestas eran cualquier cosa menos divertidas.

Yo he ido a tus fiestas del Colegio, querido nieto, y son estupendas, con competiciones, premios, teatro, participación en concursos, etc., nada que comparar con las nuestras.

En Caldas no había colegio. Se hizo una Academia para estudiar bachillerato, pero los profesores eran los padres de los niños que estudiaban allí y no tenían fiestas.

Y en cuanto a las Fiestas de Navidad, tampoco hay mucho que comparar. No había arbolitos, sí se solía preparar un pequeño Nacimiento, con musgo y pocas figuritas y después se cantaban algunos villancicos. Los regalos sólo para Reyes, y eran mucho más prácticos que ahora: frecuentemente, los Reyes (ignorando nuestros deseos infantiles y viendo sobre todo la utilidad de lo regalado) nos traían ropa. Juguetes los mínimos, algunos cuentos de la editorial Calleja (que eran muy pequeñitos), y soldaditos de papel para recortar; en general, eran cosas muy escasas y sin ninguna relación con la abundancia y variedad de los regalos que tenéis ahora. Claro que la situación económica del país y de las familias de entonces era muy diferente de la actual, por eso no tenemos más que agradecer a nuestros padres (bueno, a los Reyes Magos) el esfuerzo que sin duda hacían dada la coyuntura y capacidad adquisitiva de la familia.

Pero en las Fiestas del Pueblo nos desquitábamos: la banda desfilaba por la calle, había los bombos portugueses del Forrobodó que despertaban a todos los guardeses con su ruidosa alborada, y de noche en la Alameda múltiples opciones donde gastar las 5 ó 10 pesetas que habíamos logrado reunir (equivalencia: 0,03 a 0,06 céntimos de Euro), que, claro, entonces valían más que ahora. Pero al menos paseábamos y veíamos las posibilidades. Igual que antes de Reyes nos poníamos en los escaparates de la juguetería y empezábamos a escoger los que queríamos:

-Yo pido ese.

-Yo aquel de allá.

-Pues yo ese tren.

-Y yo aquel avión.

Y siempre se acababa cuando uno decía:

-Yo me pido todo.

-¡Todo no vale...!

Y así, con la ilusión y el pensamiento de que alguno de aquellos juguetes nos podría caer en suerte, pasábamos el tiempo.

Cuando ya éramos un poco mayores, descubrimos que la mayoría de las fiestas de los pueblos se celebraban en verano (razonable acierto en nuestra lluviosa Galicia) y de esa forma, podíamos no sólo disfrutar de las fiestas de A Guarda sino que, con pequeños desplazamientos, podíamos llegar a las de San Roque, Salcidos, Pías, San Miguel de Tabagón, el Rosal, Camposancos, etc., que se encontraban a unos pocos kilómetros (de 1 a 10 Kms) y eran corta distancia para nuestras jóvenes piernas. Así, el verano era más pródigo en posibilidades y en diversiones.

## Capítulo 27

## Los amigos

En la vida, un amigo no es todo, pero es mucho. Se dice que a la familia no la escogemos, y puede gustarnos o no, pero al amigo sí que lo escogemos.

En los pueblos pequeños, antes, teníamos pocos amigos. Muchos niños estudiaban en colegios en Vigo y no estaban habitualmente en A Guarda. Nos limitábamos a los que teníamos en la clase, pero de pequeños no teníamos la independencia de ahora, no había "cumple", no había fiestas en todo el invierno y así nos veíamos poco. A veces, con los que vivían en nuestra calle jugábamos partidos de fútbol, pero no era una verdadera amistad.

En verano las cosas cambiaban, porque se salía más, se iba a la playa y venían niños de otros lugares a veranear. Teníamos más tiempo para nosotros y de esta forma pudimos conocer la amistad, salir juntos, reír juntos, y hacer planes para el día siguiente.

Cuando ya íbamos creciendo, nos podíamos juntar para ir a merendar por cualquier lugar de los alrededores, al Tecla, a Camposancos, a la playa, etc.

Me puedes preguntar ¿en qué nos diferenciábamos antes de ahora con relación a los amigos? Quizás en que antes teníamos menos posibilidades de tener amigos, pero en verano, cuando de verdad los teníamos, erramos más libres para movernos por los alrededores del pueblo en bastantes kilómetros, ya que entonces no había secuestros, ni riesgos de encontrarnos con delincuentes, no había drogas, todos éramos de por allí y todos nos conocíamos.

Hoy los padres tienen más cuidados y más vigilancia, porque siempre temen que pueda producirse algún problema de esos que se cuentan en los periódicos. Pero en cambio tienen coche, y pueden llevaros a sitios, playas, fiestas y otros lugares de una forma más fácil y frecuente.

Sin embargo, también había algunos problemas con pandillas diferentes. Por ejemplo, los niños de "A Mariña" no se llevaban muy bien con los de "a vila" y frecuentemente el encuentro de dos grupos podía terminar con una pelea a cantazos, pelea que se acababa cuando uno de los contendientes recibía una piedra en la cabeza, y se producía la consiguiente herida y hemorragia. Eso sí, en el momento que había una baja, automáticamente se paraba la pelea y el sentido de la solidaridad hacía que todos nos congregásemos alrededor del herido, se buscaba algún trapo o pañuelo para cortar la sangre y se deshacían los grupos en el campo de batalla, cada uno por su lado. También hay que decir que el herido, se cuidaba mucho de decir nada en casa, porque encima llevaría unas bofetadas, con reprimenda y, de propina, probablemente un castigo. Aquí, en los movimientos finales a la pelea, sí que nos diferenciamos de los niños de hoy, porque hoy, el herido iría a casa llorando, luego lo llevarían a urgencias, donde le darían unos puntos, le pondrían una dosis de vacuna antitetánica y sería recluido en casa, como un enfermo. Además, se intentaría saber quien tiró la piedra para denunciarle. Por el contrario, en aquellos tiempos, todo lo que haría el niño sería disimular, ocultarse la herida con el pelo y pondría un gran cuidado en no decir nada. Mejor que lo ignorasen o el castigo que le pondrían por andar a pedradas le podía gustar menos que la pedrada.

Otro tema eran las amigas, las niñas. Hoy, los niños podéis tener amigas. Antes no. Los fundamentos eran: los niños con los niños, las niñas con las niñas, sin más explicaciones. Así se evitaban problemas (supongo que lo pensaban las madres). Por eso, las escuelas

o los colegios no eran mixtos, o eran mixtos pero cada uno por su lado. Claro que un cierto grado de masificación hacía que en algunas escuelas públicas, como la de Doña Aurora, aunque los niños estábamos a un lado y las niñas a otro, siempre había alguna forma de mezclarse. Y en Caldas, donde pasábamos épocas de vacaciones, aunque los niños y las niñas se mantenían jugando en pandillas diferentes, también había una cierta confluencia en las mismas calles del centro de la villa (la Calle Real) y, frecuentemente, un grupo en cada esquina, pero ya con buenas relaciones y contactos entre ambos.

Esto permitía que hubiese bromas entre los dos grupos, dentro de cada uno se supiese quién gustaba a quién y, al final, todo este tejemaneje de simpatías y gustos terminase haciéndose público (ojo, no público) y, de esta forma, se iniciaban los noviazgos platónicos. En A Guarda, la influencia de los emigrantes guardeses que regresaban como adinerados americanos y con costumbres más modernas, hizo que poco a poco se modificase esa separación por sexos y pronto hubo pandillas mixtas que hacían excursiones juntas, claro que casi siempre con una tía de alguna niña o alguna madre de algún niño: la clásica carabina que vigilase y se cuidase de que pudiese haber la más completa seguridad de que habría una ausencia absoluta de cualquier cosa que tuviese que ver con el sexo en cualquiera de sus manifestaciones. Ésta era una regla sagrada.

Estos cambios de las costumbres eran un poco sorprendentes. Había en A Guarda una señora que se llamaba Arminda. Poco más sé de ella que su nombre y que tenía la manía de vestir pantalones en vez de la habitual falda femenina. Eso le reportó un montón de problemas, porque las autoridades locales no podían tolerar tal inmoralidad y creo que fue buscada por los municipales e incluso alguna vez durmió en la cárcel por su manía. Ella era la única pionera en esta clase de vestimenta y, por rareza o por razonable principio, siguió vistiendo pantalones toda su vida. Su frase era siempre:

*-As miñas pernas naceron para pantalons.*

Así que, después de haber sufrido persecución y castigos por su inocente manía, cuando las niñas de los recién llegados de Puerto Rico y la República Dominicana empezaron a salir con pantalones, con la más completa aprobación del pueblo y de las autoridades, la buena de Arminda decía a gritos en medio de la calle:

*-¡Mira ti! A min metíanme na cadea e agora totalas señoritingas andan de pantalons!.*

Pero es que también en aquellos tiempos se hicieron cambios importantes de tolerancia con la llegada de las nuevas costumbres y después de que las viejas normas inquisitoriales rebajasen su presión.

Pronto entramos en la adolescencia y nuestro recurso, además de las niñas de las pandillas, a las que había que respetar y poco más, nos quedaban las fiestas, los bailes, donde parecía que todo estaba admitido. Una vez que empezaba la música, te enlazabas con una moza de la zona y ya no se tenía en cuenta que hubiese restregones, roces, manos que se perdían por aquí o por allá. Era como una tradición y una suspensión de las normas más rígidas de convivencia chico-chica. Y ese fue nuestro aprendizaje, reforzado con la posibilidad de algunos paseos por la penumbra (o los maizales) en las fiestas de las aldeas que estaban a varios kilómetros, por cierto, bastante mal iluminados.

Todavía tengo algún amigo que, quizá recordando sus tiempos de la adolescencia, dice que los maizales le ponen.

Todos los pueblos suelen tener algunos personajes que destacan por sus peculiaridades o diferencias con los demás. Como el pueblo es un grupo pequeño de gente (bueno, algunos pueblos), conociéndose todos entre sí (eso más bien era antes), la persona peculiar era también conocida por todos y siempre tolerada y comprendida, e incluso apoyada y ayudada.

Se suele comentar que, en la mayoría de los pueblos, hay el "tonto del pueblo", que era cualquier niño o joven que en su parto había sufrido una lesión cerebral y quedó con una inteligencia deteriorada o una lesión que le impedía una correcta movilidad.

No recuerdo que en A Guarda hubiese el clásico tonto del pueblo que había en muchos otros sitios, pero había un personaje muy especial que era "el Maluco". No sé sus apellidos, creo que su nombre era Arlindo, pero todo el mundo lo conocía por "Maluco". Tengo la idea de que era de origen brasileño, y yo creía que el nombre de "maluco" significaba loco, pero no estoy seguro porque lo he ido a buscar a un diccionario portugués-español y no lo encontré. En cualquier caso, el "Maluco" estaba como una chota, pero era inofensivo. Se limitaba a ir en las procesiones dirigiendo la banda de música (por delante del director, claro) y estaba presente en todas las manifestaciones en las que hubiese algún ruido, banda de música u orquesta, fiesta o verbena. Nunca vi que se metiera con nadie, ni que nadie se metiera con él. Y era un personaje apreciado y que no podía faltar en cualquier festejo.

En Caldas de Reis había otro personaje peculiar que se llamaba Juan Losada. Era un hombre muy tratable y educado, y además muy hablador. Con los niños tenía grandes conversaciones y nos contaba cosas extrañas e historias que no entendíamos bien. Sabía una poesía que recitaba de carrerilla, siempre que se le pedía, y que empezaba así: "*En Segade perdeuse un meniño, perdería...*", pero ya no soy capaz de recordar más. Él tenía una serie de frases y respuestas curiosas y simpáticas que todos procurábamos que se produjesen para reírnos. Por ejemplo, si le decías:

-Juan, estás fuerte.

Él contestaba:

-Si no estoy fuerte ahora no sé cuando voy a estar...

Y cien o mil veces que se le dijese aquello, contestaba siempre lo mismo, exactamente, en medio de la risa de todos los que ya esperaban esta respuesta.

Era un hombre muy querido. No hacía nada malo y se pasaba el día deambulando por el pueblo; lo utilizaban a veces como recadero o como ayuda para un montón de cosas, como para subir un mueble a una casa, trasladar un barco al río, o lo que fuese, con lo que ganaba sus propinitas. También entraba en todas las tertulias y daba sus opiniones curiosas e inteligentes, además mantenidas siempre de la misma forma. Por ejemplo refiriéndose a dos caldenses decía:

- Si me dan a escoger entre Fulanito y Menganito (prefiero no decir nombres), me quedo sin ninguno.

Tenía sentido del humor. El problema era cuando entraba en fase depresiva o esquizofrénica (no sé cual era técnicamente su problema), ya que entonces se creía que era un perro, y se paseaba en silencio, con expresión seria, mirándose las manos, llorando muchas veces. Era algo incomprensible para los que no entendíamos la patología de la mente humana. Además, en esos momentos, odiaba que le silbasen, como se hacía con los perros, pero algunas personas poco sensibles lo hacían para provocarle, lo que le enfadaba mucho.

Había también en Caldas de Reis un muchachito (cuando yo era jovencito) que se llamaba "el Marta" (no sé porque el nombre). Era retrasado mental y tenía una evidente microcefalia. Algunas personas

se metían con él. Una vez, unas chicas riéndose de él, le provocaron, por lo que envalentonado se echó contra ellas; como consecuencia el guardia municipal se creyó en la obligación de llevarlo al Ayuntamiento detenido. Allí, algunos graciosos le decían de broma:

-*Marta, vanche votar dous anos de cadea.*

Y contestaba él, con cara sorprendida:

-*¡Arrecarallo! ¿E non podía ser menos?*

No sé querido niño, si en tu pueblo conoces ahora alguno de estos personajes peculiares. Puede que no, porque nuestro tipo de vida era muy distinto. Nosotros de niños, no teníamos mucho que hacer y deambulábamos por la calle con frecuencia, y de esta forma, teníamos más oportunidad de conocer a estos individuos diferentes del conjunto, pero que eran curiosos y especiales, y que en casi todos los pueblos había uno o varios. Hoy tenéis la vida muy apretada, colegio, después la casa, la tele, internet, los videojuegos; si salís es para ir a jugar al fútbol, al campo, a la playa, etc. Probablemente, deambuláis por el pueblo mucho menos que nosotros y conocéis menos a la gente que os rodea. Es la contrapartida a tener muchas más ocupaciones.

Pero además de estos personajes que he citado, había otros que eran gente corriente, pero eran amables con los muchachos, abiertos al diálogo, con sentido del humor, gente excelente con la que los chicos nos encontrábamos a gusto aunque fuesen mayores; ellos nos enseñaban cosas, nos contaban cosas que nos interesaban y con ellos lo pasábamos bien. Quiero citar a algunos, como el tío Remigio, carpintero que, siendo muy pequeños, nos mostraba como se trabajaba en su carpintería; Alfonso de la Imperial, que era directivo de los equipos de fútbol y un excelente organizador de eventos; Arturo "Cajacebolas", que tenía un bar cerca de la Alameda, al lado del Estadio del Tecla, y que tenía comentarios graciosos para todas las cosas; Bernardino, de la Plaza Nueva, que nos ayudó infinidad de veces para que los balones de fútbol se arreglasen y estuviesen en condiciones de ser usados; Pepe Ribas, hombre jovial y con gran sentido del humor, que hace muchos años nos enseñaba como se revelaban las fotografías, y posteriormente otras muchas cosas (entre ellas a jugar al billar); todas sus anécdotas provenían de su amplia sabiduría popular y de un gran conocimiento de las cosas.

Lo cierto es que, a falta de lugares juveniles donde pudiéramos estar los niños y los chicos, nos buscábamos sitios de donde se podía estar con gente un poco mayor, y era una forma de aprender cosas, y también de pasarlo bien: así, algunos comercios servían de punto de referencia y lugar de reunión, también sociedades, como el Liceo de Caldas, el Casino de A Guarda, algunas tiendas, alguna peluquería, aunque también había tertulias en el malecón del Jardín de Caldas, en la zona del punto (bajo los camelios, o en el campo de la Feria). ¿En casa? ¿Qué podíamos hacer en casa? Bueno, leer, comer, dormir, pero para estar a gusto, mejor con la gente en la calle o en algún centro de reunión. Esa era la filosofía. ¿Verdad chico que ahora no os pasa así? Tenéis tantas cosas en el cole y en casa, que a veces da pereza salir a la calle... a no ser que quedases en ir a jugar al fútbol con los amigos (colegas les llamáis ahora). Si no es así, decís que sois "caserillos". Porque en casa lo pasáis bien.

Había un profesor que siempre recuerdo con cariño. Había estado de maestro muchos años no sé donde, pero finalmente vino destinado a A Guarda. Solo recuerdo que se llamaba Don Víctor. Era un hombre simpático, afable, conversador, y tenía un léxico exquisito. Si hablaba de su mujer decía "mi Dulcinea", su hija era "el retoño", para hablar del tiempo citaba "las calendas" y el cerdito era "el pequeño paquidermo". Si tenía una gripe, mencionaba que le "había depauperado

físicamente, ya que incluso era parco en el coito". Una vez hablando con alguien de la aldea donde había estado, comentaba de él:

*-É moi bó home... e moi listo..., e fala moi bem..., o que pasa é que non se lle entende.*

Otra persona que recuerdo con cariño y con pena, por lo mucho que tuvo que sufrir, fue Antoñito, el hijo de Doña Herminia y de D. Arturo Fernández del Valle. Antoñito era un adulto, y muy inteligente, pero padeció de muchachito una encefalitis letárgica, enfermedad que dejaba como secuelas la lesión de la vía nerviosa extrapiramidal. Con este problema no se podía mover bien porque no era capaz de relajar su musculatura. Si intentaba andar, a veces no podía frenar y terminaba corriendo; si se caía, no podía levantarse sin ayuda, casi no podía hablar, se babeaba continuamente, y frecuentemente estaba apoyado en una pared esperando que alguien le ayudase a cambiar de postura y poder marchar; pero a los niños nos sorprendía porque era inteligente y, si le dejábamos un papel y un lápiz, era capaz de hacer unos dibujos excelentes. Su vida fue un martirio sobre todo en aquellos tiempos en los que no había ayuda alguna.

## Capítulo 29

## Las ideas peligrosas

Dicen que donde hay unos niños siempre pueden surgir ideas peligrosas. Es decir, que un niño puede tener en cualquier momento una idea que puede poner en marcha sin mucho análisis y sin tener previstas las consecuencias. ¿Os pasa a vosotros ahora?

Y además dicen que si en vez de un niño hay varios, las ideas peligrosas se pueden multiplicar por el número de participantes presentes.

Como no estoy con vosotros mucho tiempo, no sé si realmente seguís teniendo esas ideas peligrosas que nos han caracterizado a otras generaciones de niños o si ya no tenéis tiempo para discurrir y creáis menos peligros. ¿Es verdad?

Te cuento algunas ideas peligrosas que tuvimos nosotros: una vez encontramos un libro que traía la fórmula de las distintas pólvoras y como prepararlas. Fuimos a la farmacia y pedimos 2 pesetas de..., bueno, de uno de los componentes (mejor es no divulgar las ideas peligrosas); nos sorprendió que nos lo despacharon y volvimos para casa con el producto; después, hicimos lo mismo con los otros y finalmente conseguimos tener un montoncito de pólvora. Hicimos diversos experimentos con diversas fórmulas, dejamos marcas en el suelo quemando algunas pólvoras, pero como eran materiales diferentes y sus formas de reaccionar también eran distintas, en algún momento alguno nos falló (más que fallar, no tuvimos en cuenta sus características y, por ignorancia, nos expusimos a riesgos innecesarios). Como consecuencia de estos experimentos, mi hermano se quedó con un dedo abierto por el medio tras una explosión, y yo casi pierdo la vista, tras otra. Pero tuvimos suerte y no pasó nada irremediable.

Otra vez se nos ocurrió emular a los tarzanes que veíamos en las películas bajar por una cuerda. Lo hice yo desde una altura de varios metros, pero no tuve en cuenta la fuerza con la que hay que sujetarse, y me vine abajo con velocidad mientras la cuerda me deshacía la piel de ambas manos: otro desastre que se podría haber prevenido si lo hubiese comentado con un adulto.

En la playa, a veces, nos tirábamos de cabeza al mar, con aguas turbias, sin prever la profundidad o lo que había debajo. Alguna vez choqué con el fondo, pero la cosa no fue grave, pero pudo haberlo sido: recuerda la película "Mar adentro", en la que eso mismo condicionó la vida del protagonista dejándolo inútil para toda su vida.

La forma de utilizar un cuchillo o una navaja es también motivo de muchos accidentes: yo me corté más de 10 veces los dedos y las manos por un uso inadecuado de instrumentos. Preguntar a los mayores y practicar previamente, es una idea preventiva buena.

Las armas siempre fueron un atractivo para los niños, primero porque es admirable que puedas causar a distancia daño a otro, porque dan una sensación de poder, y porque las usan los héroes de películas. Así, desde muy pequeños, aunque no teníamos armas, conseguíamos balas de los hijos de los Guardia Civiles que iban a la escuela y a los que se las cambiábamos por otras cosas. Más tarde, encontramos que había un viejo armero en A Guarda (creo recordar que le llamaban el tío Elías) que tenía pequeños revólveres que vendía por una cantidad



irrisoria, y fuimos comprándolos para tenerlos como un tesoro. Eran armas que no tenían munición y por tanto inservibles.

Pero en algún momento conseguimos una que disparaba: era un arreglo hecho por unos chicos cuyo padre tenía un taller (creo que se llamaba Isaac) y consiguieron que una pistola de aire comprimido formase el percutor. Y por delante se le acoplaba un cañón con rosca donde previamente se podía poner un proyectil de 9 mm (cartucho, 9 corto o 9 largo, todo valía). Con este artilugio ya nos sentimos poderosos. Alguna vez, en la escuela de D. Nicolás disparamos contra las puertas forradas de latón y allí quedaron las balas incrustadas.

Lo peor es que nuestras ideas peligrosas nos hicieron concebir que si poníamos un pistón, luego pólvora y finalmente perdigones, el disparo iba a ser mucho más efectivo. Y así lo hicimos, sin valorar que atascábamos el cañón y que el cierre de la recámara no era muy efectivo. Con lo cual, cuando disparamos, reventó la pistola y el cañón lo perdimos. Afortunadamente no nos pasó nada, pero es un ejemplo de los disparates que se pueden cometer siendo niño, osado y sin conocimientos.

En una ocasión alguien nos dijo que había un agujero en la falda del Monte Tecla. Fuimos allí y lo encontramos. Era muy estrecho, y apenas pasaba uno sólo, arrastrándose y rozando con las paredes. Posiblemente era una antigua guarida de zorros, pero era profunda, y se bifurcaba en su interior. El que se metía dentro desaparecía totalmente, pero avanzaba con gran dificultad apretado contra las paredes; y para salir tenía que hacerlo hacia atrás, de la misma forma que había entrado. De uno en uno nos metimos dentro y salimos muchas veces, y no nos ocurrió nada. Pero, nunca tuvimos en cuenta los peligros que se podían haber producido si uno se atascaba dentro, o le faltaba el aire, o se encontraba con zorros en su interior, o había emanaciones de gases peligrosos, etc. Porque ¡claro!, en esas cosas no habíamos pensado.

Por eso, te digo que no es mala práctica que cualquier idea que se os ocurra, antes de ponerla en marcha, mejor la comentéis con vuestros padres o vuestros maestros. Es más seguro y podéis evitar problemas posteriores.

## Capítulo 30

## El contrabando y la circulación de productos

Seguro que la palabra contrabando te suena a delincuencia, a tráfico de sustancias prohibidas y a cosas así. Hoy no existe el contrabando, ya que el tráfico de drogas es algo muy diferente. En nuestro mundo actual hay una libre circulación de productos en la mayoría de los países y lo que compras aquí lo puedes llevar a Portugal y lo mismo en sentido contrario. Pero antes no era así: un kilo de azúcar en Portugal costaba menos que un kilo de azúcar en A Guarda. De esta forma, la gente, si traía de Portugal 10 kilos de ese producto y luego los vendía en España, ganaba un poco de dinero. Eso era el contrabando que se realizaba a través del Miño en muy malas condiciones.

Recuerdo a María, una portuguesa residente en A Guarda, que nos hacía la limpieza en casa, que durante la noche cruzaba el río Miño por la parte menos profunda entre el Pasaje y Camposancos, aprovechando la marea baja, para pasar unos pocos kilos de azúcar u otro producto similar en un paquete que llevaba sobre la cabeza. Tenía que andar entre la ida y la vuelta desde A Guarda hasta el Pasaje (unos 6 kilómetros), después cruzar el río metida en el agua hasta la cintura y exponiendo su vida (no sabía nadar), para cruzar el pequeño lote de contrabando; llegaba de madrugada a casa, totalmente mojada, y todo ello para haber conseguido ganar unas 4 ó 5 pesetas. Era dura su vida. Y además, de vez en cuando, los Carabineros (los vigilantes de las fronteras que luego se integraron en la Guardia Civil) las cogían y entonces perdían el material que llevaban o tenían que untar al vigilante con dinero para que no las llevase a la cárcel, o acceder a otro tipo de prestaciones (las más jóvenes, claro). Y todo esto de noche, porque de día tenían que seguir su vida fregando suelos para asegurar el mínimo dinero necesario para comer. Desde luego, era muy dura su vida.

Las diferencias de precios y la escasez de algunos productos eran una medida ideal para que los municipios obtuviesen dinero como pago para la circulación de esos productos. Poco antes existía el Fielato.

Ya sé que te hablo de cosas de las que ni los nombres te suenan. El Fielato era un punto donde, en una caseta al lado de la carretera, se cobraba un impuesto (arbitrios municipales) y este cobro era ejecutado por un señor que ponía el Ayuntamiento y que estaba en cada una de las entradas del pueblo. Cualquiera persona que llevase productos agrícolas para vender en A Guarda tenía que pagar un impuesto municipal. Los agricultores de O Rosal, Portecelo ó Santa María de Oia, no tenían suficiente mercado en sus pueblos, mientras que en A Guarda no había suficiente agricultura para las necesidades de sus habitantes. Así que lo lógico era coger las verduras, las patatas, las zanahorias y otros productos de la huerta y ponerlos sobre un burro para que los llevase hasta A Guarda y allí venderlos. Pero la entrada en el pueblo estaba controlada por el señor del Fielato que entregaba un papelito autorizando la circulación y cobrando unas pesetas. De esta forma al pobre agricultor no le bastaba trabajar como un negro todo el año, y además tener que trasladar el producto muchos kilómetros andando, para al final tener que pagar más impuestos, y sin tener ni siquiera la seguridad de que iba a venderlo a buen precio.

Y no digamos de otros productos más valiosos: una radio estaba más barata en Canarias o en Tánger, pero los impuestos que había que pagar para traerla a la Península era una cifra a ser considerada.

Niño, ya ves la diferencia, las cosas no circulaban como hoy: prácticamente, la mayoría de ellas hoy circulan sin ningún control.

Y esa dificultad para la circulación de productos es la que te puede explicar (supongo que con tu sorpresa) porqué los niños de entonces de A Guarda, que éramos pobres (comparando con cualquier niño actual) nos poníamos, en algunas temporadas, inflados de comer percebes (cosa hoy excepcional). Explicación: ya sabes que los percebes se cogen en el mar en días de aguas calmas y mareas vivas. Cuando se daban estas circunstancias, había muchas personas recogiendo y mucha oferta del producto. Por eso, habiendo mucho material que vender, no había suficientes compradores en la plaza del pescado y se iba por las casas ofreciéndolos a precios bajos. Y era cuando los comíamos. Probablemente, esos percebes en Orense o en Madrid adquirirían precios astronómicos o sería imposible encontrarlos. Pero no había circulación ni medios para llevarlos allí, y se quedaban en A Guarda, donde eran vendidos a precios mínimos y, casi seguro que una buena parte de la captura, en días de mar muy calmo, se quedaba sin haber sido vendida, y la utilizarían los propios recolectores para su propio consumo.

Tampoco habrás oído mencionar la Cartilla de Racionamiento, que conocimos poco antes. Imagínate como estábamos después de una guerra que desbastó al país, disminuyó la producción, anuló el comercio exterior y hundió en la pobreza a la mayor parte de la población. No había nada, y lo que había se tenía que repartir. Entonces el Estado, para garantizar que sus ciudadanos recibían y cubrían un mínimo de sus necesidades, creó una cartilla con la que se entregaban los productos, y se conseguían más aceptables de precio, a cambio de un tíquet. Cada familia tenía las propias cartillas, y eran unas para el pan, otras para el azúcar y otras para otros productos, incluyendo el tabaco. El que no fumaba negociaba con el tabaco que le tocaba y lo vendía a mayor precio a quien lo necesitaba y no lo tenía. Era lo que se llamaba el "estraperlo", o sea, conseguir legalmente cosas para venderlas extralegalmente en vez de consumirlas, o acumular estos productos racionados para obtener beneficios posteriores con su venta.

La palabra "estraperlo" procede del nombre de dos elementos (Strauss y Perlo) que pretendieron introducir en España una ruleta eléctrica que no perdía nunca, o sea, que era un fraude. Así que con el estraperlo había quien tenía más cartillas de las que le correspondían a su familia, de familiares fallecidos o que vivían fuera. Y de esta forma obtenían algún lucro y a veces vivían de la venta de esos productos que no les corresponderían: eso era el estraperlo. Por supuesto, dentro de las necesidades y miserias de aquel tiempo, el que tenía más dinero o poder, podía obtener más cosas que los demás y hacer mejores negocios con el mismo método (incluso dentro de la miseria hay clases).

Esa era la panorámica de la necesidad, de la carencia, de las limitaciones y de no tener nada o muy poco. De un mundo donde la pobreza y la miseria era lo habitual y no una excepción como hoy. Algo que ahora, querido niño, posiblemente te cuesta imaginártelo porque vives en el mundo de la abundancia y la libertad, con pocas limitaciones y sin problemas de carestías y necesidades nunca cubiertas. Ya sé que tienes deseos, que en su mayoría se cumplen, pero nunca tendrás la sensación de tener infinidad de deseos y la seguridad de que nunca se verán cumplidos. Y a tu alrededor ver el hambre y la pobreza a cualquier lado que mirases. No es que yo las pasase, pero estaban a mi alrededor por todas partes y en todos los niveles.



## Capítulo 31

## La mili

¿A que no tienes ni idea de lo que era la "mili"? Seguro que esta palabra nunca la oíste, o tal vez a gente muy mayor que dice un día:

-Cuando yo hice la mili...

Y después te cuenta cualquier anécdota.

Pues la "mili" era una etapa fundamental en nuestras vidas. No es que yo tuviera nada que ver con la mili en mis etapas infantiles: a la mili se iba a los 18 años. Pero en toda la vida anterior a esa edad se sabía de esta obligación, y era un compromiso que, hasta que se hubiese cumplido, no eras libre de hacer tu vida.

La "mili" era el nombre familiar del Servicio Militar Obligatorio, que todos los españoles varones tenían que hacer como un servicio a la Patria. Eso suponía que iban a estar, como soldados en el Ejército Español, un tiempo que creo que, al principio era de 3 años, y más tarde como de 18 meses o así (de este tiempo no estoy seguro, incluso creo que variaba según circunstancias).

Los que ya la habían pasado, les decían a los jóvenes:

-Ya verás cuando vayas a la "mili"...

Y a los niños mal educados sus familias les amenazaban:

-A ti te van a poner tieso cuando vayas a la "mili".

Las madres comentaban:

-Ya sé que cuando vayan a la "mili", los hijos ya se han perdido, ya no son nuestros, ellos tienen que seguir su vida.

Era una barrera entre la juventud en casa y la nueva vida de adultos. Era un cambio entre vivir protegido por los tuyos o tener que enfrentarte con unos rígidos superiores, una vida encuadrada por las normas, las bromas a los novatos, la distancia de tu pueblo, los ejercicios militares, el manejo de armas y la separación de tu familia.

Por otra parte, la "mili" se consideraba una fuente de experiencias y, en muchos medios rurales, los mozalbetes estaban deseando que llegase su momento de ir a la "mili" porque era su única oportunidad de viajar (a su destino militar), a veces incluso de aprender a leer y a escribir, o de conocer algo más del mundo que su pequeña aldea. Luego regresaban y contaban cosas, sobre todo si les había tocado África (Ceuta o Melilla), que eran los lugares más temidos, por la distancia, pero a veces más deseados porque era un mundo diferente. Decir en el pueblo:

-Cuando yo estuve en África...

Era toda una expresión de que se iban a contar aventuras de un lugar remoto que sólo los privilegiados podían conocer. Y los niños, ante esa frase, atendíamos...

Quando llegaba la época de ir a la "mili" se esperaba ansiosamente el sorteo. Allí se decidía si a tu letra (la inicial de tu apellido) le tocaba África o no. Lo que por un lado era bueno (veías mundo, conocías gentes o lugares) por otro era malo, porque no te llegarían los envíos familiares de chorizos, jamón y otras suculencias que desde tu casa tratarían de enviarte para reforzar el monótono menú del cuartel, el "rancho". Además, si te tocaba cerca, siempre habría la posibilidad de que un conocido de alguien tuviese una recomendación para que el comandante te enchufase en la cocina del Cuartel, o en las Oficinas, o en el botiquín; incluso, que te seleccionasen como Asistente (entiéndase criado) de un oficial, es decir, que en vez de hacer guardias, instrucción y maniobras, te dedicarías a sacarle brillo a las botas del oficial, a plancharle la ropa, a traer la compra y a pasearle a los niños a la esposa (trabajos más deseables aunque privados de la gloria de las hazañas militares).

Con estos "asistentes" los oficiales se ahorraban tener que pagar el servicio de una mucama y compensaban un poco sus sueldos nada exagerados.

Así que nosotros sabíamos que teníamos que ir a la "mili", que ese era nuestro destino, y después ya podríamos ser cualquier cosa en la vida civil. Y oíamos a los mayores que usaban unos términos propios de aquel momento, como cuando hablando de la edad de cualquier persona decían:

-Ese es de mi quinta.

"Mi quinta" hace referencia al grupo de personas de la misma edad que fueron juntos a la mili. Por eso a los soldados se les conocía por diversos nombres como "quintos", "turutas", reclutas, y otros más que no recuerdo.

Hoy, chaval...¡que suerte tienes!. No tendrás que perder año y medio jugando a soldaditos, aguantando las impertinencias de un sargento insolente o malhumorado, durmiendo malamente, comiendo "rancho", con la cabeza rapada y haciendo guardias de noche. Además los tiempos son otros, y nada tienes que ver con aquellos pobres aldeanos que tenían en la "mili" su última esperanza de ver mundo. Hoy, a tus 10 años, ya has viajado más de lo que lo hicieron mis cuatro bisabuelos juntos. Y tu expectativa es que viajarás y conocerás mucho más que todos mis tatarabuelos y tatarabuelas, bisabuelos, bisabuelas, abuelos y abuelas a un tiempo.

¿Qué la "mili" tenía cosas buenas? Nadie lo duda. Un joven en la flor de la vida siempre encuentra cosas buenas a su alrededor, excepto que sufra un proceso psiquiátrico o sea un parapléjico.

Pero sigo creyendo, sin duda alguna, que es mejor enfocar los 18 años como lo harás tú y no como lo hacían los jóvenes de mi tiempo.

## Capítulo 32

### Las comunicaciones

Comunicación es la posibilidad de contacto o relación entre dos. Unas comunicaciones se producen a través de medios que llevan la palabra o las imágenes de una persona a otra (correos, radio, televisión) y otras comunicaciones (coche, tren, avión) llevan a las mismas personas de un lugar a otro.

Hoy estás asistiendo a lo máximo dentro de las comunicaciones. En nuestra juventud, eran mucho más limitadas. Los trenes eran de vapor, enormes, con una máquina negra que expulsaba humo y carbonilla por todas partes, silbaba y avanzaba con estruendo, lo manchaba todo y asustaba cuando se la veía venir entre el traqueteo y los humos. Para acceder al tren había que desplazarse a la estación más cercana (que para Caldas era Portas, en el coche antidiluviano de Sinsonte). El tren no llegaba a todas partes: en A Guarda, el tren más cercano estaba en Guillarei-Tui o en Portugal. Además la mayor parte de los trenes paraban en todas las estaciones, de modo que el viaje se hacía interminable. También tenía frecuentemente que hacer paradas de espera, es decir, esperar hasta que llegase el otro tren que venía en dirección contraria para enlazar; además de que necesitaba que le dejase la vía libre, ya que la ida y la venida se realizaban sobre los mismos carriles. Esto hacía que un viaje fuese algo imprevisto, y a veces se convertía en esperas de muchas horas. Decía una canción que "los viajes de la RENFE se sabía cuando salían pero nunca cuando llegaban". Por este motivo, cuando un paisano del país se planteaba un viaje, siempre iba acompañado de un cestito en el que se llevaba pan, chorizos, un poco de jamón, una tortilla de patatas, alguna fruta y, como no podía faltar, un par de botellas de vino de casa. Así, era típico en aquellos asientos de tercera que, en algún momento determinado del viaje, se sacase el cestito, se ofreciese participar a los otros viajeros y se diesen una comilona (para ir llevando el viaje, decían). Dije en el vagón de tercera, porque había tres categorías: los coches de primera eran mucho más lujosos, tenían una zona blanda donde recostar la cabeza, pero los billetes costaban bastante. Los de segunda eran parecidos, y los usaban los que querían viajar cómodos, pero no estaban dispuestos a gastarse lo que costaba el billete de primera. Los de tercera eran los más baratos, pero un poco duros, porque todo era de madera (asiento, cabezal, etc.). Pese a esto, iban abarrotados porque la mayor parte de la gente no estaba dispuesta a gastar más allá de lo que costase el mínimo. Como se llenaban tanto, no había asientos para todo el mundo, por lo que una buena parte del paisanaje se resignaba a viajar de pie. Los niños siempre teníamos un regazo familiar que nos permitían llevar el trasero sobre zonas no muy duras. Por todas partes, además de personas, había cestas, maletas, a veces hasta gallinas. Las apreturas de cada parada eran notables. Además, siempre había un intenso movimiento de gente que buscaba un hueco donde sentarse, o se movía para colocarse mejor con vistas a bajar en la siguiente estación, o buscando a algún vecino. Las ventanas iban abiertas (para reducir olores de humanidad), excepto si llovía. Si se asomaba uno, tenía que tener cuidado no mirar hacia delante porque la carbonilla que salía de la máquina entraba fácilmente en los ojos. En los túneles había que cerrarlas, o todo se llenaría de humo. Cada viaje era una aventura.

Los coches entonces eran lo mínimo (ya mencioné antes que sólo había 4 en A Guarda), pequeños, poco veloces, y hubo épocas en las que no funcionaron a gasolina sino a gasógeno, y llevaban una especie de recipiente donde se quemaban materiales para conseguir que el motor

tuviese combustible. Fue una época de carestía de petróleo en la que la imaginación hizo de todo y los coches llevaban madera para su autoconsumo.

Los coches de punto (antes a los taxis se les llamaba así) eran reducidos en número. En A Guarda los cuatro eran: el de Felipe, el de Ramón, el de Xuón (João) y el de Andrelino. Este último era el más famoso. También era el más antiguo, y según contaba su dueño había recorrido más de un millón de kilómetros (lo que para entonces era un record). Era de los tiempos en los que no había modas ni avances científicos en los coches y un modelo podía durar 30 ó 40 años si se le cuidaba. Tenía una forma rectangular, como los que se ven en las películas americanas de los tiempos de la Ley Seca. Donde conducía, llevaba una madera alargada con unas muescas en los extremos porque, cuando metía la tercera (la más larga que tenía), si no la sujetaba, se le salía espontáneamente. Así que la tal madera tenía la función de mantener la palanca del cambio de marchas en su posición correcta. También, cuando llevaba algún tiempo circulando, la presión del depósito del agua hacía que el tapón saltase por los aires, y cuando mirabas hacia él para preguntar que había pasado, decía tranquilamente:

-No pasa nada, el tapón ya se queda siempre junto a la rueda de repuesto.

Y seguía su marcha tan tranquilo. Algunas veces el efecto de la madera sujeta-marchas tenía que ser reforzado por la ayuda del cliente:

-Por favor, ponga la mano ahí para que no se mueva la madera...

Hoy el caballo ha perdido su valor como medio de comunicación; antes, en los pueblos muchas personas usaban el caballo o la bicicleta (entre ellos el médico) para moverse de un sitio a otro. Hay que tener en cuenta que entonces se creía que el frío era causa de muchas enfermedades, así que ¿cómo iba el enfermo a levantarse de cama para ir al médico? Era el médico el que tenía que desplazarse, y para las continuas visitas que tenía cada día no lo quedaba otro recurso que el caballo o la bicicleta.

También había carrilanas con un caballo para trayectos pequeños y que podían transportar señoras y equipajes. Casi siempre eran propiedad de una empresa o de familias muy ricas.

Otro medio de transporte era el carro de bueyes, carro de madera, con unas ruedas de madera enormes, pero que se usaba casi en exclusiva para el transporte de los productos del campo, y chirriaba de una forma muy extraña (el roce de la madera contra la madera) que permitía reconocer su llegada desde muy lejos. También el burro era un transporte habitual de productos de la agricultura, y frecuentemente del agricultor.

El avión era raro, escaso en su uso y caro; no era de uso habitual para la gente corriente y había muy pocos aeropuertos. Nadie pensaba en él cuando había que hacer un viaje. Si había que ir a Madrid por un negocio familiar, ya se sabía, entre preparativos y viaje, dos días. Por supuesto, entonces no había aeropuerto en Vigo ni en Coruña. Puede que sí existiese el de Santiago, pero no estoy seguro.

En cuanto a las noticias y las comunicaciones entre personas, te diré que el teléfono existía, pero poca gente lo tenía. Había que llamar a la centralita moviendo una palanca como un molinillo; allí había una telefonista que te atendía y te comunicaba con la otra persona, si ésta tenía teléfono y podía hacerlo por estar las líneas desocupadas. Había lo que se llamaba "aviso de conferencia". Para hablar con alguien, no bastaba llamarle, porque probablemente no tenía



teléfono. Entonces se avisaba a la telefonista para que ésta diese el aviso a la telefonista del otro pueblo; esta última, a su vez, enviaba un aviso por alguien para que le dijese a la persona, que a una determinada hora le iban a llamar por teléfono a un determinado sitio. Eso era un "aviso de conferencia". Así que, una vez que esta persona era informada, tenía que estar a la hora que se le dijo y al pie del teléfono que le dijeron. Así podría recibir la llamada (si había suerte). Qué distinto hoy... ¿eh, chaval? Hoy, con los móviles, todos hablan con todos sin problema. Además hay teléfonos en todas las casas, los bares y hasta en la calle.

El telégrafo era el método comunicador más rápido. El telegrama era el ideal para avisos urgentes: como ya sabes por las películas ya existía hasta en el antiguo oeste americano. Cuando había una noticia urgente, se enviaba un telegrama, lo que se hacía a través de un aparatito usando el mensaje Morse (ya sabes, puntos y rayas combinados). El funcionario que lo recibía lo traducía al idioma común y lo escribía en un papelito azul. Finalmente, era llevado a su destino por un empleado, donde el receptor, nada más verlo, se echaba a temblar, porque por aquel medio venían las noticias peores, una muerte, un accidente, un desastre en un negocio..., siempre algo grave que no podía esperar a ser comunicado por las vías normales de una carta o de una visita.

Pero el medio de comunicación más habitual era el correo: una carta se escribía, se le ponía un sello, y al cabo de algún tiempo llegaba a cualquier pueblo de España o América. No era tan rápido como ahora, pero llegaba. Claro que la frecuencia con la que se escribía era muy baja. Si tenías un pariente en Argentina, a lo mejor le escribías una o dos cartas en el año. Por eso, las cartas llevaban un protocolo que ahora ha desaparecido de los mensajes de E-mail. Una carta educada, empezaba designando un tipo de afecto: "Querido hermano", "querido hijo", "estimado amigo", "apreciado colega", etc. A continuación se consideraba poco educado entrar directamente en el tema, por eso había que escribir algunas palabras para interesarse por la situación, al tiempo que exponías la tuya. Por ejemplo: "Espero que al recibo de la presente os encontréis todos bien de salud; nosotros por aquí todos estamos bien, a Dios gracias". A continuación se daban noticias de los vecinos y conocidos, y finalmente, se iba al objeto de la carta, el que fuese, una finca que había que vender o un fallecimiento. El final iba acompañado de una fórmula variable según la persona a la que se dirigiese: "muchos besos", "un abrazo afectuoso", etc. Sorprende si lo comparamos con los mensajes de correo electrónico que son hoy día muy escuetos, porque son tan habituales y repetidos, el contacto es tan constante, que no se precisan muchos detalles: "Hola" al principio y la firma al final. Pocas veces se hacen otras indicaciones. ¿A que lo haces así?

La radio era el mejor método de obtención de noticias. No había muchas radios ni muchas emisoras, pero era rápido y la gente oía las noticias todos los días (como ahora). Bueno, de la radio que oíamos en casa ya te conté antes bastantes cosas.

La radio también servía como ahora para comunicarse con los barcos. Pero sólo los barcos grandes llevaban radio. Los pequeños nada de nada. Y puedes imaginarte la situación de un barco pequeño en alta mar, sin comunicación, ante un problema cualquiera, simplemente la niebla. Tampoco podían orientarse por GPS como ahora y dependían de las marcas que trazaban a partir de los accidentes de la costa que conocían. ¡Que angustia y que sensación de aislamiento!

## Capítulo 33

## La muerte

Mira niño, hoy vamos a tratar de temas serios. Nada menos que de la muerte.

Para un niño, la muerte es algo que ve lejano. Sí, lo ves en televisión, están los muertos de cada día de la guerra de Irak, y también los accidentes de tráfico. A veces, también te enteras que a un niño le murió su abuelo, o una tía vieja, pero esto es todo.

En otro tiempo (como decía un profesor de Derecho de Santiago) la gente se moría más. Bueno, está mal explicado: cada persona se moría sólo una vez, pero se morían más a menudo; no la misma persona, claro, sino otras. En fin, quiero decir que antes la gente vivía menos y por ese motivo un niño se tropezaba de cerca con la muerte con mucha más frecuencia. Fíjate en mi caso: yo estaba marcado por la muerte de mi padre (cuando tenía 3 años). No es que la recordase, pero siempre mi padre estaba presente en las frases, en sus objetos, en la memoria de mi madre; después murió mi abuelo de Caldas, y más tarde mi abuela; después mi hermano pequeño; o sea, que a tu edad ya había sentido la muerte de varios familiares próximos.

En el pueblo, la muerte se ve más cercana, especialmente en los tiempos en los que las familias estaban más unidas y eran más numerosas. Cuando se moría alguien había que ir a visitar a la familia para hacerle compañía. Allí, como es costumbre en cualquier casa gallega, los parientes del difunto tenían que ser hospitalarios y siempre se abría una botellita de vino, se sacaban unas lonchas de jamón o unos chorizos y las conversaciones se iban animando. Si venía gente de fuera, había que darles de comer, no iban a ir a una fonda. A veces, sobre todo en familias numerosas (que ya se sentían bastante acompañadas) se ponía en la puerta de la casa un cartel que decía "NO SE RECIBE DUELO"; debajo, estaba una mesa oscura con crespones negros con un libro y una pluma. Los que no eran miembros próximos de la familia, dejaban su firma para que se supiese que lo sentían mucho. Los familiares próximos entraban. Después venía el entierro, populoso, recorriendo todo el pueblo hasta el cementerio (como no había entonces mucha circulación rodada, no había problema en desfilar todos los vecinos ocupando las calles); después venía el funeral y luego las misas gregorianas (creo que eran 30 días). Así que cada muerte era algo muy largo y prolongado en el recuerdo.

Hoy, hay que ir con los tiempos, todo se acelera y acorta: al tanatorio un rato, un beso a la familia y a casa.

Además, esto no te lo imaginas, los parientes tenían que mostrar que alguien en la familia se les había muerto, para que los demás se enterasen y, aunque ya lo supiesen, lo tuviesen presente durante mucho tiempo. ¿Cómo se hacía? Vistiendo de negro. Todos los familiares próximos se ponían ropa negra y se mantenían vistiendo ese color durante mucho tiempo. Por ejemplo, por un padre o por un hermano, el luto era de dos años. Las mujeres lo tenían más fácil. Se ponían un velo y los vestidos los teñían de negro, con lo que ya habían cumplido con el protocolo del vestir. Los hombres se encontraban con otro problema: a veces tenían un solo traje (o dos, pero no más). No podían hacerse un traje negro, ni tampoco teñir el que tenían porque estaban los forros, y otras cosas que no estaban bien que estuviesen de negro; además ¿qué hacía después con un traje negro que duraría muchos años? Entonces, lo que se hacía era poner un brazalete negro en un brazo, como una banda, si es que era un familiar muy cercano, o una pequeña tirita negra en la solapa, si se trataba de un familiar de segunda línea. Ese brazalete o tirita se mantenían el tiempo que se consideraba correcto y después se retiraba (aunque a veces dejaba una

zona de color más fuerte que destacaba sobre el color del resto del traje desteñido por el sol). Pero bueno, un traje era un traje.

Contaba mi madre (que tuvo 18 hermanos dentro de una familia con numerosas ramas) que una parte de su vida la pasó de luto y sin salir de casa (las jovencitas, si estaban de luto, no estaba bien que anduviesen por la calle y se quedaban recluidas en casa); ¿por qué pasó mi madre parte de su juventud de luto? Porque cuando se iba a pasar el luto por un hermano, se moría una tía o un primo, y cuando iba a pasar este luto, una abuela u otra tía, y así empalmaban un luto con otro durante mucho tiempo.

Las mujeres de la aldea, cuando tenían más de 30 años y se ponían de luto ya no lo quitaban, y se quedaban vestidas de negro, con un pañuelo negro en la cabeza, y seguían utilizando esa ropa para siempre. Total... (decían) a su edad, ya no estaban para otras cosas.

## Capítulo 34

### Las ferias y los mercados

Hoy, chaval, encuentras productos de China o la India en el Corte Inglés, o en los comercios chinos, en los de "Todo a 1 Euro", en cualquier parte (como en el La Piedra de Vigo) puedes comprar una talla de madera africana o un "pantik" thailandés. El comercio se ha generalizado y la globalización ha hecho el resto.

Si en una casa de antaño había una talla de marfil representando un mandarín o un cuchillo curvo marroquí, es porque algún antepasado marino había viajado a la China o había hecho la mili en Marruecos. Se viajaba poco y se traían recuerdos lejanos, que quedaban en la casa como joyas de la familia. Era muy difícil conseguir en Galicia un queso de Cabrales, porque alguien habría tenido que ir a Asturias a comprarlo y pocos hacían ese viaje sin una necesidad. Por eso, en cada sitio se consumían los propios productos, incluso dentro de una región.

Los productos que se hacían en unos pueblos o comarcas de Galicia no se difundían demasiado, porque la gente sólo los compraba cuando iban allí, pero se viajaba poco; a los comerciantes del pueblo, les resultaba más fácil usar los propios productos (así vinos, quesos, herramientas, tejidos, botas, zuecos o zocas, etc.), se consumían los locales, si los había. Si no los había no se consumían. Pero un señor que hacía cuchillos en Taramundi y que eran muy buenos, también sabía que podía aprovecharse y venderlos lejos; pero tenía que buscar una concentración de gente para que le compensase hacer el desplazamiento. Esa concentración la encontraba si los llevaba a una feria de ganado en otro lugar; allí habría mucha gente de muchos sitios que serían eventuales clientes y estarían dispuestos a comprarlos, porque por sus tierras no los tenían tan buenos. Por eso mismo, se hacían las Ferias y los Mercados.

En las Ferias se compraba y vendía ganado: en una familia la vaca había tenido un ternerillo, como no lo necesitaban se llevaba a la feria y se vendía allí, ganando unos reales; si alguien quería tener una vaca, compraba un ternero o incluso la vaca, ya que de todo se encontraba, se compraba y se vendía en una feria. Y lo mismo otros animales como caballos, burros, cabras u ovejas. Además, como allí se reunía mucha gente, se llevaban otros productos relacionados o no relacionados con el ganado, y que también se podían comprar y vender, como utensilios de cocina, platos, cinturones de cuero, hebillas, zapatos, botas, zuecos, bastones, paraguas, y mil cosas más; había también comidas típicas, como el pulpo al estilo feria, que sólo se

encontraba allí (hoy lo hacen en todos los bares), quesos o vinos de diferentes zonas de Galicia, y un largo etcétera que no sería capaz de enumerar de forma inmediata. Cada pueblo tenía unas fechas para sus días de Feria, por ejemplo, en Caldas creo que eran los días 5 y 20 de cada mes. Así, todo el mundo sabía que si quería comprar o vender un cerdo, una vaca, un ternero, etc., podía ir a Caldas en esos días precisamente. Y en otros días, habría tenido que ir a otros lugares previamente determinados, como a Lalín, a Moraña, a Cuntis, a Padrón, o a donde fuese. Las fechas y los municipios estaban fijados.

En la Feria las estampas eran clásicas: el tratante con su chaquetón, sus botas de base de madera, su bastón o su paraguas al cuello, eran figuras absolutamente típicas que no se desviaban un ápice de lo tradicional. Por allí se paseaban viendo o tocando a los animales, hablando con los dueños, también con los expertos que daban consejos; se hablaba de muchas pesetas y había los que intervenían como conciliadores y los que ayudaban a que los tratos se cerrasen, cosa que se hacía con un simple apretón de manos. A partir de ese momento nadie podía volverse atrás. Los niños de entonces, nos paseábamos por la Feria y disfrutábamos viendo todo lo que había y las conversaciones y tratos de la gente. Era divertido. Hoy sigue habiéndolas, pero creo que han perdido mucho tipismo y cantidad de gente. Ahora no os interesan, seguro que no has estado en ninguna.

Los mercados eran algo muy parecido pero sin animales; un montón de puestos se extendían por las calles de Caldas y allí se llevaban los productos de cada zona; así había pimientos de Padrón, quesos de Monforte, castañas del Courel, etc., etc., y también otros utensilios como cubiertos, cuchillos o navajas, banquetas de madera, chaquetas, botas, sandalias, boinas, objetos hechos de cañas, puntillas y, en fin, casi cualquier cosa. Lo más llamativo era que había otros personajes especiales que sólo se podían encontrar allí, como la señora que adivinaba la suerte y el futuro de las personas porque tenía un canario que, por pocas monedas, con el pico, cogía una de las muchas hojitas donde se indicaba lo que iba a ocurrir al que lo comprase y su suerte. También había ciegos que cantaban canciones acompañados por cualquier instrumento, mientras entonaban unas letras mezcla de gallego y castellano, recitando como poesía, o cantando como estrofas; los temas eran muy especiales, se referían casi siempre a cosas truculentas, como describir crímenes famosos que se habían producido en la región. Recibían limosnas, vendían la letra, y todos estos espectáculos se realizaban rodeando el público al cantante, al adivinador o al que con los ojos tapados iba contestando a las preguntas de su acompañante sobre quien estaba en un lado o en otro.

También había los que gritaban para atraer a la clientela:

-¡Vean señores, vengan y vean!... ¡que me los quitan de las manos!... ¡me arruino vendiendo a estos precios!... ¡aprovechen la ocasión!... ¡lo nunca visto por aquí!...

Ya sé que ahora también hay mercadillos en A Guarda (el sábado), y probablemente en otros puntos de Galicia, pero ahora son los gitanos los que llevan sus coches y camiones cargados de productos cuyo origen no se conoce claramente; es ya una red que recorre todo el país, que puede venir de cualquier lugar de Europa, es la globalización del mercado. Nada que ver con aquellos productos propios que venían de cortas distancias y que tenían únicamente esa forma de distribuirse. Ahora un producto puede venir de la China y, aunque tenga una etiqueta de cualquier ciudad española o de cualquier marca americana, sigue viniendo de la China o de sabe Dios donde.

## Capítulo 35

## La mujer

La mujer siempre ha representado en el mundo de los hombres un papel primordial, lo que pasa es que pocas veces le ha sido reconocido. Las mujeres de tu mundo actual, compiten en cualquier campo con el hombre varón y esto ya parece aceptado (con algunas reticencias para unos pocos, fruto de unos antiguos errores de conceptos y de algunos pensamientos machistas). Pero en aquellos tiempos de mi infancia no era así: el mundo de aquel entonces era machista por tradición, por influencia religiosa y por influencia política. Por tradición, porque siempre el hombre había sido el que mandaba, el que cazaba, y el que tenía más fuerza. Y por eso, él mismo se consideró como el jefe y se nombró jefe, y todo lo demás estaba supeditado a él. No tenía en cuenta que quien tenía los hijos, los controlaba, alimentaba, cuidaba y quien llevaba todo el trabajo relativo a la vivienda, alimento, vestimenta y todo lo que afectaba al resto del mundo que le rodeaba, era la mujer, la madre, la abuela o la esposa. Pero la función del hombre, que como el león se había quedado con la mejor parte, no era más que llevar la comida a casa (en los tiempos en que cazaba) y el dinero (en los tiempos en que trabajaba por cuenta ajena). Sin embargo, también en los tiempos primitivos la mujer aportaba alimento a la familia porque era fundamentalmente la recolectora de frutos, cereales y raíces. Y en los más modernos, en mi infancia, también hacía trabajos suplementarios que ahorraban mucho dinero: cosía las prendas viejas, tejía jerséis, y a veces hasta cosía para fuera (es decir, recibía encargos para ir haciendo en los ratos finales del día, cuando ya tenía la cena hecha, los niños acostados, la casa arreglada, y al marido leyendo el periódico).

El hombre siempre consideró que su misión era el trabajo fuera y el resto era de la mujer. Y lo consideró de tal manera que hasta era una deshonra que se le viese en la cocina, que hiciese cualquier labor del hogar, barrer, limpiar; incluso atender a los niños, ya formaba parte de unas actitudes poco normales y que servían para que sus amigos le llamasen marica o afeminado.

Ya sé que hoy no es así, que tu padre te hace la comida y te prepara la cena, pone la mesa y se preocupa de muchas cosas que hay en la casa y que tu madre tiene un trabajo fuera de casa, con el que gana un sueldo. Las cosas están más equilibradas. No están aún perfectas, porque el avance de la sociedad se hace porque algunos de sus miembros tiran para ir hacia delante y otros muchos remolonean, pero se dejan arrastrar. En cualquier caso, poco a poco, se va hacia delante, y a pesar de los muchos que hay que arrastrar, se avanza. Por eso te digo que los tiempos son otros, que tenéis una situación de mayor igualdad, que todavía no es perfecta, pero no tiene nada que ver con la que yo conocí en mi infancia.

Incluso entonces muchas mujeres eran machistas: si en una conversación se comentaba que un marido había pegado a su mujer no era raro oír decir a alguna:

-Algo haría...

Lo cual es ya definir unos principios por los que el hombre tiene siempre razón.

La mujer era la base primordial de la familia. Siempre fue el palo mayor que aguantó todas las velas, incluso durante el temporal.

Y una prueba de que la mujer era el sostén de la familia era que cuando un hombre se moría, la familia seguía igual, la mujer seguía cumpliendo todos los patrones dentro de casa y se buscaba otros fuera

para que todo siguiese funcionando. Cuando una mujer se moría, todos los familiares empezaban a pensar quién podría ser la nueva mujer, porque según decían:

-Un hombre solo no está bien.

Parecía que un hombre solo se iba a perder, no iba a tener control, ¿quién llevaría la casa?, ¿Quién tendría el hogar preparado para cuando volviese del trabajo?

Incluso parecía justificado que, ante una pérdida familiar, un hombre solo se dedicase al juego y a la bebida:

-Claro, se quedó sin la mujer...

Es que las mujeres tenían que actuar como el centro de la familia. Cuando los hombres volvían de la mar les pedían el dinero, o se lo quitaban, para que no se lo gastasen en el bar. Así, defendían a sus hijos que dependían de aquel dinero. Parece que ésta era la obligación de la mujer, mientras en el hombre se disculpaban ciertos vicios, como tabaco, vino, juego, y alguna canita al aire.

Te dije que cuando un hombre quedaba viudo, enseguida se le buscaba la posibilidad de encontrar otra mujer. ¿Y si la mujer quedaba viuda? Entonces el futuro era la eterna viudez: luto riguroso durante varios años, vestir de negro, ya no podría salir, ir a las fiestas, mezclarse con grupos de personas o relacionarse con otros hombres. Aunque tuviese treinta años, la viuda quedaba aislada, y cualquier cosa que hiciese, sería criticada por todo el mundo, que la consideraría como una mujer descocada, indecente, casi una furcia, si llegase a intentar relacionarse con un hombre. ¿Que diferente con lo que ocurre ahora!. Ahora, cada persona tiene su destino, en el que influyen poco los demás, y parece normal que alguien que se ha quedado solo, trate de enderezar su vida buscando otra pareja. Al fin de cuentas, es su vida.

Antes mencioné que una de las causas del machismo era la influencia religiosa y la política. Veamos porqué.

La influencia de la Iglesia era enorme en nuestro tiempo, ya te hablé de ello. Por lo tanto sus opiniones eran vertidas al pueblo como algo que venía de gente que se suponía que eran más cultos, cuya misión era preparar a los feligreses, que incluso se creía que estaban orientados por el representante de Dios en la tierra. Sus palabras debían venir del cielo.

¿Y que decían los curas? ¿Cuál era la doctrina? El primer paso de discriminación estaba ya en la propia Iglesia: las mujeres no eran buenas para ser ministros del Señor, nunca hubo una Papisa, ni hubo obispos, ni curas, ni sacerdotes, ni siquiera sacristanes o monaguillos que fuesen mujeres. Las mujeres estaban bien para arreglar los altares, limpiar la iglesia, asistir a las funciones religiosas y formar parte de toda la estructura que la Iglesia precisaba, por supuesto gratuitamente, como trabajadores y servidores. Eso sí, el servir, igual que en la casa, lo hacían las mujeres. A cambio las obligaban a ser recatadas, no podían entrar en la iglesia sin velo, y tenían ceremonias que, incluso entonces, eran algo denigrantes: como la que se hacía (creo que a los 40 días) después de haber tenido un hijo, que obligaba a la madre a que entrase en la Iglesia acompañada del cura y cubierta con una pieza que vestía éste, como si la concepción fuese una impureza (cosa que al hombre en ningún momento se le achacaba). Además, si la Iglesia tiene una doctrina que es inspirada por Dios, ¿cómo explicar que algún antiguo padre de la misma Iglesia, dudase que las mujeres tuviesen alma? En parte, esta visión denigrante de la mujer se origina del primer pecado que, según los libros sagrados, fue el que ocasionó la salida del Hombre del Paraíso, y que este pecado fue causado por la mujer, que indujo a Adán a comer de la manzana prohibida. O sea, algo así como que él era gilipollas y

la culpa de lo que hizo la tuvo ella. Siempre fomentando la irresponsabilidad masculina. Claro que... ¿qué se les va a pedir a los padres de la Iglesia que después de una vida de alejamiento absoluto de la mujer como norma de perfección, dictan la doctrina de la misma Iglesia ya entrados en los 80 años? La verdad es que poco se puede esperar de esta doctrina y de estas mentes arterioescleróticas.

Y te comenté también que había una influencia política. Y ya no me refiero a que la mujer sólo consiguió muy recientemente que la dejaran votar, es decir, que la considerasen persona pensante, ya que antes sólo los esclavos y las mujeres no votaban. Me refiero a que, en los tiempos de mi infancia, la opinión de los dirigentes del Régimen franquista era de lo más vejatorio para la mujer y así tenemos joyas que fueron escritas por las Jefas de la Sección Femenina (la parte de los mandos de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS-¡vaya nombrecito!) en la que dejan bien claro cual era su pensamiento. Selecciono algunas joyas para tu conocimiento:

*"Las mujeres nunca descubren nada; les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor, lo que los hombres nos dan hecho"*  
Pilar Primo de Rivera, 1942.

Y de otra revista de la Sección Femenina:

*A través de toda su vida la misión de la mujer es servir. Cuando Dios hizo el primer hombre, pensó: "No es bueno que el hombre esté solo"; y formó a la mujer, para su ayuda y compañía y para que sirviera de madre. La primera idea de Dios fue "el hombre". Pensó en la mujer después, como un complemento necesario, esto es, como algo útil.*

Esta maravilla del pensamiento aparece en el capítulo de la revista titulado "Unidas en el sentimiento ardiente de Servicio a la Patria... y al marido".

Estas frases no requieren ningún comentario porque se comentan por sí mismas. Pero mientras la leía, con esa extraña secuencia de pensamientos que Dios tenía, más bien humanos por su continuidad, se me ocurría una cosa: Si cuando Dios creó al hombre no había pensado todavía en que le iba a crear a una mujer, me pregunto ¿por qué le puso entonces los genitales externos incluyendo los testículos? Sin mujer ¿para que le servían?

Pero siguiendo con las joyas del franquismo (a todo esto, doy gracias al colega de Internet que me envió estas maravillas del pensamiento franquista por e-mail), veamos otra de lo más cachondo:

De la revista "Teresa" de la Sección Femenina:

*"Gimnasia casera"*

*Una mujer que tenga que atender a las faenas domésticas con toda regularidad, tiene ocasión de hacer tanta gimnasia como no lo hará nunca, si trabajase fuera de casa. Solamente la limpieza y abrillantamiento de los pavimentos constituye un ejemplo efficacísimo, y si se piensa en los movimientos que son necesarios para quitar el polvo de los sitios altos, limpiar los cristales, sacudir los trajes, se darán cuenta de que se realizan tantos movimientos de cultura física que, aun cuando no tienen la finalidad de estética del cuerpo, son igualmente efficacísimos precisamente para ese fin.*

Querido niño, te imagino con la boca abierta leyendo estas joyas de la anti-igualdad de sexos, y todavía podría encontrar muchas más que contarte, pero no quiero aburrirte, y ya con esto te habrás hecho una idea de cómo iban las cosas en este campo por aquel entonces. Si comparas como están las cosas hoy, desde luego tienes motivos para sorprenderte. Todas estas ideas de aquellos tiempos contrastaban con la realidad, que yo veía a mi alrededor, y como un ejemplo extremo te cuento el caso de aquella mujer del pescador: su marido se pasaba el año embarcado. Es cierto que traía el dinero de la campaña, pero cuando llegaba a tierra, no sabía casi ni moverse; mientras la mujer era experta en todo, se movía perfectamente por las oficinas, con los abogados, conocía los papeles que había que presentar, se encargaba de los niños, de asistir a las reuniones de padres de alumnos, a las de vecinos, y todo lo demás que sería prolijo enumerar ahora. De la misma forma, te podría contar el caso de tu abuela, la abuela Margarita (que conociste hace algún tiempo), que se quedó viuda con tres hijos (el último todavía no había nacido) y supo representar durante toda su vida los dos roles de madre y de padre, y fue capaz de ser ama de casa, de montar una tienda, después una modesta industria y estar presente en la vida del pueblo con un montón de actividades culturales y sociales. Pero, esto será para otra ocasión.



## Epílogo

Bueno, niño (y demás niños de hoy a los que dirijo este libro), he tratado de presentarte las diferencias entre nuestro mundo de antes y el tuyo de ahora. Creo que tu mismo juzgarás esas diferencias, y te podrás decir, esto es mejor ahora en este aspecto, aquello era superior antes, pero sobre todo te habrá servido para conocer un poco mejor a tus antepasados, los problemas que tuvimos, cuales resolvimos y cuales no; para comprender algunas rarezas que nos quedaron, como la de aprovechar todo, que te digamos constantemente que hay que ahorrar, que seamos muy cuidadosos con las cosas que se tienen (como si no pudiesen ser sustituidas), que prolonguemos el uso de las cosas viejas y gastadas y, en fin, que en cierto modo seamos como somos.

Tal vez en el futuro, dentro de muchos años, te encuentres en una situación similar (siendo abuelo) y se te ocurra hacer algo parecido, como recordar tu infancia. Tal y como evolucionan los tiempos, probablemente las diferencias van a ser mucho más notables (¡ojalá que sean para mejor!). Pero seguro que entonces te acordarás de nosotros, de tus abuelos, y de las cosas que aquí te conté. Al fin y al cabo, tanto los abuelos de antes como los de ahora (y a ver si también los del futuro) estamos para contar cosas, bien sea directamente o bien escribiendo un libro.

Yo lo he pasado muy bien escribiéndolo y recordando mi infancia. Espero que a ti te haya sido provechoso aumentar un poco tus conocimientos para seguir en el mundo y en la sociedad en la que te toco vivir, que procede de esta otra de la que te hablé; que era así, más o menos, y de la que venimos los que, más o menos también, ya estamos cercanos al momento de irnos.

Espero que te haya entretenido.

¡Que lo pases bien en el futuro!